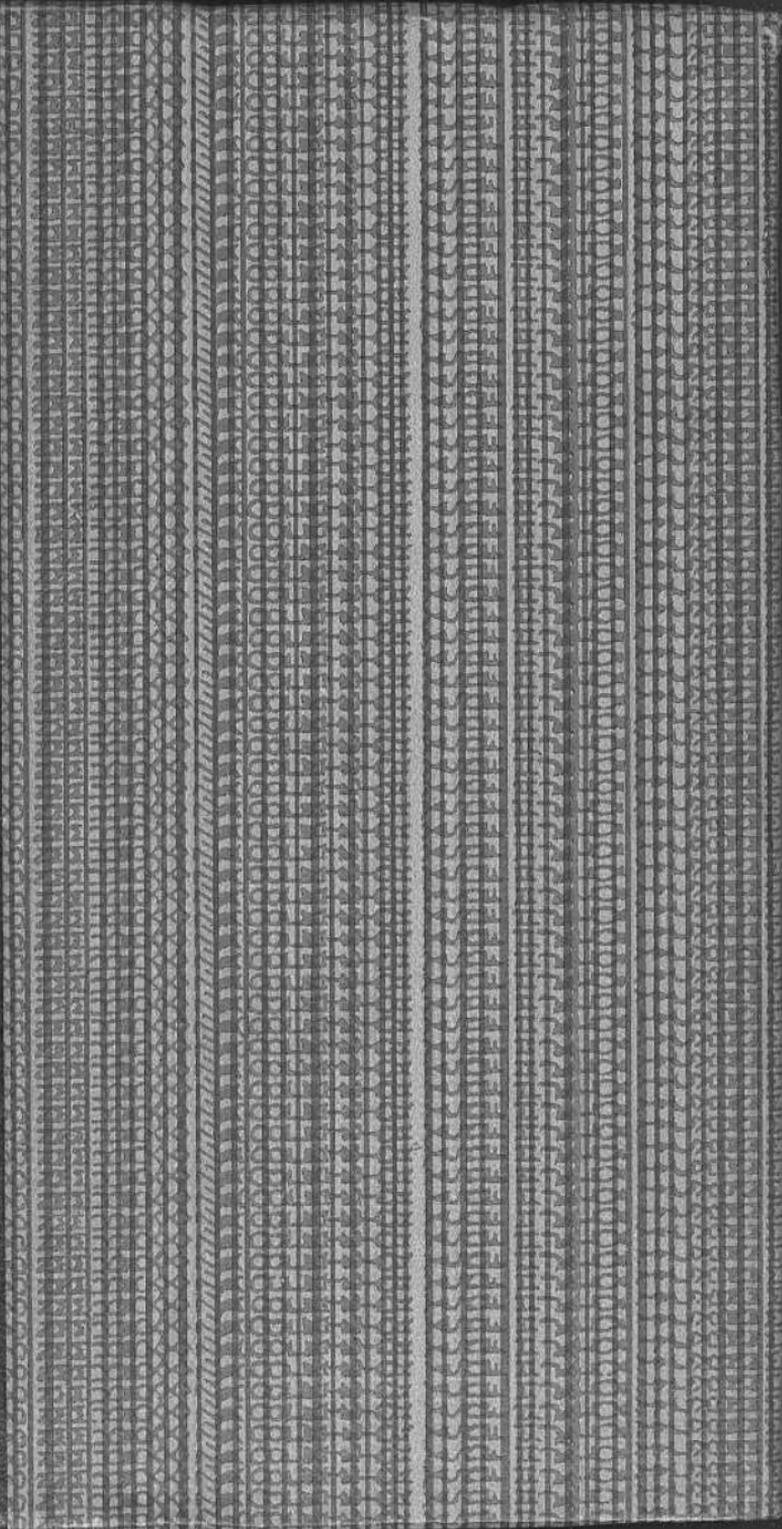


15
LO
PANA
CA









LA CAMPANA DE HUESCA

CRÓNICA DEL SIGLO XII

LA CAMPANA
DE
HUESCA

CRÓNICA DEL SIGLO XII

FOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

con el prólogo
que, para su segunda edición,
escribió

D. SERAFÍN ESTEBANEZ CALDERÓN

(*El Solitario*)



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1886

T. 1241208

R. 151606



AL PÚBLICO

La edición que de LA CAMPANA DE HUESCA damos hoy á luz es la cuarta que se ha publicado en el trascurso de treinta y cinco años.

En todas aquellas ocasiones, el favor del público fué tanto, que los ejemplares de LA CAMPANA DE HUESCA escaseaban á los pocos días de puesta á la venta una edición.

Agotada igualmente la última, que se remonta al año de 1869, y conocedores del agrado con que no puede menos de recibir el público una nueva edición de

la interesantísima crónica hoscense, acudimos á su ilustre autor, en demanda del indispensable permiso para la reimpresión de LA CAMPANA, permiso que fué otorgado cumplidamente, poniendo además á nuestra disposición el Sr. Cánovas del Castillo algunas importantes modificaciones y correcciones, que, en sus ratos de ocio, tenía hechas, por si acaso algún día pensaba publicar sus obras completas.

Cumplidos los ofrecimientos del señor Cánovas del Castillo, y colmados nuestros deseos al poder ofrecer al público una edición de LA CAMPANA DE HUESCA, tan acabada y notable como lo es, sin duda, la presente, sólo nos resta aquí hacer público testimonio de gratitud hacia su insigne autor, cuyo nombre ilustre por tantos conceptos, es, como el de su no menos ilustre pariente D. Serafin Estebánez Calderón (*El Solitario*),

cuyo es el Prólogo que escribiera para la segunda edición, y que hemos creído deber reproducir en la presente, de los que no han menester de recomendación de ningún linaje.

El esmero con que hemos procurado corregir esta nueva edición, que nos hace confiar en que ha de ser la más acabada de todas, como el primor con que ha sido impresa, esperamos que sean tomados en cuenta por el público inteligente é ilustrado.

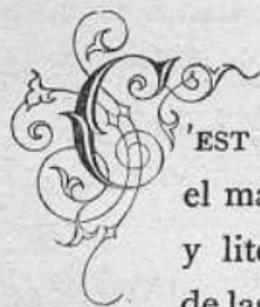
EL EDITOR.





PRÓLOGO

CORTADO AL USO Y AJUSTADO POR MANO AMIGA
AL CUERPO DE LA OBRA



'EST *mieux que de l'Histoire*, dijo el más encumbrado de los críticos y literatos de Francia, al leer una de las más agradables ficciones que escribió el famoso novelador escocés Gualtero Scott, en la que se trataba y describía la época interesante, aunque turbulenta, de María Stuardo. Nosotros no iremos tan allá como Mr. de Villemain en nuestros encomios, ni respecto del género, ni respecto de

los escritores que lo cultivan. Pero sin rebozo ó vacilación alguna podremos asegurar que si la novela histórica alcanza ciertos quilates de bondad y perfección, quedando siempre la fábula muy por bajo de los fueros de la verdad, adquiere ésta mayor realce y mayor ascendiente en el ánimo de los lectores por los atractivos y adornos que ha de saber prestarle el autor, y por los estudios é investigaciones que por fuerza ha de hacer sobre el período ó punto histórico que quiere recorrer, supuesto que haya de dar á su obra novedad en los caracteres, fidelidad en la pintura de los países y de las costumbres, proporcionándose medios naturales, aunque maravillosos, para cebar y entretener el ánimo del lector, sin romper por ello ni para ello, ni con la verdad de los sucesos, ni con el hilo de la tradición y de las historias. No es esto solicitar ó hacer valer un título de prioridad ó de primogenitura en favor de la histórica que posponga y perjudique las aspiraciones y derechos de los otros géneros

de la novela. Para medrar en cualquiera de ellos, es forzoso señorear el idioma, ser ciertos de sus misterios, y poseer todos sus tesoros y recursos. Las situaciones en que el autor ha de poner á los personajes, si han de inspirar interés, los pensamientos que les ha de sugerir de diversa laya y aun de encontrada condición, pero siempre con felicidad en la expresión y con frase genuina y castiza; y, en una palabra, el hacer que obren y hablen tan lejos de la trivialidad cuanto de la exageración, guardando el difícil medio de lo propio, natural y adecuado, colocando cada cosa en su lugar y término, obliga indudablemente al autor de esta clase de ficciones á ser maestro en el idioma que maneja, á conocer todos sus registros y secretos, familiarizándose de tal modo con ellos, que pueda recorrerlos, sacarlos, recogerlos, combinarlos de cien maneras diversas con graduaciones y entonación más alta ó más baja; y que todo se ajuste convenientemente á la manifestación de los diversos afectos del alma, á los senti-

mientos variados del corazón, desde lo más tierno á lo más terrible, y á las concepciones múltiples de la inteligencia, desde el desenfadado del chiste y de la sátira, hasta las abstracciones del filósofo, los razonamientos del estadista y las pláticas variadas y diálogos diversos de todos los estados y edades de la vida, de todas las clases y condiciones de la sociedad. Pero si la novela filosófica, la picaresca, la de sentimiento lastimoso ó la pastoral, y aun también todo el inmenso séquito de cuentos, leyendas y aventuras deben vencer tamañas dificultades, todavía la novela histórica ha de luchar con un imposible casi, que no dificultad, cual lo es en asunto y tarea de amenidad y de florida recreación, habérselas con los libros en folio, con los rancios mamotretos y con los pergaminos mohosos y carcomidos. En esta lucha corren riesgo la laboriosidad y las vigiliass del novelista de adquirir los arcanos de la historia, perdiendo el ardor vivo de la primera inspiración, la flor de los primeros pensamientos y la variada ternura

de los afectos, marchitándose y enmoheciéndose todo con las indigestas rapsodias de los comentarios, con la descarnada esterilidad de las crónicas ó con la insulsez de los protocolos. Si por rehuir tamaño mal descuida el beneficio de tan indispensables mineros, entonces, condenando acaso algo de la primera gentileza y bizarría, sin duda alguna deja de adquirir las prendas y cualidades que más han de realzar su obra y el propósito de sus tareas, porque por fértil y creador que sea en imaginación, no ha de encontrar recursos para dar originalidad á sus personajes, no hallará colores ni cambiantes para dar toques que distingan y aparten los términos de su cuadro; echará sólo mano de esas generalidades de caracteres y sentimientos que son la muerte afrentosa de las obras de imaginación. Y si en su despecho pugna y quiere salir de tales vulgaridades, sin dudar en ello que ha de caer en lo inverosímil y exagerado, que es el peor de todos los ridículos. Para la creación del *Zadig* ó del *Micromega*,

para los cuadros risueños de la *Galatea* y de la *Estela*, suponiendo los primores de la dicción y la magia del estilo, podrá bastar una inspiración feliz, el aspecto y contemplación de una escena ó cuadro campestre, así como una intriga bien urdida y llevada á feliz desenlace, ó las maravillas de un viaje fantástico, ó los aforismos de la educación y de la moral, engalanados con los atavíos de la ficción. Pero esto no es bastante para crear composiciones que entretengan, que arrebatan, que despierten los nobles sentimientos del patriotismo, del amor, de la raza; que conviden á rendir un culto ardiente y noble á la virtud, á la lealtad; que evoquen las sombras de los héroes, que resuciten de nuevo las escenas gloriosas de la historia patria, y que con la memoria de las pasadas estimulen la ejecución de otras acciones nobles, esforzadas, manteniendo viva siempre la llama del entusiasmo; ni para aficionar á los lectores á todas las inspiraciones de lo sublime y de lo bello, como sucede con leerse las pági-

nas del *Monasterio*, del *Ivanohe*, del *Vaverley* y de otras producciones del novelista escocés. Para ello es forzoso (sin necesidad de volver á encarecer su importancia) el estudio, no somero, sino profundo é investigador de la historia. Y si los ensayos y tentativas en nuestra literatura, singularmente en las composiciones de amenidad, han sido infelices y de ruin éxito en los últimos tiempos, no había razón para esperar mejor fortuna en aquellos ramos en que son mayores las dificultades, como sucede en la novela histórica. Las muestras que en este género dió la imprenta de Valencia años ha, los esfuerzos que en el mismo camino hizo por el propio tiempo la imprenta de Barcelona y otras tentativas hechas en la misma corte, han probado, ó que las dificultades son insuperables, ó que el ingenio español, á lo menos en los tiempos que alcanzamos, es insuficiente para semejantes empeños literarios. Pero como ambas suposiciones, si por una parte son exágeradas, por otra rebajarían en mucho las

prendas de inventiva y de imaginación que todo el mundo reconoce en los españoles, es necesario achacar semejante esterilidad, no á otra causa que al criminal olvido en que se encuentra la lectura de nuestros anales y de nuestras crónicas. En cuanto el ingenio español, dando de mano á su idolatría por la literatura francesa, y como por curiosidad ó desahogo excepcional ha fijado sus estudios en alguna época de nuestra historia y ha dejado correr la pluma, han asomado frutos sazonados, que por su buen sabor pudieran dar esperanzas de más exquisitas cualidades, si el cultivo hubiera coadyuvado á la índole y buena naturaleza de la planta. *El doncel de Don Enrique el Doliente, El Conde de Candespina, El golpe en vago* (1), *Doña Blanca de Navarra*, sin excluir esta ó la otra de merecidos quilates, y que no sabemos recordar ahora, son una prueba de tal verdad. Y es que mientras los

(1) No mencionamos *La niña de Gómez Arias*, de Trueba y Cossío, porque no se escribió originariamente en castellano.

ingenios españoles no se resuelvan á romper el yugo de la literatura extraña, no cesando en esta noble porfía hasta que recobre la propia y nacional su antigua independencia y originalidad, quedaremos indefinidamente en esta humilde inferioridad, que literaria y políticamente ejerce mayor influencia de lo que se cree, así en nuestra condición presente como en la futura. El autor de *La campaña de Huesca* es, sin duda, uno de los que con bríos en el corazón, con altas miras y de trascendencia en literatura, y con muchos estudios históricos en su memoria, ha querido alistarse en esta bandera de verdaderos ingenios españoles. Aparte de otras buenas circunstancias que asisten á CÁNOVAS DEL CASTILLO para este empeño literario, es necesario darle el parabién por el feliz acierto que ha logrado en la elección de su asunto. No hay región, ciudad, comarca ó rincón alguno en nuestra península, por apartado ó desconocido que parezca, que no ofrezca en sus tradiciones, crónicas ó anales esos suce-

esos interesantes, esas hazañas maravillosas, esas anécdotas curiosas, que son como el saborete apetitoso de la historia, propio y adecuado todo para dar pie y urdimbre á narraciones agradables, ofreciendo ancho campo á la novela histórica; pero el período en que en nuestras crónicas aparecen los Reyes héroes de Aragón, con el séquito de sus barones y ricos-hombres, de aquellos gigantes de esfuerzo llamados *almogábares*, es sin igual sobre todo encarecimiento, no sólo para la novela, sino para la misma epopeya. Hablando en verdad y sin que nos ciegue el amor propio de españoles, pues en ello están de acuerdo todos los hombres entendidos de Europa, los hechos de los almogábares y personajes como el Infante D. Fernando, Berenguer, de Entenza, Rocafort, Garcerán y otros ciento, pudieran merecer los mismos honores que los argonautas, los héroes de Troya y los compañeros de Godofredo de Bouillón. CÁNOVAS DEL CASTILLO, si ha hecho un gran servicio á la historia, resucitando y poniendo de

bulto ante los ojos de los lectores un período de aquella historia y algunas de las fisonomías terribles de los almogábares, todavía debe alcanzar mayor merecimiento de los aficionados al drama, al poema, á la novela y á la leyenda, señalándoles con su propio ejemplo los tesoros, las regiones riquísimas, el *Dorado* verdadero de donde el ingenio español y la invención creadora de nuestra juventud estudiosa pueden sacar larga copia de asuntos, de caracteres, de pormenores inestimables y de accesorios abundantísimos de poesía, para enriquecer á un tiempo nuestra literatura en muchos ramos y ganar fama con originalidad y dotes propias.

Tres han sido, según nuestro entender, los intentos que ha llevado el novel novelista en la ejecución de su trabajo: el ofrecer un cuadro verídico de la historia de Aragón en el siglo XII, poniendo en contraste las diversas clases que formaban entonces el cuerpo de la nación; el bosquejar la condición singular y en oposición siempre consigo mismo del

Rey monje, y el tejer una narración por estilo tal, que ajustándose muchas veces á la razón histórica, consienta, sin embargo, la diversidad de entonaciones que trae consigo la variedad de situaciones y personajes que exigen las condiciones de la novela.

En el desempeño del primer intento fija mucho la atención del lector la descripción y aquilatamiento que hace del hombre almogábar, personificado en Aznar Garcés, no sólo leal servidor y escudero de D. Ramiro, sino su velador incesante, y en todos los peligros el ángel de su guarda. Esta laya de hombres, llamada de los almogábares, fué por mucho tiempo en España, y singularmente en Aragón, la parte más terrible de los ejércitos de nuestros Reyes, contra propios y extraños. No viviendo más que del botín, de poca costa eran para el Erario del Rey; y como obedeciendo por natural inclinación y respeto sus mandatos, aunque siempre con la feroz independencia de su condición, era la gente más á propósito con los

gremios y burgueses de las ciudades para poner á raya en un principio, combatir después y contrarrestar al fin las demasías é insolencias de los barones y ricos hombres, árbitros de la soberanía real y tiranos de las comarcas y provincias. Y llegado este punto, no parece fuera del caso apuntar algo sobre la etimología y significación de esta palabra almogábar, bosquejando al propio tiempo su traza, armadura y modo de combatir, y recordando últimamente algunas de sus expediciones y hazañas.

No entra en nuestro propósito apuntar una por una todas las opiniones que sobre el origen de los almogábares se han asentado por antiguos y modernos escritores. De todos ellos, lo que se deduce es, que los almogábares no formaban un cuerpo de nación distinto de los españoles, como Paquimerio y Moncada, que en este punto le siguió inadvertidamente, lo sintieron, haciéndolos venir de los abaros, uno de los pueblos que tomaron parte en la destrucción del imperio romano.

A ser los almogábares un cuerpo de nación diversa, era regular que tuviesen su asiento en pueblos, comarcas ó distritos determinados, y que sus nombres y apellidos guardasen consonancia con la lengua de sus antepasados. Ninguna de estas señales convienen con los llamados almogábares. En los copiosos nombres que de estas gentes nos conservan Montaner, Desclot y otros autores, y en los apuntes interesantes que de la naturaleza, vida y hechos de muchos de ellos nos han comunicado por sus escritos, aparece todo lo contrario. El capitán almogábar, que en la sorpresa que dieron á los de *Alençon*, en Calabria, no pudo recobrase en nuestras galeras para morir exánime después de haber rematado á cuatro caballeros franceses, era de Tárrega; y además de otros muchos hechos que pudieran aducirse, Montaner cita á cierto propósito veinte almogábares que eran de Segorbe, y otros autores á cien más, todos con nombres españoles y de diverso solar y patria. Es más que creible, sin embargo, que

en aquella milicia se alistasen muchos muzárabes y otros hombres de frontera que fuesen hijos de las comarcas lindantes á los enemigos, de revuelto linaje, y que si en fe se preciaban de cristianos, pudieran confundirse con los moros en costumbres y trajes.

Sabido es que D. Alonso el *Batallador*, en la expedición que llevó á los últimos confines del reino de Granada, se trajo á su regreso más de 12.000 cristianos muzárabes, que hasta allí habían vivido bajo el yugo sarraceno y que abandonaron el suelo natal por vivir libremente en la religión de sus antepasados, huyendo al paso del castigo que temían de parte de los moros por haber dado ayuda á la invasión. También se sabe que estas gentes las derramó el Monarca aragonés por varias ciudades, como en Calatayud, Borja y otras, y en diversos puertos de la frontera, para que pudiesen vivir; y que como prácticos en la guerra con moros, les fueran más dañosos enemigos. De estas gentes y sus hijos, y de los demás soldados que vivían en

la frontera, como ya se ha señalado arriba, se formó en gran parte aquella famosa milicia, reclutándose también con los aventureros y voluntarios de las grandes ciudades que querían tomar tal género de vida dura, libre, llena de peligros y privaciones, pero próxima acaso á ganar mucho botín y riqueza. Algunos árabes, por origen ó por nacimiento, pudieron, pues, andar juntos en empresas militares con los cristianos de la época, que el vivir en un mismo suelo los dos pueblos, daba sobrada ocasión para semejantes alianzas y conciertos; pero sería llevar las cosas á una exageración absurda y no comprobada con la historia, atribuyéndoles, como nación en cuerpo, participación en estos sucesos. Los almogábares eran tropas de frontera, compuestos por la mayor parte de gente endurecida, feroz y desalmada, siendo, no abarros ni árabes, sino más bien cristianos, y aun hidalgos, que por sus malas andanzas ó por afición á la vida de los campos, se daban á aquel ejercicio. Pueden considerárseles como

unas tropas ligeras con todas las condiciones del legionario ó falangista más firme; tropas, en fin, no inferiores á las antiguas legiones, y de una superioridad indisputable, si se comparan con los soldados de tiempos más modernos. La palabra *almogábar* quedó después por apellido ilustre de familia, y nuestro famoso Boscan lo llevaba como apellido materno. Ni se crea tampoco que las provincias y ciudades del reino de Castilla fuesen ajenas al reclutamiento de esta milicia. En las partes de Asturias, en las montañas de Galicia, se reclutaban compañías de estas gentes, que iban á tener frontera en los puertos del Muradal, que era como entonces se apellidaba la Sierra-Morena. Los llamaban *Golfines*, y según Desclot eran por la mayor parte hidalgos, que por no tener bastante hacienda para vivir según su estado, ó por haberla jugado ó gastado, ó bien por algún delito que los ausentaba de sus tierras, tomaban las armas, y por no saber otro modo de vivir, allí se iban á tener frontera con

los moros de Andalucía. Por lo tocante á la etimología de la palabra almogábar, diremos que no es más que el participio de cierta forma de un verbo árabe (1), que significa entrar impetuosamente talando y haciendo correrías en país enemigo; y como para hacer frontera, ya defendiendo las propias, ya invadiendo las enemigas, era necesario tener hombres armados que se dedicasen á tal menester, de aquí el que así los aragoneses y castellanos como los mismos árabes, diesen igual denominación á tales tropas.

El título XXII de la II partida, que en su epígrafe se propuso hablar de los almogábares, aunque después en el cuerpo de él no vuelve á nombrarlos, define cumplidamente, así la traza de sus personas, como su natural feroz y calidades. Por la lectura de estas leyes, de cuyo tenor se desprende que en Castilla se trocaba á veces la voz peón con la de

(1) Jacobo Golio, pág. 1740. *Pugnator bellicorus qui multum excurrit in hostem.*

almogábar, como se confunde con frecuencia el género con la especie si se habla sin gran distinción en otras materias, y los recuerdos que se encuentran en Montaner, Desclot, Bagaz, Zurita y otros historiadores, se representa á la imaginación el tipo de aquellos soldados terribles. De estatura aventajada, alcanzando grandes fuerzas, bien conformado de miembros, sin más carnes que las convenientes para trabar y dar juego á aquella máquina colosal, y por lo mismo ágil y ligero por extremo, curtido á todo trabajo y fatiga, rápido en la marcha, firme en la pelea, despreciador de la vida propia, y así señor despiadado de las ajenas, confiado en su esfuerzo personal y en su valor, y por lo mismo queriendo combatir al enemigo de cerca y brazo á brazo para satisfacer más fácilmente su venganza, complaciéndose en herir y matar; el soldado almogábar ofrece á la mente un tipo de ferocidad guerrera que hace olvidar la idea del falangista griego y del legionario romano. Su gesto feroz parecía más horrible

con el cabello copioso y revuelto que oscurecía sus sienas; los músculos desiguales y túrgidos, se enroscaban por aquellos brazos y pechos como si las sierpes de Lacoonte hubieran querido venir á dar más poder y ferocidad á aquellos atletas despiadados. Su traje era la horrible mezcla de la rusticidad goda y de la dureza de los siglos medios; abarcas envolvían sus pies, y pieles de las fieras matadas en el bosque le servían de antiparas en las piernas; una red de hierro, cubriéndole la cabeza y bajándole en forma de sayo, como las antiguas capellinas, le prestaba la defensa que á la demás tropa ofrecían el casco, la coraza y las grevas; el escudo y la adarga jamás la usaron, como si en su ímpetu sangriento buscasen más la herida y muerte del enemigo que la defensa propia: no llevaban más armas que la espada, que, ó bajaba del hombro de una rústica correa, ó se ajustaba al talle con un ancho talabarte y un chuzo pequeño á manera del que después usaron los alféreces de nuestra infantería en los ter-

cios del siglo XVI: la mayor parte llevaba en la mano dos ó tres dardos arrojadizos á azconas, que por la descripción que de ellos se hace, se recuerda al punto el terrible *pillum* de los romanos; ni los desembrazaban y arrojaban con menos acierto ni menos pujanza; bardas, escudos y armaduras, todo lo traspasaban hasta salir la punta por la parte opuesta. En el zurrón ó esquero que llevaban á la espalda ponían el pan, único menester que llevaban en sus expediciones, pues el campo les prestaba hierbas y agua si no llegaban al término de ellas, ó en las ciudades y reales enemigos encontraban después largamente todo género de manjares. La crónica M. S. S. de Corbera, ocupándose del soldado almogábar, dice entre otras cosas, que su vestido en invierno y verano era de una camisa corta, una ropilla de pieles, y unas calzas y antiparas de cuero, abarcas en los pies y un zurrón, en que llevaban algún pan para su sustento cuando entraban por tierra de enemigos, que moraban más en las sole-

dades y desiertos que en lo poblado; que comían hierbas del campo, dormían en el suelo, padecían grandes incomodidades y miserias; estaban curtidos de los trabajos; tenían increíble ligereza y gallardía; hacían continua guerra á los moros; se enriquecían con los robos y cautivos, y tal era su profesión y sus servicios. Todavía puede añadirse que para tales soldados nada era imposible ó dificultoso. El río más caudaloso lo pasaban á nado; ni el rigor de la escarcha ó hielo, ni el ardor del sol más rigoroso, hacían mella en sus cuerpos endurecidos; la jornada más dilatada y áspera, era obra de pocas horas para ellos, y diestrísimos en la lid, cautos cuando convenía, silenciosos á veces para ser más horribles en su alarido, llegado el caso, excesivos en sus saltos, muy ágiles en sus movimientos, y por consiguiente certísimos en los saltos é interpresas, al grito de *hierro, hierro, despiértate*, azotando el hierro contra el hierro, ó contra el suelo, toda misericordia estaba ya por demás. Tal fué la milicia de los almogá-

bares, y tales los soldados que apareciendo en Italia para defender los derechos de la casa de Aragón á la corona de las Dos Sicilias, llenaron primero de extrañeza y luego de espanto á todas aquellas comarcas y á los capitanes y tropas que allí combatían. Si estas singulares prendas militares; si estas esforzadas prendas del cuerpo y ánimo de los almogábares, se representan tan viva y verazmente en la persona de Aznar Garcés, todavía el que busque mayor alimento para su curiosidad y mayor satisfacción á su altivez nacional en la ejecución de hazañas inauditas, no tiene más que consultar los escritos y crónicas antiguas citadas, y entre los modernos las obras de Amori, de Buchoz y de otros, refiriendo todos los hechos casi increíbles de los almogábares en Cataluña, en Sicilia, en Italia y en Oriente.

Los barones y ricos-hombres son figuras de grande efecto en el cuadro, y la sobrada soberbia con que aparecen frente á frente con su Rey y señor natural, tiene cierta explica-

ción, si no disculpa, porque después de la catástrofe del Rey batallador, la noble altivez de ellos había salvado la integridad y la independencia de la Corona de Aragón. Sabido es que el Rey D. Alonso por su testamento había llamado á la herencia de sus señorios, territorios y dominios á las cuatro órdenes del Sepulcro, del Hospital, del Temple y de San Juan de Jerusalén. Los barones y ricos-hombres, sin embargo del entusiasmo con que idolatraban al Rey héroe, estimaron como nula é irrita aquella disposición, y como excesiva del poder real, y considerando que la cogulla y mitra que cobijaba las sienes de D. Ramiro no lo invalidaba para la Corona en trance de tanto apuro, lo sacaron del claustro, haciéndolo subir desde el pavés al trono. No es extraño, pues, que por tal servicio, y como forzosa consecuencia de un acto casi omnímmodo de soberanía, se creyesen aquellos próceres y magnates exentos de los miramientos debidos á la potestad real, teniendo más en cuenta lo excesivo de su au-

toridad y facultades, que la majestad del mismo Rey. Puesto que *Cánovas del Castillo* ha escogido para asunto de su novela la tradición de la catástrofe de Huesca, fuerza era que recogiese, no sólo con sus pormenores, más ó menos fabulosos, sino que apuntase con naturalidad, y como por incidentes nacidos de la propia narración, los sucesos y particularidades que pueden explicar aquella insolente arrogancia de los quince ricos-hombres. Por otra parte, el carácter vacilante de D. Ramiro, en continuo combate, en réplicas consigo mismo entre el deber ficticio y la obligación de estado; el hombre de iglesia luchando con el soldado, con el caballero y con el Rey, el monje con el esposo, el padre con el asceta cubierto de silicio; y la lucha, en fin, del que se considera precito y condenado con el amante que se siente lleno de voluptuosas inspiraciones al lado de la hermosa D.^a Inés, era situación no la más propia para inspirar aquel respeto que derramaban en pos de sí el valor heroico de D. Alon-

so el *Batallador*, de D. Pedro el I, de don Sancho Ramírez y de los otros héroes coronados, fundadores de la Monarquía de Sobrarbe. Aquellos ricos-hombres y próceres necesitaban en verdad un Soberano que los excediese en muchos codos de altura, en virilidad, fortaleza y altas prendas de gobierno para que le rindiesen en sus ánimos el feudo de autoridad que por vana fórmula le tributaban, acaso con desdén, en las coronaciones y otros públicos ceremoniales. Y no por ello en el carácter de D. Ramiro deja de encontrarse la elevación y la nobleza propias de un Rey. El triunfo de CÁNOVAS DEL CASTILLO en la pintura de la condición del Rey nos parece completo, y que puede servir de dechado á los que en el drama ó la novela tengan que retratar á esos personajes indefinibles que tan comunes son en la historia, y que, consecuentes con la pasión ó el principio que los hace obrar, pasan, sin embargo, de un instante á otro á las resoluciones más opuestas, á las ejecuciones y actos más

contrarios. Queremos, al llegar aquí, apuntar un toque delicado del autor, que no puede deslizarse oculto para el lector, que en su afición por lo bello y lo sublime, sepa apreciar estas calidades del sentimiento, aunque no se haga alarde de ello en la narración. Hay también delicadeza en dejar tales descubrimientos á la sagacidad de sentimientos del lector antes que á las razones preventivas del escritor novelista. Aludimos en esto á la maestría con que resaltan y asoman en las acciones del Rey monje, casi llenas de delirio y de insania, los alientos y bríos de su alcurnia y de su raza. CÁNOVAS DEL CASTILLO ha querido indicar así que *al noble su sangre avisa*, y que antes que tal sentimiento sirviese de título de comedia para Calderón, servía de oculto estímulo y de poderoso resorte en aquel Rey desgraciado, para resucitar de vez en cuando, en medio de sus demencias, las altas cualidades de su linaje. El amor propio nacional y la dignidad de hombre, encuentran una satisfacción cumplida al ver que

por el medio y al través del remordimiento pueril y de las nimiedades y escrúpulos del fraile, se hacen lugar, aparecen y crecen en altura los nobles pensamientos de Rey y los sentimientos encumbrados de la casa de Aragón. Repetimos que en este punto ha conseguido un triunfo cumplido nuestro novelador; y la historia está de acuerdo en reconocer tales intercadencias de grandeza en el ánimo del Rey monje. La mansedumbre del claustro no le quitó los bríos para hacer reconocer su superioridad en Navarra, y para hacer soltar al Rey de Castilla la posesión de Zaragoza, de Daroca, de Calatayud y de otras ciudades de Aragón, de que se había apoderado á título de Emperador de España; de modo, que tales circunstancias vienen á dar todo el valor que en sí tiene al asunto casi principal de la novela, que es el afianzamiento de la corona de Aragón en las sienes de D.^a Petronila y su unión con el Conde de Barcelona.

La intervención en el nudo de la novela de *D.^a Inés de Poitiers* ó *D.^a Matilde de*

Aquitania, según otros la llaman, como esposa de D. Ramiro, es otra creación no menos interesante de nuestro novelista. Si bien la historia sospecha que esta señora murió antes del suceso de *La campana de Huesca*, haciéndose así más fácil la segunda entrada de D. Ramiro en el claustro y la cesión de sus reinos en D.^a Petronila, su hija, no puede negarse que el seguirse otra opinión contraria en la acción de esta novela es un medio dramático de darle mayor movimiento y un recurso de ingenio para encontrar situaciones más apuradas, derramando por todas partes las amargas dulzuras del sentimiento. Y sin sentimiento no puede haber drama, novela, no puede existir obra alguna de imaginación y de ingenio.

Si por no aguar el placer de la sorpresa á nuestros lectores, sólo hemos apuntado, sin entrar en citas ni ejemplos, los aciertos que ha alcanzado CÁNOVAS DEL CASTILLO en esta linda muestra de su ingenio como novelador, con mayor motivo hemos de excusarnos el

hablar por menor de las cualidades de su estilo y de las prendas de su dicción. En entrambos primores del difícil arte de escribir raya muy alto nuestro novelista, sin que baje de punto en la viveza del diálogo, en el artificio de las réplicas de los interlocutores y en la destreza con que se lleva la curiosidad del lector en estas conversaciones y pláticas; de modo, que como por la mano, lo conduce á conocer el propósito y los intentos de los personajes, siempre con recreación y entretenimiento. Aquí se demuestra la aplicación de lo que dijimos en el principio de este discurso, á saber; que en esta clase de escritos y narraciones es necesario entrar muy familiarizados con todos los recursos que ofrece idioma tan rico y variado cuanto lo es el nuestro, por la diversidad de sus orígenes y la abundancia de sus términos, giros é idiotismos, para recorrer hábil y diestramente por todos sus registros, combinándolos, recogiénolos y desplegándolos al hábil discernimiento del artista, ni más ni menos que como el famoso

Litz recorre con los dedos el variado teclado de un armónico y copioso piano. En este punto no podrán menos de ser tenidos en mucho los servicios que á la lengua ha prestado CÁNOVAS DEL CASTILLO, y que puestos al lado de los que de algunos años á esta parte han prestado también otros laboriosos hablistas, han traído al acerbo común de nuestro riquísimo insondable idioma, las creces de palabras, frases y términos, casi olvidados, ó ya por la incuria y pereza de los escritores, ó ya por la mala lección de traducciones incorrectas, ó ya, en fin, por la mala dirección que dan nuestros planes de estudios al cultivo de las humanidades, de la lengua patria y de todo género de elocuencia. CÁNOVAS DEL CASTILLO, por la lección y estudio que ha hecho de su idioma nativo, será indudablemente leído y aun estudiado sabrosamente por cuantos sean amantes de las galas del castellano; este es el solo pero el más subido premio que de sus vigiliass puede esperar un hablista.

No creemos que este juicio, dictado con el propósito más firme de imparcialidad y de justicia, vaya mucho más allá de los términos de una sana crítica hasta tropezar con los términos de la inconsiderada alabanza. Si alguien se subleva ahora contra él, sin duda que al concluir la lectura de *La campana de Huesca*, ó ha de estar en cabal acuerdo con nosotros, ó no ha de hallarse muy distante de los nuestros en sus apreciaciones y juicios. Pero aun en este último caso, le podríamos dar por excusa que cuando es llegado el trance de las manipulaciones y tratamientos, sin excluir la misma escuela fustigadora de Cristo, nadie trata mal adrede á sus propias carnes (1).

EL SOLITARIO.

(1) Aunque según su etimología y frecuente ejemplo de nuestros antiguos escritores, la palabra almogábar pudiera escribirse con *v*, hemos preferido el uso contrario de escribirla con *b* por seguirse esa costumbre en las publicaciones últimas que mencionan esta clase de milicia. Lo mismo podemos decir usando la voz abaro con *b* en vez de avaros pueblos que vinieron de la Scitia.



CAPÍTULO I

En que se habla á manera de prólogo
con el lector

El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.

QUEVEDO.



ORILLAS de la Isuela hallé esta crónica: en una de aquellas huertas de suelo verde, y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos se sustentan en las piedras robadas á los muros de Huesca.

Y en verdad, que es triste crónica para hallada en lugar tan apacible. Mas si de él quitamos los ojos y los ponemos en la ciudad,

harto se ve que allí debieron vivir D.^a Inés y D. Ramiro: el *Rey monje*, y la Reina ni esposa, ni viuda, ni doncella.

Aún quedan en pie algunas de sus noventa y nueve torres, oscuras unas y fatídicas, risueñas otras y esbeltas, con el disfraz de miradores ó azoteas cuidadosamente blanqueadas, á lo largo del Coso. La puerta *Desircata* está allí arrimada á un gótico convento de monjas. Allí está también el torreón ochavado, cuya ancha bóveda sostuvo há siete siglos la famosa campana de Huesca. Menos alto está que entonces, pero no menos firme y oscuro. Las bizantinas columnas de San Pedro, viejas ya en el siglo XI, dan sombra aún al peregrino y piadoso recogimiento al penitente. Y amenazan el llano todavía las lejanas torres de Mont-Aragón, no menores en fortaleza que las vecinas montañas, donde fué el *Salto de Roldán*. Ciudad lóbrega y triste para quien sólo busque el placer de los ojos: agradable para los que prefieren la meditación y el silencio; para los que gustan de ver las tumbas de los héroes y de visitar los lugares donde acontecieron las altas hazañas; para los que se apacientan en la memoria, y sienten el amor de lo antiguo.

Sin duda esta crónica se compuso dentro de la melancólica Huesca, y mano descuidada la dejó perdida en las alamedas de la Isuela. Y, á no dudarlo, fué hombre de verdad quien la compuso: porque, si bien se registran otras historias viejas, y los romanceros, y los pergaminos de los archivos, y los discursos de los doctos, sobre personas y cosas oscuras, no se hallará hecho ó dicho muy opuesto á lo que aquí sucede, ó á lo que dice aquí y hace el *Rey monje*.

Ni está menos ajustado que el de éste á las crónicas y otros papeles antiguos, el carácter del Conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV, que tan notable parte tuvo en los sucesos que relata el presente libro.

Sólo de D.^a Inés y Castana dan los documentos escasa noticia; mas, tales como ellas, se hallan todavía mujeres en Huesca, de modo que es también de creer cuanto de ellas dice este cronista. Muchas pasean aún los días festivos por el campo glorioso del Alcoraz, lánguidas y sensibles como D.^a Inés, alegres y bulliciosas como Castana.

Aznar fué, con efecto, muy servidor de aquellos Reyes; y á andar entre almogábares, como cuenta la crónica, bien pudo ser como

en ella parece: que nadie tendrá por sobrados sus hechos, si ha registrado las páginas de Muntaner, Desclot ó Moncada.

Y recorriendo asimismo de uno en uno cuantos monumentos derruídos cubren las silenciosas calles y la verde campiña de Huesca, y cuantos sucesos ha hecho famosos la historia de aquella época turbulenta, el ánimo se inclina á dar bastante crédito al cronista; porque ni se halla en su relación mentira que parezca dicha á sabiendas, ni en nombre ó cosa se advierte error craso ó digno de fundar en él desconfianzas. Lejos de eso, no se habla aquí de nombre ó cosa, cuyo sér no justifiquen papeles antiguos.

No quiere esto decir ciertamente, que de todo cuanto al fin cuenta bajo fe ajena, pueda afirmar ó defender la verdad, como hombre honrado, el autor ó más bien compendizador y editor de este libro. Más relata quizás que cree, como otros historiadores de mucha fama, que han vivido antes que él; y que gozan crédito y nombre de verídicos y graves. Así son de suyo estas historias, y crónicas antiguas; y hay que creerlas, ó dar con ellas al traste, privándose de saber muchas cosas verdaderas y buenas, por temor de conservar en

la memoria algunas de dudosa ó flaca certidumbre. Porque, en suma, la memoria de los hombres es grande; y capaz de contener más número de sucesos singulares y extraños, que los que han acontecido de veras desde el principio del mundo; por lo cual no parece que sea muy censurable el dedicar alguna parte de aquella facultad preciosa de la mente humana á recoger también y conservar otras cosas, que, si no sucedieron tales como se dicen, no hay duda que pudieron suceder, y lo mismo deleitan y enseñan, ó poco menos, que las que se tienen por más indubitables y claras.

Lo que bien puede creerse es que tan falaces ó más que la presente son todas las crónicas ó cronicones antiguos, que tratan de los reinos pirenaicos, principalmente de Aragón y Cataluña, y que si en ésta aparece bastante confusión de años, sucesos y lugares, trocándose unos por otros con frecuencia, eso mismo cabalmente sucede en todas cuantas pueden consultarse con fruto para poner en claro la historia patria. Ni se tengan fácilmente tampoco por fabulosas muchas de la aventuras de Reyes, Condes, Señores, sacerdotes ó gente común que aquí se relatan; que expues-

tas están, y aun defendidas lo propio que en éste en los más estimados libros de historia de los siglos que tenemos por ingenuos, verdicos, eruditos y doctos. Hartos sucesos menos probados, y aun probables, que los que aquí ofendan la crítica, creemos, ó tenemos que hacer como que creemos, muchos de los que gustamos de saber las cosas pasadas. Y ni el propio Fray Gauberto Fabricio de Vagad, ni Pero Antón Beuter, ni Briz Martínez, ni Diago, ni Ainsa mismo, ni otros ciento que sería fácil nombrar, de los historiadores de Aragón y Castilla, con ser bastante más modernos y sabios, mostraron ser mucho más severos en su crítica que el pobre muzárabe, que originalmente compuso esta crónica, parece serlo. Pero él hablaba ya de oídas, como todos hablamos de tantas cosas pasadas; ¿qué tiene de extraño, pues, que de buena fe errara en no pocas ocasiones? Y si él era hombre, por lo que se ve, sencillo y honrado, ¿cómo no había de creer, sin meterse en más honduras, la mayor parte de las cosas que sus vecinos y conocidos, ó sus mismos venerables padres le contaron?

¡Filósofos, y sabios, y repúblicos son ó parecen muchos que no se enteran con más

profundidad ni exactitud de los propios sucesos actuales!

Justo y oportuno era, pues, el conservar y dar á luz este libro, supuesto que otros y otros semejantes se han dado á la estampa ya, y algunos no muy diversos se dan y se darán aún á luz cada día; sin omitir en él nada de lo que, verdadero ó no, ha merecido crédito de tal en los tiempos antiguos.

Por lo mismo la tarea del copista se ha limitado á descifrar y poner en claro los confusos pergaminos donde por tantos siglos ha estado desconocida esta crónica, y á descargar el estilo de voces y frases há mucho ausentes de los labios de los españoles. No era fácil lo primero, porque los pergaminos son de los que hoy llamamos *palimpsestos*, y no deja de notarse todavía en ellos el viso y señal de las letras primeras, como que acaso tengan en sí embebidos algunos de aquellos libros que tanto echamos de menos en Tácito, Salustio, Livio y otros que parece que fueron sabios, aunque idólatras; y no fué otra la causa de que saliese incompleta y oscura la primitiva copia, y de que haya sido forzoso publicar otras más extensas y claras, y ajustadas al verdadero texto. Ni lo segundo

era hacedero, como acaso muchos imaginan, que no suelen acomodarse hechos tan viejos á los novísimos giros y palabras, y las opiniones y discursos de tales cronistas como el que nos ocupa, se resisten á entrar hartas veces en la pobre y afrancesada lengua que hoy habla España. Mucho son de antigüedad ha perdido en la copia el estilo; pero alguno queda y había de quedar, sopena de desnaturalizar y corromper totalmente la índole de la obra.

Quizás no fuera ocioso dar alguna cuenta del autor de ella, apuntando principalmente su origen, patria y nombre, y el motivo que tuvo para escribirla. Pero sólo se sabe que fué de los muzárabes ó mozárabes, porque en diversos capítulos y lugares se da por cristiano y residente en Huesca, antes de la reconquista, cuando sólo en *San Pedro el viejo* oraban y eran enterrados los hijos de los cristianos vencidos, y el Obispo de la diócesis andaba quizás fugitivo por los húmedos riscos que forman el verde valle de Tena, y las selvas vertientes de la peña de Oroel; la cual se alza con el propio perfil y apariencia que tendría un león inconmensurable, recostado por detrás, y como en guarda de las

viejas y rotas almenas de Jaca. Y con ser mozárabe podía venir de padres españoles como de padres romanos, y proceder de algún *duumviro* ó magistrado de municipio, lo mismo que de aquel Filimer, que al decir de Jornandes, gobernaba á los godos cuando salieron de la Escancia. Que es como decir que nada consta acerca de su persona.

Algo más sabemos ciertamente de la época en que vivió y sucesos á que se refiere en su libro; por lo cual no sería perdida para muchos la ocasión que aquí se ofrece de ostentarse filósofo y político alargando este primer capítulo, puesto que es de los añadidos por el impresor moderno, con noticias y reflexiones extensas acerca de aquella nación, fundada con las salvajes tribus del Pirineo, por unos cuantos monjes y guerreros fugitivos, al pie del monte Pano; que aún hoy coronan melancólicas las reliquias de los sepulcros y celdas de San Juan de la Peña.

Tal vez no pareciera inútil recordar en estas páginas con algún mayor detenimiento que en las del muzárabe, cómo creciendo y dilatándose de día en día, con estos ó los otros caudillos, primero por los riscos y montañas, luego por los valles y llanuras, había

llegado á ser reina y señora aquella gente del anchuroso Ebro, cuando poco antes se contentaba con dominar el cauce del humilde río, *Francés ó Gallicum* en la lengua de entonces y Gállego ahora, que ofreció á sus rebaños macilentos una fuentecilla escondida en las entrañas del Pirineo; y cómo recibió al fin, con orgullo del Aragón, menos río siempre que torrente, un nombre eterno. Ni estaría demás decir cómo los fundadores del nuevo reino, recelosos de los Príncipes, por aquel quizás que tan mala cuenta dió de sí en Guadalete, trocaron á la postre en un género de república su gobierno, donde poco más de nada era el Rey, algo el pueblo, todo los *seniores*, ó grandes, ó ricos-hombres. Ni se tendría por importuna mayor memoria de las dichas y desdichas á que dieron ocasión tales recelos en los vasallos, y el deseo natural en los Príncipes de vivir y obrar á su voluntad y albedrío. Pero de esto, y de las cosas de Cataluña, que también se mezclan en el relato, dirán lo indispensable las pláticas y sucesos que el muzárabe narra, y si por más anhelase alguno, gruesos volúmenes *in folio* han de instruirle, que no tan diminuta crónica como la que hoy sale al público.

Baste, pues, con decir que ella comienza, á lo que se deduce de los pergaminos del muzárabe, en el año 1134 de Cristo, cuarenta y tantos de la era de Mont Aragón, pues lo último no puede claramente deletrearse: primero del gloriosa reinado del buen Rey D. Ramiro I y de la honestísima Reina doña Inés de Poitiers. Y hable ya de por sí, como es razón, desde el capítulo que sigue, el autor verdadero de esta cierta y curiosa historia; que es lo que debe apetecer el lector en adelante.





CAPÍTULO II

Que largamente trata ya de una famosa fiesta
y ceremonia que tuvo lugar en la grande ciudad
de Huesca

.....Et que se levante Rey en
sedieylla de Roma ó de Arzo-
bispo ó de Obispo; et que sea
areido la noche en su vigilia: et
oya su missa en la iglesia... etc.

*(Fuero que dicen de So-
brarbe.)*

DE no mentir desde las primeras
letras el dicho muzárabe, el día
era de los mejores de Diciem-
bre, y grande, grandísimo el
júbilo con que los honrados burgueses de
Huesca inundaban calles y plazas, á la hora
en que él cortó su pluma, y comenzó á escri-
bir esta crónica.

Quemaba el sol como en lo riguroso de estío, dejando entender que no andaban lejos las nubes; y en tanto su luz vivísima embellecía el más maravilloso de los espectáculos.

Que fuera toda júbilo Huesca aquel día, cosa es en que bien pudo equivocarse el muzárobe que lo afirma, porque no siempre dan de ello señales ciertas las galas en la persona y la algazara en los labios; el correr de los unos y el gritar de los otros; los rumores y ecos de una muchedumbre que anda y siente y clama á su albedrío.

Más veces son estas muestras de curiosidad que no de júbilo; que lo propio se notan el día de la coronación de un Rey, que aquel en que se ejecuta una sentencia de muerte, si es famoso el reo por la enormidad de su crimen.

Pero en cuanto á lo maravilloso del espectáculo, no es posible que errara el cronista, como que cuenta lo que vió, aunque viejo, por sus propios ojos, y tocó con sus trémulas manos.

No hay duda, por lo mismo, que aquel día todas las casas de Huesca estaban engalanadas con cortinas de colores varios y ramas de

ciprés recién cortadas; y alfombradas las calles con juncias y siemprevivas, y con arcos á mucha altura levantados, y compuestos con hojas de álamos y castaños, arrancadas en los sotos de la Isuela.

Los villanos (*rustici*) de la famosa hoya de Huesca acudían á las puertas de la muralla de tierra, que á la sazón cercaba los arrabales; y, reuniéndose en ella con los cultos oscenses, que al propio tiempo desocupaban sus casas, agolpábanse todos en tumulto á los robustos arcos, flanqueados por altas y fortísimas torres redondas que á lo interior de la ciudad daban entrada.

Oíanse allí palabras y frases de muy distinto origen y sonido. Quiénes hablaban entre sí á solas la extraña y solitaria lengua euskara que conserva aún en alguna de sus vertientes el Pirineo; quiénes, y no eran los menos, se comunicaban con unos y otros en el latín corrupto de los hispano-romanos; quiénes parecía que pusieran particular cuidado en pronunciar ciertas voces germánicas, como para dar á entender origen godo; quiénes ostentaban su carácter de francos ó extranjeros con su frecuente afirmación en *oc*, ó su marcado acento bearnés. A algunos se les esca-

paba de cuando en cuando tal ó cual exclamación en pura lengua árabe; otros se solían lamentar, entre dientes, de los percances ordinarios del bullicio, en el habla misma con que Isaías y Jeremías de mayores desdichas se lamentaron; muchos de la plebe corrían de acá para allá, procurando que todos entendiesen por igual una especie de jerga ó jerigonza que algo sonaba ya al moderno romance castellano; no pocos, por último, de los hombres buenos y bien portados, que en sus maneras y trajes claramente parecían aragoneses, con cierta afectación de superioridad y buen gusto deletreaban un dialecto que tenía el propio dejo del lemosín, que todavía usan gentes españolas.

Poco menos que la del idioma era la diversidad de los trajes, que por aquí y por allá distinguía la curiosidad, sin duda insaciable, del cronista muzárabe.

Ocupaban las pequeñas y mal repartidas ventanas de las casas las damas principales; todo el señorío, podía decirse, de Huesca y de las vegas del Gallego, del Aragón y del Ebro. Y sería muy de ver seguramente aquella multitud de mujeres alegres con sus mantos de *bruneta*, que era tela de fina lana, y

sus manteletas forradas de piel de conejo; con sus vestidos de *cendat*, donde ya campeaba la rica seda, y de escarlata; con sus ojos y sus rostros que acaso produciría no menos lindos que ahora el arte inagotable de la naturaleza.

Mas el gentío y variedad mayor estaban, como era natural, en las estrechas plazas y calles. Allí revueltos y confundidos en aquella multitud, se miraban los caballeros (*milités*) con sus *garnachas* ó balandranes, y sus *capirones* ó gorras rematadas por la parte inferior en esclavinas que caían sobre los hombros. Allí los ciudadanos y gente común (*burgeses*) con sombreros y capas guarnecidas con pieles de corderos. Allí los moros mudéjares, todavía recién conquistados, con sus resplandecientes albornoces y turbantes. Allí el almogábar, que por primera vez bajaba acaso de la montaña, ó vascón, ó godo, ó hispano-romano, que no era fácil, por cierto, averiguar el origen de ninguno de ellos; pero siempre y por igual cubierto con el ancho capuchón de malla que le caía de la cabeza hasta las rodillas, y la piel de toro ó de lobo amarrada con una sogá á la cintura; desnudo el pecho y los brazos y piernas; armado con su corta y an-

cha espada, sujeta entre la piel y la soga; provisto, además, de dos dardos, enganchados en ésta, de menos que mediana labor, pues consistían en palos de encina ó roble sin descortezar, y puntas de hierro de cuatro lados, agudísimas y limpias, como si sus dueños se ejercitasen continuamente en afilarlas contra las piedras. Gente esta última de mal ver y de poco cristiana catadura, que andaba con singular desembarazo, mirando, con más desprecio que asombro, las pintadas telas y el limpio metal que ostentaban otros del concurso.

—¿A dónde vamos, Fortuñón?

Así dijo uno de tales almogábares á otro, de harta más edad, con quien venía.

—A la *Misleida*—respondió éste.

—¡*Misleida!* No he oído nunca mentar eso, Fortuñón.

—Ni es de extrañar, hijo Aznar, que tanto ignores. Tú no debías de ser nacido cuando tu padre y yo peleamos uno contra veinte en aquella llanura que al frente miras, la llanura del Alcoraz. Pues sábetes que de resultas de tal jornada, la más sangrienta que hayan visto los pecadores, se rindió esta ciudad, tan fuerte como la ves, con sus noventa

y nueve torres, que son casi tan altas como los cerros que cierran el llano de Jaca.

—Pero, ¿y la *Misleida*, Fortuñón?—repuso el otro almogábar, que no debía de ser hombre de espera.

—Paso, hijo mío, paso—contestó Fortuñón.—A vosotros, los que sois mozos, debe de daros envidia que los viejos sepamos de tales hazañas. La *Misleida* era la iglesia principal de aquellos perros infieles que ocupaban esta ciudad hermosa. Mírala, Aznar, mira esta ciudad y considera cuánto dolor no sería que estuviese aún en poder de aquel perro de Ebn-Hud y de sus malditos vasallos.

—Eres prolijo, Fortuñón. Dime, si te place, por qué hemos de ir á esa condenada mezquita de moros, y no á la iglesia de los cristianos donde hoy se celebra la jura y coronación del buen Rey D. Ramiro; que eso y no otra cosa pregunto.

—¿Qué sabes tú de buenos Reyes?—dijo Fortuñón con acento un tanto dolorido.—¡Buenos Reyes! Desde que una mala flecha quitó la vida á nuestro invicto Rey y Señor Sancho Ramírez, temiéndome he estado yo que no los viésemos tan buenos. Y aunque D. Pedro y D. Alfonso lo fueron y...

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la *Misleida*? Por la espada de San Miguel y la lanza de San Jorge, que, á no ser quien eres, no pudiera ya refrenar la cólera que me causan tus digresiones. Responde á lo que te pregunto ó no respondas; pero no me atormentes con cosas que sé tan bien como tú á fuerza de oírlas á todas horas.

—Paso, paso te digo, Aznar—repuso con calma su compañero.—No envidies mi pericia y conocimiento en esto de buenos Reyes. Cabalmente vamos allá, á la *Misleida*, á ver la jura y coronación de D. Ramiro, porque has de saber que el Rey D. Pedro (aquel sí que era buen Rey, Aznar,) convirtió la mezquita de los moros en Santa Catedral de cristianos.

Y á tiempo dijo esto Fortuñón, que llegaban entrambos á la estrecha plaza en donde se levantaba la rica *Misleida*, templo querido y venerado de los moros á la par de las grandes mezquitas de Córdoba y de la Meca, y, á la sazón tenido de los cristianos, por uno de los mejores donde se adorase al Dios verdadero.

En la plaza era innumerable el gentío, y las puertas del templo estaban ocupadas de

tal suerte, que no parecía posible hallar entrada.

Fortuñón y Aznar lograron, sin embargo, abrirse camino por en medio de todos hasta las numerosas columnas, de capiteles varios, del templo, que no parecía con ellas sino que era un bosque de mármol simétricamente plantado. Lo extraño de su continente y lo espantoso de sus armas y apostura, al propio tiempo que la fama de ásperos y violentos que alcanzaban los almogábares, eran parte á que los pacíficos burgueses abriesen á aquéllos ancha calle, no bien intentaban el paso. De esta suerte lograron cosa que, á tales horas, no era fácil que otros lograsen.

La ceremonia andaba ya bien comenzada. El nuevo Rey D. Ramiro, después de haber velado las armas toda la noche, según ordenaba la ley del Fuero, había oído misa y comulgado, ofreciendo luego ante el altar púrpura y oro en monedas, las primeras batidas en su reinado.

En el momento de entrar los almogábares, la comitiva, compuesta de muchos prelados y caballeros, estaba plantada delante del altar mayor.

Ocho ricos-hombres de los mejores del rei-

no alzaron sobre un largo pavés á D. Ramiro, gritando al propio tiempo muy esforzadamente:

—Real, Real, Real.

Y los circunstantes repitieron todas tres veces el grito. Entonces el Rey, desde lo alto del pavés, arrojó á la muchedumbre copia de monedas nuevas, que podrían valer hasta cien sueldos de Jaca.

Luego pusieron el pavés en tierra los ricos-hombres. Y acercándose el Rey al altar, tomó de allí primero la corona, toda resplandeciente de piedras verdes y rojas, que debían de ser muy preciosas, sin duda, y la espada hecha á semblante de cruz, según el cronista; ciñéndose por sí mismo una y otra como en señal de que ningún otro Rey terrenal tenía poder sobre él, ni á nadie en el mundo era en deber de su autoridad y soberanía.

Y aquí advierte el muzárabe que D. Ramiro anduvo un tanto torpe en el ceñir de la espada, como si no estuviese acostumbrado á ello; verdad es que, á darle crédito, en toda la ceremonia se mostró el Rey embarazado y con menos majestad que convenía.

Pero, bien ó mal, ello es que se puso la espada y corona, y luego se encaminó á un

tablado, dispuesto á la mano derecha del altar, y ricamente forrado de tela de seda, con las primitivas armas de Aragón aquí y allá bordadas. Encima del tablado había una silla de ebano, con primorosas labores de nácar y marfil, y aun tal cual de plata, en la que el Rey se sentó, aguardando que llegase el reino á tomarle juramento.

Subió primero el Arzobispo de Zaragoza, acompañado de otros dos prelados, y poniéndole delante la cruz y los Santos Evangelios, dijo:

—¿Juráis ser fiel á la Santa Iglesia Católica, y obediente á sus Príncipes y prelados?

—Sí juro—respondió el Rey.

—¿Juráis respetar las decisiones de la Iglesia en sus Concilios, y las sentencias de los Santos Padres en todo lo que atañe al dogma y á la interna y externa disciplina?

—Sí juro—volvió á responder el Rey.

—Pues si tal hacéis—concluyó el prelado—Dios os lo premie, y si no os lo demande, que sí os lo demandaría, así en esta vida como en la otra.

Bajó el Arzobispo del tablado, y subieron tres ricos-hombres, que fueron Roldán, Gil de Atrosillo y García de Vidaura; y el pri

mero de ellos, presentándole también la cruz y los Santos Evangelios, habló al Rey de esta suerte:

—¿Juráis respetar los fueros y privilegios que nosotros los señores y ricos-hombres del reino disfrutamos, *ab initio*, por la gracia de Dios, es á saber, desde que en las montañas empezaron á repartirse los bienes á los más esforzados?

—Sí juro—respondió el Rey.

—¿Juráis devolver á todos y cada uno de los ricos-hombres del reino los castillos y lugares de que injustamente los han desposeído vuestros predecesores?

—Sí juro—dijo de nuevo el Rey.

—Pues si todo ello lo cumplís—repuso Roldán,—conservaréis el reino hasta la muerte, y si no lo perderéis en justo castigo del perjurio y agravio.

Cuenta el cronista que, al sonar estas últimas palabras, se sintió gran rumor entre el pueblo, que por lo confuso, no descubría claramente si era de aprobación ó de extrañeza, aunque más indicaba ésta que no aquélla, pareciendo como si tal fórmula de juramento no se hubiese oído nunca; bien que él de por sí no pudiera esto asentarle de seguro, por-

que, como muzárabe que era, no andaba muy ducho en los fueros y usanzas de los conquistadores aragoneses.

No bien acabó el juramento del Rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al Rey, que fué de esta manera; subiendo al tablado unos tras otros todos los Arzobispos, y Obispos, y Abades, y todos los barones y ricos-hombres, y algunos luego del estado llano, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurándolo, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Pero es hora de cortar ya la relación difusa y completa del cronista.

Séparse, en suma, que fielmente constan en el manuscrito que vamos siguiendo, los nombres de todos los prelados, caballeros y diputados que allí se hallaron; las riquezas y pompa que cada uno traía; los colores y divisas, armas y jaeces de éstos y aquéllos, todo rico, todo relumbrante en oro y plata; con otras tales menudencias que ni son para libro tan corto como éste, ni mucho podrían importar á los lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en el punto de jurar los brazos del reino, cayó del

techo una lluvia de dineros *alialeros* ó de cobre y plata; y aun hubo quien asegurase que cierto judío disfrazado entre la muchedumbre, supo divisar por el aire y recoger para sí una hermosa moneda de plata pura, y de bonísima ley, si nacional ó extranjera nada se sabe, porque bien podía ser lo uno como lo otro entonces. Costumbre esta de echar y regalar buenas monedas al honrado público que suele tomar parte en las fiestas, no tan observada como sería de desear en nuestros días.





CAPÍTULO III

Comienza á aguarse la fiesta

Por lo que no le respetan,
por lo que le desacatan.

(*Romancero.*)



Así como acabó la coronación y jura, el Rey y su comitiva, dejando el tablado y el altar, se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fué cosa de ver los empujones, amenazas y carreras que hubo, y los gemidos y maldiciones en que los piadosos burgueses de Huesca prorrumpían al sentirse magullados éstos, pisoteados aquéllos, traídos todos de acá para allá en las oleadas de su propia mu-

chedumbre, anhelosa por ver á la luz del día al nuevo Rey.

Pero, ¿á qué reparar en ello? En verdad que los bullicios y tumultos no son de este ni de aquel tiempo; y si el buen muzárabe resucitara, había de verlos tales en nuestros días, que olvidase aquellos antiquísimos en que él se encontró y puso pies y manos como cualquiera.

Lo que no ha de olvidarse es que aquellos dos almogábares, Fortuñón el uno, Aznar el otro, así como lograron entrar en la catedral y ponerse en buen lugar para verlo todo, cuando ya estaba la iglesia llena de gente, no bien echó á andar ahora la comitiva real, salieron y se colocaron, muy á su sabor, en sitio donde podían estar presentes á cuanto aconteciera.

En el atrio de la catedral, plantado de álamos blancos muy altos, paró la procesión; montaron á caballo el Rey y sus caballeros, y luego tomaron todos juntos el camino del Alcázar.

Iban primero diversos bailes y danzas de los oficios de la ciudad.

Detrás fueron pasando los bordonadores, y tablajeros, y justadores que habían de to-

mar parte en las fiestas de por la tarde, montados en soberbios caballos, con paramentos de oro y sedería.

A éstos seguía el pendón real, que traía en las manos D. Miguel de Azlor, señor de Monzón, de los principales del reino, y en pos de él asistían muchos caballeros y gentiles-hombres de su casa.

Luego venía un gran castillo de madera con cinco cirios ardiendo, el uno, mayor que todos, en medio, y los otros cuatro en las esquinas.

Seguíanse doce gentiles-hombres á pie, con sendos blandones de cera encendidos, en los cuales se miraban pintadas las armas reales.

Traía la espada del Rey el Almirante de Aragón, D. Sancho de Fontova, á quien acompañaban, éste á un lado aquél al otro, dos ricos-hombres de los mejores, como en custodia de su persona.

Y por fin, llegó el propio D. Ramiro, vestido con la dalmática de seda y oro y el chapelete real, montado en un fogosísimo caballo blanco, que bien podía ser por la estampa de Córdoba, con paramentos de oro y escarlata.

Cerraban la comitiva muchedumbre de

barones y nobles, caballeros y escuderos, los síndicos y jurados de las ciudades, y otra más gente principal é hidalga, acompañando á los Arzobispos, Obispos y abades del reino.

Y cuenta la minuciosa crónica que seguimos, que así como vió llegar la procesión Aznar el almogábar, comenzó á hablar con su compañero Fortuñón, el cual conocía como buen viejo á todos los señores de la corte, demandándole el nombre, condición y empleo de cada uno de ellos.

—¿Quién es aquel viejo que va junto al que lleva la espada del Rey?

Tal fué una de las preguntas.

—Aquél es—respondió Fortuñón—el buen Ferriz de Lizana. ¡Qué decaído está! ¡Oh, si tú le hubieras conocido en sus buenos tiempos, allá cuando peleamos uno contra ciento en la llanura aquella que ahora está á nuestra espalda, en la llanura del Alcoraz!

—Más es su cara de mal vasallo que de buen soldado, Fortuñón. Lleva más soberbia que el Rey. Mira con qué gesto clava sus ojos en los leales burgueses que se agolpan al paso: no puede reprimir la ira cuando oye las aclamaciones de la muchedumbre: parece

como que quisiera que esas aclamaciones fueran para él.

—Siempre ha sido así Ferriz de Lizana; siempre se las ha disputado con los Reyes. Es mucha arrogancia la de D. Ferriz.

—Quitárasela yo si Rey fuera—dijo Aznar con mal ceño.

—Tente, Aznar, hijo mío, tente—repuso Fortuñón. — Eres ligero de cabeza, y eso ha de traerte alguna malaventura en esta vida.

—¡Malaventural—replicó Aznar.—En tanto que yo tenga tales dardos en el cinto, y tal espada ande en mis manos, y haya montañas por donde correr, y yerbas con que comer, y arroyos donde refrescar las fauces, daráseme una higa de todos los Lizanas y ricos-hombres de la tierra.

Y al decir esto el almogábar, dió una patada en el suelo. Chocaron sus armas unas con otras, y dejaron oír un son siniestro, el cual espantó á los pacíficos ciudadanos que cerca estaban, de suerte que muchos se apartaron buen trecho.

—¡Menguados!—dijo Aznar sonriéndose.

Fortuñón, fijos los ojos en la espléndida comitiva, no reparó en esto, y hubo algunos

momentos de silencio. Al cabo de ellos tornó á preguntar Aznar:

—¿Y cómo llaman á aquel otro infanzón que con tan poca reverencia viene al lado del Rey hablando y riendo con los que le acompañan? Tiene el rostro mofador é insolente.

—¿No le conoces, Aznar?—respondió Fortuñón.—Pues no le hay más conocido en todo Aragón. Tú mismo le acabas de ver y oír en la catedral; que él fué quien tomó juramento al Rey en nombre de los ricos-hombres. Ese no es otro que Roldán, ricamente heredado en la sierra de Guara, hijo de un noble y gentil caballero, que murió peleando valientemente al lado del buen Rey D. Ramiro, en la jornada de Graus: descendiente de aquel otro Roldán tan famoso, de quien hay cantares en la montaña, por ser de los grandes capitanes y soldados de un Rey que dicen que se llamó Carlo-Magno. Témesese que sea el último de los de su casa, pues no tiene sucesión hasta ahora.

—En buen hora lo sea, que también parece soberbio y mal vasallo, y por último, pudiera contársele ya, si yo fuera el Rey, ó el Rey se guiara de mis consejos; que en ver-

dad fué insolente el juramento que le tomó, y mejor que prestarlo me pareciera á mí que hiciera volar su cabeza y las de todos sus iguales.

—No quieras mal á los nobles, Aznar, que ellos son la flor y amparo del reino, y los amigos del Rey.

—¿Ellos dices? ¡Voto va! No hay otros amigos para el Rey de Aragón sino sus fieles almogábares. Los ricos-hombres no pelean sino por ganar oro y estados y vivir en soberbios castillos y alimentarse con buen venado y jabalí, mientras que nosotros damos de balde nuestra sangre y dormimos á la intemperie, sobre los peñas, en la frontera de moros; y no tenemos qué comer sino alguna pieza escapada de sus nuevos cotos, y las insípidas yerbas que arrancamos de debajo de la escarcha ó la nieve. Y aún ellos son los que asesinan á nuestros hermanos indefensos con sus malditos perros y escuderos. Mas, ¡vive Dios! que en llegando á averiguar quién fué así el matador del mío, no ha de valerle ni...

Iba á proseguir Aznar en sus amenazas é improperios contra los ricos-hombres, cuando se sintió una gritería inmensa, y gran movimiento en la muchedumbre.

—¿Qué será, qué no será?

Así se preguntaban unos á otros los circunstantes, y sin aguardar la respuesta, corrían éstos por acá, por allá aquéllos, y todo era confusión y algazara.

—¡Que se mata, que se mata!—gritaban unos con dolorido acento.

—¡El Cogulla, el Cogulla!—decían otros con risa.

Y á cada instante se acrecentaba el tumulto.

Fortuñón y Aznar miraban con más curiosidad que susto aquella escena, que no acertaban á explicarse. Al llegar cerca de ellos las oleadas de la muchedumbre, Aznar, como de menor aguante que su camarada, las repele violentamente con sus robustos brazos, al paso que éste le exhortaba un tanto á la paciencia. Pero en el ínterin la procesión parecía desbandada. Caballeros y prelados abandonaban sus puestos y corrían de acá para allá, antes aumentando que no calmando la ansiedad y el tumulto.

El Rey no estaba en su lugar, ni podía atinarse al lejos qué había sido de su persona.

Y el eco de aquel extraordinario suceso, pasando de calle en calle y de lugar en lugar,

haciéndose mayor y más temeroso al paso que se alejaba del punto de su partida, traía ya puesto á todo Huesca en asombro y miedo.

Un clamor más intenso y pavoroso que cuantos hubieran sonado hasta entonces, se oyó de repente en la plaza del Alcázar.

Aznar y Fortuñón, movidos de curiosidad, habían llegado hasta allí, sin saber dónde iban, vagando al azar por entre el gentío, preguntando á todos, Fortuñón cortésmente, con razones ásperas Aznar, la ocasión del estrépito. Mas ni de uno ni de otro modo alcanzaban respuesta.

Al oír aquel último clamor, repetido por todas partes, alzaron entrambos los ojos y vieron que un soberbio caballo blanco corría desbocado hacia el muro, que por aquel lado caía encima del cauce de la Isuela, angosto, y profundo siempre, crecidísimo ahora con las primeras lluvias del invierno. Pálido, descompuestos los cabellos, caído el chapelete, abierta y flotando al viento la dalmática real, apretaba en sus brazos D. Ramiro el cuello del bruto indócil, que corría y corría, regando el suelo con la blanca espuma de sus quijadas.

A cada instante crecía, con el ardor de la

carrera, la furia del caballo, y ora se levantaba sobre las manos, ora se ponía sobre los pies; ya se paraba temeroso, ya recobrado seguía de nuevo adelante. Y el Rey, tendido en tanto sobre la silla, pegado al cuello del caballo, pedía angustiosamente socorro, aunque no parecía que pudiera venirle sino del cielo.

Ya el animal, ciego de rabia, distaba pocos pasos del borde del muro. A todo escape venían detrás varios caballeros; pero lejos de darle alcance, le estimulaban más á la carrera. Apartábanse los villanos á uno y otro lado sin osar detenerlo, y no faltaba sino un instante para que se despeñase con su jinete en las turbias aguas del río.

—Fortuñón—dijo en esto Aznar,—¿no ves qué cobardes ó qué torpes son todos estos ricos-hombres?

—¡Dios le ampare!—exclamó Fortuñón santiguándose.

—No mereces ser de los almogábares—repuso Aznar con mayor aplomo que hasta entonces.

Y descolgando rápidamente de su cintura uno de los dardos de punta cuadrangular que traía, lo disparó contra el animal con tal

acierto y fuerza tan poderosa, que, atravesado el vientre de parte á parte, cayó en el suelo, al borde mismo del muro, derramando á borbotones la sangre.

Y así como esto hizo el almogábar, cruzóse tranquilamente de brazos.

Al ver á D. Ramiro tendido cuan largo era sobre el agonizante caballo y abrazado aún á su cuello, el temor y la sorpresa de muchos, y el escarnio de los demás, se reunieron en uno, estallando á la par en carcajadas é insultos. Los propios cortesanos, al ayudarle á levantar, dejaban escapar de sus labios la risa, y aún tal cual de ellos se atrevió á dirigir al asendereado Monarca preguntas burlonas, ó irónicas excusas de su desdicha.

—¡Que este hombre nos traigan por Rey! —dijo en esto el buen caballero García de Vidaura á Roldán.

—¿Y por qué no, Vidaura amigo?—repuso el Roldán.—¿Porque es mal jinete? Diestrísimos que lo fueron D. Pedro y D. Alonso, sus hermanos; y aun por serlo, nos quitaron cuanto habíamos ganado con nuestra buena maña, y se gobernaron solos el reino, sin ayuda ni consejo de nadie.

—Ahora digo yo, buen Roldán, que lo

acertáis, y tened por no hablado ni pensado lo que oísteis. Mas, ¿no me dejaréis reír á mi sabor de la caída del desventurado jinete? ¿Quién puso tan soberbio potro á su cuenta? ¡No sabe tener la brida en las manos!

—Reíos cuanto bien os plazca, Vidaura; que en eso no hacéis más que contentar el ánimo, y en nada estorbáis que vayan las cosas como es razón, sirviéndonos de estas y otras tales ignorancias del Rey para lograr nuestros propósitos.

Y á la par que así discurrían los ricos-hombres, no faltaban pecheros y villanos que aquí, allí y acullí exclamasen en coro:

—¡Es un cogulla! ¡Es un carnicoll! No, pues atended y veréis cómo él defiende la frontera de moros y nos libra de las usurpaciones de navarros y castellanos. Bien se está Zaragoza en feudo de Castilla, que nadie irá á libertarla.

Poco á poco, como era natural, se fué calmando el tumulto y fijándose la atención de nuevo en lo que sucedía.

Ya el Rey estaba de pie y rodeado de todos sus ricos-hombres; mas no corto rato estuvo sin decir palabra, persignándose y rezando para sí sus oraciones.

—¿A quién debo la vida?—preguntó al cabo.

Y el cronista asegura, aunque no sabemos cómo cosas tan íntimas pudo averiguarlas, que muchos del concurso, dejada la burla aparte, sintieron en el alma no poder señalarse por tales. No respondiendo nadie á la primera pregunta, volvió á preguntar el Rey:

—¿Quién, digo, disparó ese dardo tan en mi servicio?

—El dardo es de un almogábar—contestó al fin uno de los presentes.—Conócesele á la legua por lo rudamente labrado que está: un tronco y un hierro afilado.

Entonces todos los ojos se fijaron en dos almogábares que á poco trecho se mostraban, descollando entre la gente de alrededor por lo alto y membrudo de sus personas.

D. Ramiro mandó que los trajesen á su presencia. Y los almogábares se acercaron á paso lento, bajos los ojos Fortuñon, Aznar sereno y frío, como si aquello le fuese indiferente.

—Almogábares—dijo el Rey,—¿cuál de vosotros dos me ha salvado la vida? ¿Tan poco estimáis mi gratitud, que no la reclamáis, mereciéndola?

—Ha sido mi camarada, señor, este manco que está conmigo—dijo Fortuñon, viendo que Aznar no respondía.

—¿Y cómo te llamas?—repuso el Rey, dirigiéndose al joven almogábar.

—Se llama Aznar Garcés—volvió á decir Fortuñon,—y es hijo de García Aznar, que fué gran servidor del padre y hermanos de Vuestra Alteza, el cual se halló entre los que trajeron á costas los peñascos para labrar esa fortaleza de Mont-Aragón, y entre los que ganaron esta gran ciudad de Huesca; y estuvo también en la infausta jornada de Fraga, que Dios maldiga, y allí murió no lejos del glorioso D. Alonso. Fué García Aznar de los mejores almogábares que hubo en la montaña, y ya no nos queda de él sino este hijo, que no le es desigual en prendas, al cual yo y otros almogábares vamos endoctrinando y adiestrando en el ejercicio de las armas.

—Paréceme—dijo el Rey—que más necesita de tu buen hablar que no de tus lecciones en armas; y que él es tal, que pudiera darlas al más arriscado campeón de estos reinos. ¿Qué dices á esto, Aznar Garcés?

—Digo, señor, que no he hecho por vos

sino lo que hiciera por cualquier otro jinete, puesto en peligro tamaño.

—¡Cómo!—replicó el Rey sorprendido.—
¡Menosprecias con efecto mi gratitud! ¿No quieres que tenga en nada el servicio que me has hecho?

—No quiero—repuso el almogábar—sino que en adelante me ponga Vuestra Alteza en mayores ocasiones.

—Leal pareces—dijo D. Ramiro,—y ojalá—añadió suspirando—que tuvieses en Aragón muchos iguales.

Un pensamiento confuso cruzó entonces por sus ojos y su frente; aparecieron á un tiempo mismo en su rostro recelo, amargura y acaso remordimiento. Pero recobrado antes de mucho continuó:

—Mira, Aznar, acude al Alcázar cuando bien te plazca: di tu nombre, y no te faltarán santas reliquias, sueldos y aun armas, si las quieres; porque en verdad te digo que has hecho por mí lo que yo no esperaba de nadie.

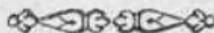
—Con perdón vuestro, señor—dijo el almogábar—iré cuando pueda serviros, no antes, que no gusto de pecar en importuno.

Y haciendo una reverencia, se apartó con su camarada largo trecho.

—Siempre pecarás en ello, miserable— murmuró Lizana.—No parece sino que este menguado de Rey gusta de conversaciones con los villanos. He mandado ahorcar más de ciento como ese, y juro á Dios que...

No pudo acabar. El Rey, seguido de toda su corte, entró luego en el Alcázar que allí frontero levantaba sus macizos torreones redondos y ochavados, con altas almenas y matacanes, que á veces escondían entre sus peñascos verdinegros los lindos ajimeces y las caladas claraboyas de los moros. Y Lizana fué de los primeros que le siguieron.

El gentío se fué luego disipando, hasta que la gran plaza del Alcázar quedó completamente desocupada, y todo Huesca tranquilo. Y debe de ser cierto, como afirma el muzáarbe, que el suceso del Rey y la hazaña del almogábar sirvieron de tema por todo aquel día y no pocos de los siguientes á las conversaciones de los cultos oscenses y de los villanos de la comarca, sin que pudieran poner aquéllos en olvido los lances del torneo y justas, con que se ocupó luego la tarde.





CAPÍTULO IV

Que por ser todo esperanzas y temores entretiene
y no satisface al curioso lector

Calandrias y ruiseñores
que cantáis á la alborada,
llevad nueva á mis amores
como espero aquí sentada:
La media noche es pasada
y no viene,
sabedme si otra amada
lo detiene.

(De *La Celestina*.)

 EN una de las torres del Alcázar
había un salón como partido en
dos mitades por un amplio cor-
tinaje de seda suspendido del
techo y recogido de ordinario de entrambos
lados. Cada una de las dos partes del salón
suntuoso tenía una decoración diferente;

pero ambas de estilo románico ó bizantino. Graciosas galerías de arquiteos, formadas con delgadas columnas de mármol, interrumpían, lo mismo en una que en otra parte, la desnudez de los altos muros. Dos grandes ventanas, á la sazón cerradas, se abrían en los extremos del salón, que iluminaban sólo entonces tres grandes lámparas de plata. Allí se hallaban en la noche del día que se acaba de historiar, departiendo dos mujeres, de muy diferente calidad, según mostraba el que la una, de pie, servía á la otra sobre un cojín oriental asentada.

—Asegúrote, Castana—decía la de más calidad,—que aún no he vuelto del grande asombro y pena que me causó el suceso del Rey.

—Loado sea Dios, señora mía, que sano y salvo le sacó de tal peligro—respondió la otra, al tiempo que le clavaba en el cabello, para sujetárselo, uno de varios alfileres de oro con piedras rojas que tenía en la mano.

La dama, que entre tanto colocaba en uno de sus blanquísimos dedos una sortija también de oro, con un hermoso zafiro, dijo de nuevo:

—¿Hallástete presente, Castana?

—Hallábame á la sazón en la torre del Oriente, y desde allí alcancé á ver muy bien lo que acontecía.

—Dicen que fué un buen caballero quien salió al paso al caballo y supo detenerlo: así Dios le ayude á él y todos los de su casa.

—Pues os engañaron, señora—replicó con notable calor Castana;—no fué sino un rústico, un villano, uno de esos que nombran almogábares.

—Gente fiera es, Castana; mas dígame por mi ánima, que cuanto horror hube de ellos hasta ahora, he de convertirlo en amor para en adelante.

—¡Si á éste hubierais visto, señora! Mozo es que no ha de contar, por mi cuenta, los veinticinco años; alto, membrudo y ágil á maravilla, ojizarzo, pelinegro, trigüeño en la color, mas en labios y mejillas matizada con purísimos carmines. ¡Si le hubierais visto, señora! Él, con su tosco traje, oscurecía á los más apuestos galanes de la corte; y cierto que, á calzar espuela de oro, no se le hubiera aventajado uno solo de los justadores que esta tarde han entrado en la liza.

—Muy bien le miraste, Castana; qué hartas señas das para visto de paso.

Castana se sonrojó al oír estas palabras, y por breve rato guardó silencio; cosa fácil entonces que atendía á ajustar al cabello de su señora un aro de oro con primorosas labores bizantinas y algunas piedras incrustadas de diversos colores. Corona de Reina sin duda, probablemente conservada desde el tiempo de los godos en la montaña; al ponérsela ahora la dama de quien tratamos, bien á las claras mostraba cuál fuese su clase y categoría. Luego, variando de intento de conversación, habló de esta manera Castana:

—¿Pondréis ahora el collar de piedras blancas y azules bendecido por el Padre Santo, que os dió en arras mi señor el Rey el día de las bodas? Grande es el broche y todo de oro. ¿Es cierto, señora, que hay dentro de él madera de aquella en que enclavaron á Nuestro Señor Jesucristo?

—Sin duda alguna, Castana; y perlas y zafiros finos son las piedras; mas tráele pronto sin más discursos, que el tiempo pasa y es hora de acudir al sarao.

—Aquí está, señora. Tomad también este luengo manto de hilos de seda y oro con figuras de pájaros y flores, que dicen que es

de tierra de moros. ¿Llevaréis allá hoy también la manteleta de armiños?

—Qué pregunta, Castana; quizás á presentarme en el sarao sin ellos no me conocerían por quien soy —respondió sonriéndose la Reina.

—¡Hermosa estáis!

Así exclamó, por último, Castana al ver de pie á su señora; la cual, puesto ya el manto, se miró un momento con indiferencia en un pequeño espejo de plata, quizás romano, que mal y pálidamente podía contener y reflejar su rostro sólo. Luego, poniéndole en manos de Castana, echó á andar hacia la puerta de la sala.

Pero antes de traspasar su dintel volvió la cabeza un punto la hermosa, y teniendo un tanto el paso, le dijo á la doncella:

—Por tu vida, Castana, respóndeme sin lisonja ninguna á lo que quiero preguntarte. ¿Cómo me hallas esta noche? ¿No se me reconoce el susto pasado en el rostro? ¿Me va bien el tocado que me has hecho?

Tiempos amargos para las mujeres aquellos pobres y desnudos, en que vivían sin el moderno confidente de sus deseos, el cómplice de sus flaquezas, el íntimo amigo de sus

encantos, el grande y verídico espejo de estirpe veneciana de nuestros días; mal reemplazado allí por uno metálico, de escaso brillo y redondo, que no bastaba á copiar de cuerpo entero á mujer alguna. Por no tener suficiente espejo, aquella mujer tan ansiosa por brillar y agradar, como francesa que era, pero tan ilustre por su nacimiento, puesto que venía de la ya antiquísima casa de los condes de Poitiers; tan orgullosa con ser Reina, y nada menos que Reina de Aragón, aquella D.^a Inés, en fin, de todos admirada y servida de todos, se prestaba á pedir así una frase halagüeña á una de las pobres doncellas de su servidumbre.

¡Oh! ¿Qué sería hoy de la más modesta de nuestras damas si no tuviera un espejo, un verdadero espejo, y hubiera de ignorar los íntimos secretos de su belleza, y no pudiera medir y contrastar el poder misterioso de sus atractivos? Dolor da de pensarlo. Porque cuanto hay por el mundo cambiar suele, menos el deseo de parecer bien en las mujeres. Todo en tal punto era en ellas, hace siete siglos, como es hoy, ni más ni menos. No hay más sino perdonarle su flaqueza á doña Inés, por tanto. Juntamente salió ella al fin

de la cámara regia con Castana; pero no entró con ella, sino con otras muchas que ya la esperaban para eso en el soberbio salón donde tenía lugar el sarao á que, en final honra y solemnidad del día, asistía la corte.

Castana, en tanto, no bien fió el cuidado y compañía de D.^a Inés á aquellas otras altivas damas y cortesanas, harto menos fieles que ella, corrió á su aposento, situado no lejos de la regia cámara. Allí la aguardaba ya un pajecillo vivo y alegre y retozón como sus años; que apenas le dejaban llegar á la adolescencia.

—Buenas noches, señora Castana—dijo al verla,—buenas noches. A fe que me habéis hecho correr más que un ciervo, de los que levantan los lebreles del Rey, en la sierra de Guara. ¿Ni qué ciervo ó lebrel pudiera compararse con ese endiablado de almogábar? No le perdone Dios lo que me ha hecho andar tras él todo el día vagando de acá para allá y sin descansar en ninguna parte. Él no come ni bebe, á lo que parece, ni á mí me ha dado tiempo para hacerlo. Y á Dios gracias que he tropezado con unos barquillos y algunas suplicaciones y confites en vuestras alacenas escondidos; y que Mosén Blas,

el sacristán de San Pedro, me ofreció al pasar por su puerta un buen trago de agua, que de otro modo hasta me habría faltado saliva en la lengua para daros noticia de mi encargo. ¡Oh perro, y bergante, y bárbaro de almo-gábar!...

Llevaba trazas de ir adelante, cuando Castana, tomándole la diestra oreja en una mano, comenzó á hacerle unas á modo de caricias, que á él no debieron parecerle tales, según el grito que se escapó de sus labios, impidiéndole acabar la oración. Mientras se llevaba las manos á la oreja maltratada, poniéndoselas á guisa de escudo, dió tiempo á Castana para decirle:

—Silencio, Ruderico, no hables mal de los que sirven al Rey, como tú no sabrás servirlo en la vida. Si corriste tanto tras él, culpa fué tuya; que para decirle que una doncella de la Reina quería hablarle, y dónde y cómo, maldito el tiempo que se necesitaba. ¿Por qué no le paraste de buenas á primeras, y le dijiste mi encargo, sin más andanzas ni requilorios?

—¡Qué es decir!—exclamó el pajecillo sin apartar las manos de la dolorida oreja; pero con el mismo buen humor y soltura que al

principio...—¡qué es decir! El bárbaro... digo, señora Castana, ese honrado de almogábar, no es para tomado de buenas á primeras, ni para hablado de burlas, como pretendéis. He ido todo el día detrás de él á ver si se sonreía, para embestirle y ¡zás! echarle encima todo vuestro recado, y no he podido lograrlo hasta poco há, entre dos luces. Cogí la ocasión por los cabellos, y adelantándome á él valerosamente, sin reparar en su feo gesto y apostura... le dije...

Un nuevo grito del rapaz, y el ver que rápidamente se tapaba con la mano izquierda la oreja sana, puso, tan claro como la luz, que acababa de recibir ella caricias, no menos amargas que las que había disfrutado poco antes su compañera.

—Cuenta, cuenta —exclamó ya entre veras y burlas;— cuenta con impacientarme, que nada tengo de cobarde, y tal como me veis, sé medirme con cualquiera de mi edad y más grande. Queden en dos los tirones, que no soy perro para andar desorejado, ni son para tanto las golosinas y los sueldos con que acudís á contentarme. Y en verdad, que si ahora me dieseis diez sueldos, no vendrían de más para la carrera que he tomado y el

miedo que he vencido, y estos tirones recibidos, que más que de mano de doncella, pudieran ser de mano de... almogábar.

—Eso te perdono yo, Ruderico, de buen grado—replicó Castana.—Y los sueldos no serán diez, sino quince, con tal que del almogábar no hables mal, que ha servido muy bien al Rey.

—Al Rey, al Rey—dijo el muchacho.—No soy tonto, Sra. Castana, y apostaría los quince sueldos que me debéis á que no es el servicio del Rey lo que os mueve á darle una cita...

—¡Rapaz!—exclamó Castana poniéndose como un ascua.—Dí la respuesta y calla, y serán cinco más los sueldos prometidos.

—Que me place—dijo Ruderico alegremente.—Antes os ha de cansar á vos el dar, que á mí el tomar, que todo lo necesito para mi honrado apetito y comodidades. Pues la respuesta fué como suya; no ví hombre tan extraño en la vida, con ser tan extraños los de su laya, y andar poblado de ellos medio reino.

—Acaba, acaba—dijo confusa la doncella.

—Acabaré—continuó el pajecillo,—dicién-

doos que con mal talante y peor sonido de voz, me respondió, no sin vacilar por un momento:

—Dile á esa doncella de que me hablas, que no conozco á ninguna de las de su linaje y alcurnia, ni me fío de ellas, ni de ellas quiero saber cosa alguna. Pero que si para algo necesita de mi brazo, bien sé yo lo que se debe á las mujeres, y que no es de valerosos ánimos desatender sus ruegos; de modo que no faltaré, aunque me pese, al sitio y hora que dices.

Castana, entre avergonzada y alegre, no acertó á responder palabra. Sacó del pecho algunas monedas de puro cobre, y dijo:

—Toma, rapaz, toma los sueldos ofrecidos y vete, que aún he de andar cerca de mi señora hasta la hora de la cita.

Y diciendo esto se alejó presurosamente.

Lleno estaba en tanto el anchuroso salón del sarao de cuantas damas de alta alcurnia y grandes caballeros había en Aragón y en los vecinos condados de Francia.

Hablábase aquí y allá de los juegos y justas en que los caballeros habían empleado la tarde, y celebrábase tal golpe, tal suerte, tal hecho de destreza, loando á los unos por re-

bajar á los otros, que es lo menos que dicta la humana malignidad en semejantes ocasiones. Ni faltaba quien, olvidando los respetos del lugar, hablase y riese del suceso del Rey, aunque sólo en puridad y voz baja. Pero cuando entró la Reina en el salón, ya no se pensó en otra cosa que en la danza.

Y es de ver cómo el cronista muzárabe, puesto que viejo y devoto, habla de las hermosas damas que allí se hallaron, y lo vistoso de sus tocados y prendidos, lo rico de sus trajes, lo amable de sus conversaciones, lo ardiente y provocativo de sus ademanes, ora al hablar, ora al danzar, ya cuando inclinaban la cabeza hacia los labios de algún doncel por traer mejor al oído los dulces requiebros, ya cuando ceñían con sus blancos y flexibles brazos de *leche* y *sangre* (que el cronista, aunque tan anterior á Góngora, como era de tierra española sabía bien usar tales conceptos); cuando ceñían, digo, la cintura del galán amante, dejándose ir en pos de las fantasías que forjan los sentidos, al son de los músicos instrumentos, al reflejo de las antorchas, al contacto de un pecho palpitante, al aliento de una boca enamorada.

Mas el interés de esta historia verídica lla-

ma nuestra atención á otro objeto, y es fuerza que descarguemos aquí de tales incidentes el puntual relato del cronista, por más que nuestro corazón, no tan viejo como el suyo, se deleite con tales descripciones.

Ello es, que había entre tantos corazones como allí gozaban, uno que en silencio gemía; uno, el que por más feliz contaban todos sin duda, el de la Reina D.^a Inés.

Y ¿qué tiene de extraño que tal se hallase la Reina? Era mujer y sensible, y estaba recién casada, y amaba mucho á su esposo. Y no le vió al entrar en el sarao, y pasaban horas y horas, y no venía, y por más que le buscaban por el Alcázar y por todo Huesca, nadie daba razón de su persona con ser tan conocida de todos. Y los fieles servidores, aquí y allá enviados, iban volviendo, uno por uno, y diciendo á la par á su señora:

—¡No está! ¡No está el Rey! ¡No se sabe qué ha sido de él!

Largas horas trascurrieron sin que la corte notase aquel extraño caso; los unos explicaban tal ausencia por lo extravagante del carácter de D. Ramiro; los otros ni siquiera reparaban en ella, que tan poca cuenta tenían con su persona. Y aun por eso la falta del

Rey no disminuyó en lo más pequeño el general regocijo.

Mientras dentro del Alcázar todo era música, y danza y galanteo, tañían á vuelo todas sus campanas, así la nobilísima iglesia de San Pedro el viejo (que á fuer de muzárabe y de los antiguos que en tiempo de moros allí asistían á misa, no acertó el cronista á contarla en otro lugar que el primero), como la catedral y los demás templos y ermitas que en el recinto de la ciudad y en las vecinas campiñas habían levantado, en los breves años trascurridos desde la conquista, los piadosos aragoneses.

Y si de día los mal disfrazados ajimeces ó las nuevas rejas de los cristianos se miraron adornadas con telas y flores, de noche resplandecían con millares de luces puestas en vasos de muy diversos colores, que, ora formaban anillos de enroscadas serpientes, ora semejaban frondosos árboles de fuego y mágicas flores, ora encantados castillos, como aquellos que el vulgo de la época fabricaba en su fantasía, poblándolos de afligidas damas y de alados dragones y vestiglos. Regocijo con que los honrados oscenses gustosísimamente se prestaron á celebrar la corona-

ción y jura de D. Ramiro, no bien oyeron el bando de los jurados de la ciudad, donde eran amenazados con graves penas los que se mostrasen tristes en ocasión tan para risa y contento.

Pero unas tras otras las horas de aquella noche alegre fueron pasando, aún más de prisa que pasan ordinariamente; que eso quiere Dios para que no haya aquí abajo completos placeres. Comenzaron á apagarse las luminarias, quedaron desiertas las calles, y dentro del Alcázar la concurrencia fué disminuyendo insensiblemente, y callando la música, y muriendo las danzas.

En aquel punto fué cuando cundió la inopinada ausencia de D. Ramiro y comenzaron á formarse sobre ella extraños comentarios, abriéndose fácil camino las más absurdas versiones.

Importunada de todos, unos porque la preguntaban y otros porque no, trémula y casi llorosa, retiróse del salón D.^a Inés, marchitas ya sus galas, demudado el dulce color de sus mejillas.

Y la concurrencia, no sin vagar algún tiempo todavía por los anchos corredores y salas del Alcázar, hablando y murmurando,

desapareció para entregarse tranquilamente al sueño.

No fué antes, sin embargo, que el viejo Ferriz de Linaza y el valeroso Roldán pudieran consultar uno con otro sus pensamientos.

Encaminábanse á paso corto á la puerta principal del salón, medio vacío ya de gente y lleno de calor, de aromas, de flores perdidas en la agitación de las danzas. Lizana venía por un lado, Roldán por otro; y, al punto de cruzar la puerta, los dos se miraron, y reconociéndose, á un tiempo llegaron á hablarse. Roldán fué quien comenzó el diálogo, diciendo en voz baja:

—Loado sea Dios, mi docto amigo, que hallo quien pueda explicarme este suceso. ¿Dónde está? ¿A qué ha ido? ¿Qué pretende hacer el buen Cogulla? No calléis nada de cuanto se os alcance, que hombre tenéis en mí de quien se puede fiar cualquier secreto.

—El caso es que nada se me alcanza en eso—contestó gravemente Lizana.

—Pues juro á Dios, Lizana, que si vos no sabéis de ello, dudo ya que algo sepa el mismo Rey D. Ramiro.

—Dígoos que yo no sé nada; y él... él sabe demasiado, á lo que pienso.

—Por las barbas de mi padre, y las de los doce pares, y las de Carlo-Magno mismo, y todas las barbas de este mundo y el otro, ¿nos habremos dejado sorprender de un frai-luco mentecato? ¿Sabéis que, según lo que os oigo de oscuro y siniestro, estoy por creer que es hora de poner á salvo nuestras cabezas, antes que de pensar en el gobiernø del reino que teníamos en las manos? Voto al santo del Alcoraz, Lizana, que...

—No hay juramentos que valgan, Roldán amigo. Sospecho de enemigos harto más terribles que el Rey, y aún más que todos los buenos caballeros por quien juráis, sin exceptuar el mismo Carlo-Magno. La clerecía y gente de iglesia comienza á ponérsenos de malas, y los hay en ella más agudos que vuestra buena lanza, más invulnerables que la armadura misma de vuestro abuelo, más diestros que los flecheros de Fez y los honderos mallorquines, que tantas veces os han abollado en vano el almete.

—Estaba en que teníamos de nuestra parte al buen abad de Mont-Aragón y al de...

—Pues no hay que precipitar los juicios, Roldán. También creíamos tener con nosotros á aquel condenado abad de San Pons,

ya difunto, y aun por eso, vos y yo, y otros caballeros, hicimos cuantiosos dones á su iglesia. Mas no le estorbaron nuestros dones para que procurase nuestra perdición muy santamente.

—¿Eso hizo, Lizana?

—Eso, y no hay más sino que yo he visto con mis propios ojos el documento que lo reza.

—Pero, ¿qué tenía que ver con nosotros el viejo cogulla de Tomeras? Ni esta era su tierra, ni nosotros éramos sus feligreses, ni él desde Francia y nosotros desde Aragón podíamos hacer más que querernos ó aborrearnos sin fruto; ni malo ni bueno, ni sabroso ni amargo.

—Os engañáis, Roldán. Cuando aconsejé á los ricos-hombres del reino que procurasen tener contento al abad, dando de por mí el ejemplo de regalarle una hermosa lámpara de bronce...

—De plata era la mía—dijo á esto Roldán.

—Siempre fuisteis pródigo—repuso Lizana,—y tengo predicho que habéis de morir sin hacienda.

Iba á replicar Roldán, cuando Lizana, sin dejarle pronunciar palabra, continuó de este modo:

—Poco importa eso, valeroso amigo mío, y ojalá que mayores cosas no hubieran de ocuparnos. El caso es, digo, que cuando yo quería ganar con dádivas y sumisiones al abad de San Pons, sabía bien que desde Tomeras y todo podía hacernos alguna mala partida.

—Decís que habéis visto documentos.

—He visto un pergamino que, muy bien sellado, envió pocos días antes de su muerte al Rey. Así como supe que había llegado un lego con él, me apresuré á derramar en las palmas de las manos de cierto pajecillo hábil suficiente número de monedas de plata, para que no tuviera inconveniente en robárselo á su señor por un momento y traerlo á que yo viese y estudiase sus letras.

—Bienaventurado vos, Lizana, que sabéis leer, y doblemente bienaventurados nosotros que tenemos en vos tal y tan sagaz adalid. Ya veo que no es posible que el Cogulla nos haya sorprendido.

—Amén—respondió Lizana, no sin menear la cabeza y los labios, como hombre que tiene más confianza en sí propio que en los sucesos.

—Bien recordaréis lo que decía el pergamino...

—Decía que era preciso cortar nuestras cabezas, como los tallos viciosos del huerto se cortan para que no impidan la fecundidad y lozanía de las plantas.

—¡Diablo!—exclamó Roldán.—¿Cómo pudisteis leer todo eso con paciencia? A ser yo, habría deshecho con mi daga el pergamino y el consejo.

—Pues yo, que no gusto de obras inútiles, leí y callé; mas desde entonces, apesar de la oportuna muerte del abad, no he perdido al Rey de vista un momento. Y he aquí por qué hoy temo; temo, Roldán amigo, alguna cosa grave, por más que no acierte á dar con ella.

—Ahora veo yo que es más arduo el caso de lo que pensaba. Pero, en verdad, ¿creéis que el Rey encuentre algún apoyo para ejecutar el consejo del difunto? ¿Pensáis que él ya lo recuerde siquiera? ¿Habrá en Aragón alguna lanza que ose medirse con la vuestra, Lizana? ¿Osaría el Rey averiguarlo, si por acaso la hubiese?

—No discurráis así, Roldán; pensemos antes que en fieros, en el modo de vencer á nuestros enemigos, porque no hay que dudar que los tenemos. Es preciso poner de nuestra parte á los clérigos; atraernos, cueste lo

que cueste, al abad de Mont Aragón, que, por más cercano, es hoy el que más y más funesto influjo pudiera ejercer en el Rey.

Y acabando de decir estas palabras, salieron ambos caballeros del Alcázar, no sin haber cruzado los pasadizos y bajado las escaleras tan lentamente como se necesitaba para que llegasen hasta allí con este diálogo.





CAPÍTULO V

Llegan las lástimas

Qui del mal fet no es adolorit
es senyal cert, qu'en l'acte's ignorant.

(AUSIAS MARCH.—*Obres de Amors.*)

De Francia vine á Castilla,
nunca dejara yo á Francia...
Caséme en un día aciago,
martes fué, por la mañana,
y al miércoles enviudaron
el tálamo y la esperanza.

(*Romancero general.*)



LA Reina, acompañada en tanto de damas y servidumbre, se retiró á sus aposentos. No tardó en despedir á todos, deseando hallarse á solas con su fiel doncella Castana, á fin de compartir con ella sus temores y sus lágrimas; que tanto era el amor de aquella

muchacha humilde á su poderosa señora. Pero aunque D.^a Inés la llamó dos, tres veces, Castana no dió de sí alguna muestra; parecía cosa de encantamento.

Ya había notado D.^a Inés la ausencia de Castana en las últimas horas del baile; pero ocupada en la de su esposo, no era posible que ésta le infundiese extrañeza. No tardó ahora en juntarlas y relacionarlas dentro de su espíritu. Pensamientos de horrible absurdo, multiformes, contradictorios, ardientes, cruzaron por su fantasía. La superstición de la época era harto apropósito para ello.

No sabiendo apenas qué hacía, echóse á andar por un corredor angosto y oscuro, cuyo extremo daba entrada á cierta torrecilla, donde solía habitar Castana. Su pie breve no levantaba ruido en el pavimento y así pudo llegar hasta la puerta de la torrecilla, sin ser sentida de dos personas que claramente hablaban dentro, con poco recato á la verdad una de ellas, la cual debía ser de robustos órganos, según lo que retumbaba su acento en las toscas piedras del muro.

La Reina se detuvo primero asustada. Luego, oyendo la voz de Castana, se tranquilizó un poco, pero puso atención á lo que habla-

ban. Tal vez la movió á ello la esperanza de que tratasen de sus desdichas y de averiguar por tan extraña manera lo que no acertaban á explicar su razón ni sus recuerdos. Tal vez la curiosidad, pero... ¡oh pecado que perdiste á Eva y has afligido á casi todas sus descendientes! ¿Será posible que quepas en corazones reales y que aun en aquellos momentos de duelo te albergues en el de D.^a Inés?

No por cierto. Pero el cronista, como viejo y marrullero, no dejó de sospecharlo, diciendo que la curiosidad es el alma de las mujeres y que, en próspera ó adversa fortuna, impera en ellas del mismo modo, prefiriendo sus satisfacciones á todas las de la tierra.

Y el caso es que D.^a Inés se puso de manera que oyó claramente estas palabras:

—¿No te irás, Aznar? No puedo más estar aquí sin que la Reina note mi ausencia; y en verdad que si supiera lo que he hecho contigo, quitaría de mí su cariño, y yo me moriría de dolor.

—Castana —respondió su interlocutor,— cabalmente lo que has hecho es lo que más ya me enamora de ti. Yo no podría querer á esas remilgadas doncellas que luchan de

mentirillas para rendirse de verdad cada día. Por eso no he querido á ninguna mujer hasta ahora. A mí me place la franqueza, y que quien quiera á uno se lo diga, lo mismo que quien á uno le aborrece. Así soy yo, Castana, así me crió mi padre en la montaña.

—Y así te imaginaba yo, Aznar, y por eso te he tomado amor tan súbito y tan grande.

—El que yo te tengo ya es tal, que por nada lo cambiaría en este mundo si no es por el cumplimiento de la venganza que tengo jurada á los matadores de mi hermano.

—¿De verdad me quieres, Aznar?

—No sabía de ti, ni había visto tus negros ojuelos, y los hoyos alegrísimos de tu cara; y sin embargo, al oír al pajecillo ruin que me enviaste, me dió en el corazón que algo bueno iba á sucederme. Y eso que nada bueno esperaba de las mujeres, y más de vosotras las cortesanas, á quienes tenía muy aborrecidas en mi ánimo.

—De todas suertes, he hecho por ti una cosa que no debía, Aznar. Por acá soléis ser vosotros los que habláis primero de amor.

—Vive Dios, ¿qué importa, Castana? Quien llega primero á tiro de dardo del moro, ese comienza la pelea; el que espera á que el

enemigo lo ataque, bellaco es y cobarde á luz y á sombra: yo no sé más que esto, que es lo único de que hablamos en la montaña. Por los huesos de mi padre, que, en cuanto encuentre al matador de mi hermano, y le mate yo en justa venganza, he de casarme contigo.

—Me asustan tus propósitos, Aznar... Pero, vete, vete ahora, que tu dilación puede traerme alguna pena.

—No ha de ser, hermosa Castana, sin que sellemos este amor con un beso de tus labios.

—¡Oh! nunca, nunca —exclamó Castana, poniéndose como una grana de encendida.

—¿Nunca? Voto va, muchacha, que...

—Si no es Dios servido que nos casemos—añadió dulcemente Castana.

—Como soy Aznar Garcés—repuso el desairado amante,—que no entiendo de ningunos escrúpulos. Me quieres, te quiero; ¿qué más esperas, ni qué más necesitamos para besarnos á nuestro sabor como buenos muchachos?

—No, no, Aznar. No puedo darte gusto sin cometer un pecado, y más quisiera morir que cometerlo á sabiendas.

—Dame el beso ó reñimos—exclamó con poco amable acento el impetuoso almogábar, que por tal le habrán ya conocido nuestros lectores. —Dámele, ó no volverás á verme en tu vida.

A estas palabras, los ojos de Castana debieron de inundarse en lágrimas, porque Aznar añadió al punto:

—¡Qué diablos! ¿Ya lloras? No eres tú para los de mi laya y linaje, Castana. Mi madre no lloró en cuarenta años que estuvo casada con mi padre; y eso que el viejo la traía de acá por allá como cabra montés, y no la respetaba más en su cólera que á cualquier moro ó judío.

—Lloro —respondió Castana—porque quieres un imposible, y has de reñir conmigo si no lo hago. Si ahora te besara, Aznar, ¿cómo entraría mañana en la misa de San Pedro á pedirle á Dios por mi salud y la tuya? Dios no me oiría. Ni ¿cómo podría confesar este sábado que viene con Mosén Blas, que pone tan mala cara al menor de mis pecados, llevando sobre mí uno tan grande? Y luego—añadió llorando,—que vendrán á verme las doncellas de mi edad y me dará mucha envidia de ellas, porque yo era de las más bue-

nas de todas, y ahora serán todas ellas más buenas que yo.

—¡Qué es esto!—murmuró Aznar, de modo que bien pudo oírse—las cosas de esta muchacha me enternecen. No lo habría sospechado... Vaya, Castana, queda con Dios, y no te aflijas: ya mudarás de opinión con el tiempo.

—No mudaré, Aznar. ¿Qué diría si tal supiera mi señora?...

Estas palabras sacaron á D.^a Inés de un género de letargo en que estaba su espíritu; oyendo, como si no oyese, y tal vez comparando confusamente lo que oía con lo que sentía, aquellas palabras de amor, con los dolorosos latidos de su pecho.

—¡Pobres muchachos! —dijo sólo.

Y á paso lento se encaminó á su estancia.

Acercábanse ya las altas horas de la noche; esas horas terribles para las mujeres y para los niños, y para todas las fantasías, ó vírgenes ó acaloradas.

La Reina se encaminó maquinalmente á su alcoba.

Había en ella una gran cama de madera de roble con figuras de animales fantásticos: dos anchas plumazas ó colchones de pluma

levantaban el lecho muy alto, y lo cubrían una gran colcha de seda y dos pieles magníficas de zorro.

Incierta, temerosa, despechada, sin saber siquiera qué esperar ni qué temer de funesto, se reclinó la Reina en el lecho vestida: hallábase en uno de aquellos instantes en que el espíritu apenas se siente dentro del cuerpo, y los ojos, preñados de llanto, no lloran, y el corazón, lleno de suspiros, recoge apenas el aliento necesario para la vida.

¡Pobre Reina, tan infeliz entonces como el más infeliz de sus vasallos! ¡Pobre esposa, que comenzaba á hallar desierto el tálamo donde juzgó hallar siempre eterna ventura! ¡Pobre mujer!

Y en verdad que nunca había estado más bella. Su crencha destocada dejaba ondular mil y mil hebras de oro, que, esparcidas de una en una, se confundían por lo leves con el ambiente, y juntas casi casi parecían un rayo de sol.

¡Qué blanca era la tez! ¡Qué palidez tan dulce había en ella! Pudiera decirse que era la propia palidez del alba, que deja entrever apenas la púrpura del día; pero más propiamente podía compararse aún á la de una

rosa blanca puesta por largas horas en un vaso sin agua.

De los ojos da lástima hablar; porque, turbios como el dolor los tenía; había en ellos, con todo eso, una cierta luz íntima y una cierta expresión tan tierna y orgullosa, que á la par infundían compasión, amor y respeto.

Era, en fin, hermosa, muy hermosa, de alta estatura, delgada sin ser cenceña, alta y flexible; y lo bien concertado del talle, el contorno aéreo de las manos, y lo menudo del pie, acababan el conjunto perfectísimo de su persona.

Aun su apostura triste y meditabunda, aquella mano clavada en la mejilla, aquella mirada fija en el suelo, aquel abandono y desmayo de todos sus miembros, la prestaban mayor encanto; y la noche misma, silenciosa y grave, y el opaco resplandor de una sola lámpara que iluminaba la alcoba, más y más venían á favorecer su belleza.

¡Raro hechizo! ¡Atractivo incomparable el de aquella Reina dolorida! exclama al llegar aquí el cronista muzárabe que, aunque viejo, no debía de ser de roca, según el calor que acude á su mente y enciende su pluma, siempre que trata de la hermosura.

Pasada sería ya la primera hora de la segunda media noche, hora adelantadísima para aquellos tiempos en que era costumbre destinar al descanso las sombras, y al placer y trabajo la claridad del día, cuando se sintió crugir una portezuela escondida en la pared de la alcoba.

Cedió el resorte, abrióse de par en par, y apareció al dintel D. Ramiro. Un ¡ay! de placer y de sorpresa se escapó de los labios de D.^a Inés al verlo. Levantóse precipitada, y al ponerse en pie tendiéronse los cabellos en sus espaldas, repusiéronse los descompuestos pliegues de su gola y vestidos, y así como instintivamente sus galas se ordenaron, y apareció con ellas, no sólo más hermosa, sino en más esplendor que nunca.

Pero si la pluma del cronista emplea algunos instantes en describir tales efectos, la Reina D.^a Inés no tardó uno solo en ver á D. Ramiro, y alzarse, y venir á él y estrecharlo en sus brazos.

—¿Cómo tan tarde, bien mío? ¿Dónde habéis estado, mi señor, que en tanta inquietud pusisteis á vuestra esposa y sierva? ¿No me habláis? ¿No me amáis ya como el día de nuestras bodas?

Todo esto dijo D.^a Inés en un punto; pero D. Ramiro no le contestó, sino que desasiéndose de sus brazos fué á sentarse con faz torva y cogitabunda en uno de los cojines orientales, que prestaban voluptuosa comodidad á aquella estancia. D.^a Inés, más sorprendida que nunca, se mantuvo inmóvil por algún espacio, de hito en hito contemplando la extraña expresión que en el semblante del esposo se advertía.

—¡Estáis quejoso de mí! ¿os he ofendido sin querer en algo?—dijo al fin con tierno acento.

Levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho D. Ramiro, y murmuró entre dientes:

—¡Desventuradal

No habló tan por lo bajo que no lo oyese la Reina, y acercándose más al esposo, le dijo:

—¡Desventurada yo, D. Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?... No, no sois mi esposa—exclamó el Rey; y levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de D.^a Inés.—No sois mi esposa... ¿lo oís?... Nuestro matrimonio es nulo, nulo ante Dios y ante los hombres; y

vos y yo hace diez meses, los mismos de nuestro matrimonio, que estamos poseídos del infierno.

Temblaba ya D.^a Inés á punto que tenerse en pie no podía; saltaban á raudales las lágrimas de sus ojos sin acertar á decir palabra, y D. Ramiro, arrastrado por una especie de preocupación inconcebible, repetía:

—¡Oh, no! ¡No digáis ya más que sois mi esposa! ¡No lo sois! ¡Y pluguiera al cielo que nunca tal os apellidaran los hombres!

D.^a Inés pensó por un instante que estaba loca; D. Ramiro continuó:

—Mirad: desde este día no podemos más vivir juntos; mañana mismo pienso divorciarme de vos y renunciar el cetro en don García de Navarra, en D. Alonso de Castilla, en cualquiera de mis competidores. Yo no he debido empuñar nunca el cetro, ni jamás he debido ser casado; ahora sé ya de cierto que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, sobre toda nuestra casa.

—¿Habláis de veras, D. Ramiro?—dijo al fin D.^a Inés. — ¡Apartaros de mí, que os amo tanto! ¡Privar, privar del trono á nuestro hijo! ¿Qué decís, esposo mío?

—¡Mi hijo! ¿Qué habláis de hijo? ¿Quién

es mi hijo? ¿Qué decís vos ahora, D.^a Inés?— preguntó el Rey asombrado.

—Digo, que hace tres meses que llevo el fruto de nuestro amor en mis entrañas. Esta noche misma tenía determinado decíroslo para que el júbilo del día fuera completo, y no pensé, en verdad, que tanto os entristeciera el saberlo. Pero, ¿estáis en vos, D. Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan extraños? ¿Qué palabras son esas que ahora escucho, y que ni fueron oídas ni fueron jamás esperadas de mí?

La sorpresa de D. Ramiro no hay cómo encarecerla: confuso, aturdido, dió tres ó cuatro vueltas alrededor de la sala, lanzóse á la puerta y salió precipitadamente gritando:

—¿Eso más, Dios mío? ¿Eso más envías sobre vuestro descarriado siervo?

Justo será, puesto que el Rey se fué, que aquí cerremos el capítulo y volvamos atrás un tanto por ver si hallamos las causas del extraño propósito y de las incomprensibles palabras de D. Ramiro.

A bien que á dónde fuera éste cuando salió de la alcoba de D.^a Inés, ni se sabe ahora ni parece que importa saberlo; y cómo quedaría D.^a Inés después de la singular entrevista que

tuvo con su marido, cada cual puede por sí adivinarlo.

Que puesto que el cronista muzárabe se pare aquí más tiempo, refiriendo por menor las exclamaciones y llantos de D.^a Inés, copiarlo también en esto sería ofender la gran penetración que por lo común alcanzan los lectores de tales crónicas como la presente.

Sólo es de añadir, pues, que al punto mismo en que salió el Rey de la estancia, Castana se asomó en ella tímidamente, como quien sabe que ha llegado tarde y desea que algún casual accidente haya encubierto su tardanza.





CAPÍTULO VI

Donde se da cuenta de cierta expedición que hizo
un monje benito á un monasterio para acallar
escrúpulos de conciencia

Cae; los campos gimen
con los rotos escombros y, entretanto,
es escarnio y baldón de la comarca
lo que era ya su escándalo y su espanto.

(Oda no antigua.)



¿QUÉ otro estás, Mont-Aragón, de
como fuiste un tiempo!

¿Quién conociera en ti aquel re-
cinto que fué asiento de prelados,
y ciudadela de guerreros, y corte de magní-
ficos Reyes? ¿Quién diría al verte que en ti
anduvo cifrada la esperanza y la fortuna de
una gente heroica que salió de allí á plantar
sus cruces por toda la tierra de España hasta

más allá de las orillas del Guadalaviar, y conquistó luego á Sicilia y Atenas, dando pavor con sus armas á los más altos Príncipes de la tierra?

Hubo en ti abad que contase ciento cuatro iglesias debajo de su jurisdicción espiritual, y veintiocho villas y aldeas debajo de su jurisdicción temporal, y mero y mixto imperio. No te igualaba cabeza alguna de obispado, puesto que, con el territorio que tú sola regías, hubo para formar dos de ellos los años adelante. Ni se hallaba corte de Rey más rica y poderosa que tú; cuando tú propia armabas hueste, y ganabas pueblos de moros, y alzabas por tu cuenta fortalezas. Reyes y Príncipes envidiaron la mitra de tus preladados, y la pusieron por honra en sus sienes. Poseíste ríos donde sólo á tus señores era permitido pescar y montañas donde sólo de ellos era el perseguir y matar las fieras. Contóse en el mundo por Era el año de tu fundación.

¡Ah, muy otro estás, Mont-Aragón, de como te vieron esos siglos pasados!

Que no hay ya en ti ni corte, ni templo, ni fortaleza. Tus diez torres, no menos que ciento y sesenta palmas levantadas sobre el alta montaña, hoy en ruina, y rebajadas, ó

rotas, ó carcomidas, no son sino pregoneros de tu mengua. En tus muros, de doce palmos de espesor con ciento veinte de altura, ni quedan almenas ni matacanes, ni se ven ya más que portillos y escombros. Del adarve donde Sancho Ramírez plantó sus pendones por reto y afrenta del Ebn-Hud de Huesca, cuelga sólo viciosa y lozana la *Higuera del Diablo*. Y las enormes piedras que en hombros subieron los cristianos á lo alto, rodando de la cima, sirven para acrecentar únicamente la fragosidad de la montaña.

Tan sólo abrigan tus bóvedas altares deshechos y tumbas abiertas, y cenizas mezcladas con el polvo de las ruinas: cenizas tal vez de conquistadores y de santos. Y quien busque en ti á D. Alonso el *Batallador*, no hallará ya más que el hundido pavimento donde acaso yació por largos siglos, y viles fragmentos de la urna donde diz que guarda sus restos nuestros padres.

Santos y héroes, tumbas y altares, todo te lo ha arrancado la ciudad vecina. Porque hubo un día en que se dijo: *Es preciso destruir aquel nido* (1), que nido eras de fe y de

(1) Frase histórica.—La iglesia ha sido reedificada en estos

recuerdos de gloria, y la codiciosa mano del mercader cayó sobre ti. Y se vendieron á precio vil tus tejas, y tus maderas, cortadas ocho siglos antes en el Pirineo, y conducidas en hombros de mártires.

Verdad es que cuando el despojo infame estaba reunido y la mezquina ganancia más halagaba el corazón de los especuladores, cayó ignorada llama, fuego quizás del cielo, que todo lo redujo á pavesas. Y fué noche de horror para Huesca aquella en que miró coronada tu frente majestuosa de rojos cabellos, hogueras inmensas del incendio; tanto, que acaso no lo sintiera igual desde el día en que por primera vez vió alzada la cruz sobre la más alta de tus torres, anunciando la pérdida de su gente mora. Pero tú, en tanto, quedaste en ruina, y no volverás á ser lo que fuiste.

¡Ay, al recordarte, los ojos que te han visto se llenan de llanto, y el corazón, que ha

últimos años por cuenta del Real Patrimonio, al cual cedió su último poseedor el edificio que de nada podía servirle. Por desgracia, la iglesia no ofrecía ya antes, ni ofrece ahora por sus antigüedades curiosidad ninguna, habiendo pasado por una primera reedificación de resultas de otro antiquísimo incendio.

respirado el aire misterioso de tus ruinas, se avergüenza de esta edad tan celebrada y tan triste en que vivimos! ¡Quién retrocediera á los tiempos en que tú eras rey de los Pirineos y de la llanura! ¡Quién peleara cual tú peleaste por aquella raza de Monarcas que habían costumbre de morir en lides contra moros y en defensa y prez de sus vasallos! ¡Quién, como tú, los conociera y oyera sus altas voces de fe y de valor y de gloria!

Los que vivimos en esta edad de cristiana indiferencia, tenemos mucho que aprender en aquellas piedras, levantadas por hombres que sabían hacer guerras de ocho siglos y edificar catedrales y descubrir mundos.

Ahora que apenas queda piedra sobre piedra, ¿quién traerá la resignación á los menesterosos y la fe á los desvalidos? ¿Quién enseñará la lealtad antigua? ¿Quién resucitará el antiguo amor de la patria? Eso lo aprendían nuestros padres en las piedras que heredaron de lo pasado; y todos los discursos humanos no lograrán lo que lograba una sola de las tradiciones, uno solo de los monumentos, uno solo de los *niños* que hemos arrancado de la montaña.

Tales exclamaciones se me vinieron, sin

querer, á las mientes, y de las mientes á los labios, viendo que en el viejo manuscrito, cuyo relato seguimos, y al margen de uno de los capítulos, se ostentaba en primorosas letras de colores, con figuras y ringorranos, el nombre de Mont-Aragón. Mas siguiendo adelante, se notaba que al cronista no le satisfacía de todo punto la grandeza que ahora se echa de menos en el monasterio. Lejos de eso, al principio del capítulo muy amargamente lamentaba que para entrar en aquella casa fuese preciso emplear tantas formalidades como solían emplearse al visitar las más almenadas fortalezas; y que los abades se diesen trato de Príncipes y decoro de Reyes, entendiendo más que convenía en las cosas temporales, y mostrándose más entre soldados que entre monjes, y más en cortes y campamentos que no en coros y altares.

Grandemente llamó mi atención el comienzo, y sin pararme á contemplar cuán diversamente juzgan las cosas aquellos que las ven y las tocan, de los que las aprenden ó examinan al trasluz de los siglos, pasé adelante con el relato del buen muzárabe, seguro de encontrar en él cosas de provecho para el conocimiento de esta historia verdadera.

Ello fué, decía el cronista, que al caer una tarde de Diciembre, que podría ser la misma de la jura y coronación del Rey D. Ramiro, se presentó delante de la barbacana, de más de trescientos pasos de circuito, que cerraba la entrada del Real Monasterio de Mont-Aragón, uno de los que se llamaban entonces monjes negros, es decir, un humilde fraile benito, con la vellosa cogulla negra de mangas largas y grandes, que traían los de España, y sayas debajo leonadas de buriel, calzas y zapatos; todo al modo que se llevaba en Sahagún y San Zoil de Carrión por los propios tiempos. Aquel monje iba en demanda del santo abad de la casa.

Éralo á la sazón Fortuño, hombre de calidad en el mundo, y que dentro de la regla, si no santo, era de los prelados más reputados que tuviese Aragón, tanto por su ciencia como por sus virtudes. Y bien debía serlo, cuando de toda la tierra de Aragón y Navarra, y aun de la parte de Castilla y de la parte de Francia, solían acudir á consultar con él los monjes y legos, guiándose por sus consejos y pidiéndole absolución de sus culpas.

Así fué, que la aparición de aquel fraile benito en tal ocasión no pareció á nadie ex-

traña, ni otros obstáculos se pusieron á su entrada que aquellos que eran de costumbre y regla general, y á que no se faltaba en caso alguno.

Dos hombres de armas que salieron al divisar el monje por el postigo de la ancha barbacana, cuidadosamente le reconocieron. Cerciorados de que venía solo y no traía armas consigo, le condujeron por dentro de la barbacana hasta la espaciosa plaza que había delante de la puerta mayor del convento ó castillo; y desde allí, cruzando una bóveda que podría tener hasta seis pies de altura, cerrada por dobles puertas, de grandes cadenas y cerraduras provistas, entraron todos tres en la fortaleza. Pasado el zaguán, sintió ya el monje que el frío de la primera hora de la noche le azotaba el rostro, y se halló en un gran patio con claustro y sobreclaustro, en el cual estaban las puertas del palacio abacial. Dejéronle allí solo los dos hombres de armas contemplando á la luz de dos lamparillas que acababan de encenderse á cierta devota imagen de Jesús Nazareno, colocada en un nicho del mismo, la boca del grande aljibe que ocupaba el centro del patio. Pocos instantes después se oyó el paso lento de un

portero tonsurado que, á decir verdad, antes parecía tener semejanza con Nemrod que con padre alguno de la Iglesia; hombre de mediana catadura y membruda persona, más propia para empleada en armas y aventuras, que no para consumida allí en vigiliyas y penitencias.

—¿Quién sois?—preguntó el portero al monje con acento duro y desdeñoso...

—Soy, señor, ya lo veis, un hermano benito del... del... del convento de San Pons de Tomeras. Sí—añadió luego el monje para su coletto,—que de lo de Sahagún tampoco estoy satisfecho en mi conciencia.—Por de Tomeras podéis anunciarme á mi señor, vuestro prelado—continuó en voz alta.

—¿San Pons de Tomeras?—respondió el portero;—mal viento viene de allá, hermano. ¿Sabéis que os pudiera traer desdicha por acá, el venir de tales partes?

—Soy un monje, no más que un triste monje, señor, y no entiendo un punto de estas cosas que habláis.

—Abriérais yo los sentidos, si en mí estuviera, buen fraile; ¿qué es decir que no sabéis del viento que viene de Tomeras?

—De allí no ha venido, que yo sepa, sino

el Rey D. Ramiro, á quien Dios ayude—dijo á esto el monje suspirando.

—¿Rogáis por él, hermano? Hacéis bien, que lobo sois de la misma camada. Mas entended que mala la ha de haber antes de mucho como no se remedie. ¿No sabéis que tiene ofrecidos á esta santa casa más de tres molinos y más de seis iglesias, y más de veinte yuntas con otras muchas riquezas, y que ahora nos viene dilatando el pago? Mala la ha de haber el de Tomeras, hermano, si es avaro de bienes con la casa de Dios.

—Razón tenéis, hermano; y D. Ramiro pagará según yo creo, ó de no, deberá ser castigado. Mas os advierto que traigo un caso de conciencia que consultar con el abad. ¿Podré verlo ahora mismo?

—Difícil sería si yo le dijese que érais de Tomeras; porque con los malos hechos de ese monje Rey, y el decirse que fueron aconsejados por vuestro prelado, no quiere oír hablar siquiera de tal monasterio. Repítoos, triste monje, que son muchas las cosas que nos tiene ofrecidas el D. Ramiro y hasta ahora no nos ha dado más que una sola viña y un mal molino, y aun eso con obligación de encender una lámpara á su hermano D. Alonso

y de mantener á un pobre, que ya se llevan en aceite la lámpara y en comida el pobre, más que producen viña y molino.

—Vuelvo á decir que tenéis razón que os sobra—replicó el monje;—¿pero no podré ver ahora mismo al abad de esta casa? No le digáis, si os parece, que soy de Tomeras; mas despachaos, por amor de Dios, hermano. Mirad que esto de verle, no poco me urge.

—Este monje trae irregularidades consigo, y ¿quién sabe aún si andará concuso en anatemas?—dijo entre dientes el portero.

—Conque vamos, hermano—tornó á decir el fraile benito.

—¿Con prisas andáis? No, pues contad que no vais á entrar en vísperas, sino que vais á comparecer ante el santo abad, que es implacable con los pecadores.

Y al decir esto, el portero echó á andar delante del monje.

—¿Es muy severo el abad?—dijo éste al montar la última grada de la escalera que subía al palacio abacial.

—Eslo tanto, que más de cuatro que entraron á hablarle muy erguidos y valerosos, salieron de su presencia temblando.

—Dios le dé piedad para mí—murmuró el monje.

Mas sin dejarle tiempo para pensar mucho, alzó el portero una espesa cortina, y empujándole con bien poco miramiento, le dijo:

—Entrad en ese aposento, que no tardará en salir el reverendo abad.

Obedeció el monje, y entrando se halló en un salón, ni bien largo, ni bien corto, ricamente decorado, con muebles de pino y de roble y con telas de lana. En la cabecera del salón se miraba una mesa de ancho tablero con labores incrustadas de hueso y de ébano, y encima alzábase un gran crucifijo de plata, al cual daban luz y compañía dos velas de cera amarilla. Detrás de la mesa se mostraba un sillón de ancho buque, como si el artífice hubiera sospechado que todos los abades fuesen de obesa persona; y al lado del sillón se levantaba un atril, que mantenía abierto un libro, muy primorosamente pintado.

Nuestro fraile benito reparó poco en estas galas, ó por serle harto familiares, ó porque tales fuesen de grandes sus pensamientos, que no pudiera apartarse de ellos.

Pasado un largo cuarto de hora, crujió cierta puerta escondida en el muro, y, por

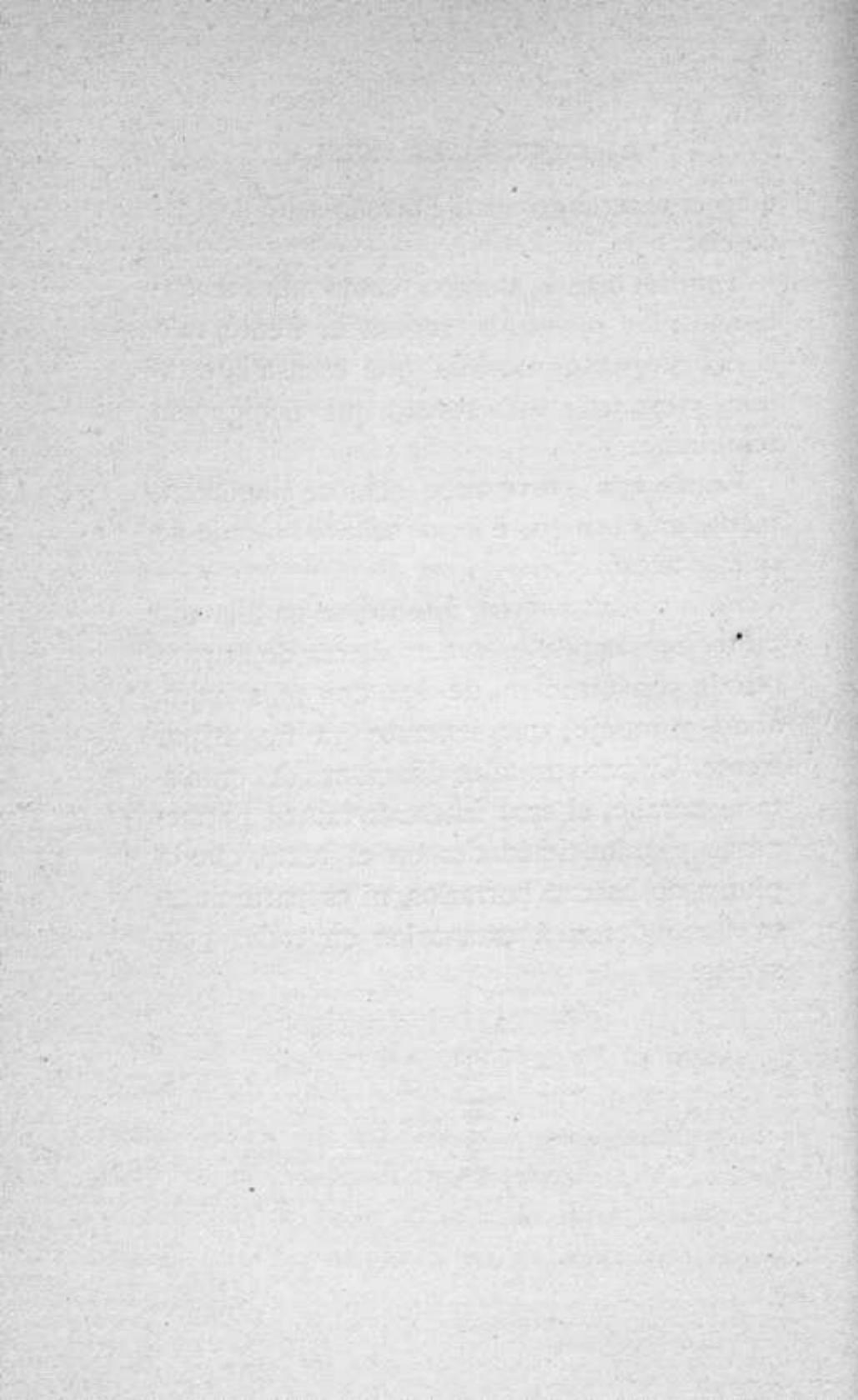
ella, el reverendo abad Fortuño salió á la estancia.

Tendría éste á la sazón como unos sesenta años; los ojos fríos, rugosa la frente, ralo el cabello, antes sobrada que escasa la estatura, y era más bien severo que benigno su semblante.

Entró con grave paso, sentóse silenciosamente en el sillón, é hizo seña al monje de que se acercase.

Pero contra nuestro intento, se ha dilatado tanto este capítulo, que es fuerza dejar para otro la conversación de los dos personajes, abad y monje, que tenemos ya frente por frente. Culpas son tales dilaciones del cronista muzárabe, el cual intercala tantos pormenores y minuciosidades en el texto, que la pluma no basta á borrarlos, ni es parte nuestro buen deseo á excusarlos en todas ocasiones.







CAPÍTULO VII

Que no hace más sino proseguir la materia
del anterior

Tú viniste á derramar,
ángel puro, en el altar
las lágrimas del pecado.

(*El Rey Monje*, drama nuevo.)



HABLAD, hermano—dijo el abad, después de contemplar por breve espacio al monje.—Hablad, y decidme en qué puedo favoreceros ó ayudaros; no hayáis temor, que delante estáis de quien es pecador como vos.

—¡Padre mío!—dijo con voz contrita el monje.—Yo siento sobre mí la ira de Dios.

—Pecador: Dios es misericordioso, como tremendo en su ira.

—Es que su ira comienza á cumplirse en mí.

—Haced penitencia, cuanta baste á desarmarla.

—Sí haré, sí haré—continuó el monje.—Sabré cumplir cuanta penitencia me impongáis, y no habrá una que me espante, ni dar la boca al polvo, ni exponer los miembros al cilicio y al fuego. Mas absolvedme, padre mío, absolvedme y que no vea yo tan sobre mí la celeste cólera.

—Decid, hermano, decid qué habéis hecho, antes de todo, y yo os diré lo que importe—replicó el abad, con la pausa y la indiferencia de quien se ve forzado á repetir una misma fórmula muchas veces al día.

—Yo profesé, como veis, en la regla de San Benito.

—Santa regla, formada en el propio espíritu de los sagrados cánones; no hay otra que más que ésta recomiende la Iglesia—dijo el abad.

—Santa regla, padre mío, santa regla. Mas yo soy dentro de ella la oveja perdida de que hablaba el glorioso San Benito. ¿No es cierto que puede contagiar á las otras, y que por eso debe ser echada del redil? ¿No es

cierto que Dios, para arrojarla de él, la aniquila?

—Dios es misericordioso, os digo.

—¿Aun con pecados tan grandes como los míos?

—Con todos, hermano; mas decid, decid los vuestros.

—Mis padres, reverendo abad, me ofrecieron de niño á Dios en la oblación de la misa, y cierto que no contaron con mi voluntad; mas hartó sé que los ofrecimientos de los padres valen, como si uno propio los hiciera. ¿No es verdad que eso no pudo nunca excusarme de cumplir la regla?

—Así es, como decís, pecador; esa doctrina, aunque dudosa en la Iglesia, quedó claramente resuelta por el canon cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve del cuarto Concilio de Toledo. No me acuerdo bien del número del canon, pero estoy cierto de que bien lo declara.

—Pues según eso, padre, hice los votos de mi regla; primero, de obediencia; después, de pobreza, y de castidad luego.

—Votos perfectísimos todos ellos, y agradabilísimos á Dios, y al glorioso San Benito que los instituyó. Mas despachemos, que aún

he de hacer mis oraciones. ¿A cuál de ellos faltasteis?

—A todos, padre mío, á todos.

—¿A todos? Largo pecar fué.

—Falté—prosiguió el monje—al de obediencia, dejando el claustro por el mundo, y tomando sobre mis hombros grave autoridad temporal; falté al de pobreza, con adquirir riquezas sin número y vasallos sin cuento; y por último, falté al de castidad contrayendo...

—¿Qué decís, hermano monje?—exclamó el abad sorprendido.

—Digo, padre, aunque horror me cueste el decirlo, que contraje matrimonio.

—¡Cuántos pecados juntos!—exclamó el abad.—No oveja perdida, sino muerta, debiérais llamaros, á no ser tanta la misericordia de Dios.

El monje, que involuntariamente se había ido acercando más á la mesa, conforme declaraba sus pecados, se arrodilló ya en aquel punto; y penitenciaro y penitente guardaron silencio por algunos instantes.

El abad fué el primero que lo rompió, y dirigiéndose al monje, le habló de esta suerte:

—Ya te he dicho, pecador, que la misericordia de Dios es infinita. ¿No dices que

estás muy arrepentido de todo lo hecho?

—Mucho lo estoy, padre.

—Habráste preparado sin duda para la penitencia que yo te imponga.

—No, padre; aún no me he preparado como debiera; aún subsiste en mí la materia del pecado.

—¿Conque es decir que no has abandonado aún esos bienes terrenos, que recibiste en tanto menosprecio de tus votos y daño de tu alma?

—No los he dejado, padre.

—¿Ni te has separado del lecho nupcial, donde entraste con tanta ofensa de Dios y del glorioso San Benito?

—Tampoco.

—¿En qué piensas, pues?—prorrumpió el abad con voz de trueno.—¿En qué piensas que, sintiendo la carga del pecado, no la arrojas de ti; que, reconociendo el yerro, no comienzas por enmendarlo? ¿Cómo has de volver de esa suerte á la obediencia de tus votos y á la gracia de Dios?

El abad se había puesto de pie; sus ojos ardían en indignación y celo cristiano; con las manos golpeaba fuertemente el tablero de la mesa por dar más expresión á sus palabras.

El monje parecía aterrado.

—Yo haré, padre, cuanto me ordenéis— dijo al fin con acento compungido.

—Haberlo hecho fuera mejor; que entretanto, no has de hallar en mí ni absolución, ni gracia alguna.

Y al decir esto, hizo seña al monje de que se retirara.

—No es por excusar mi culpa, reverendo abad—exclamó éste;—mas dignaos de oírme aún algunas palabras. Yo dejé el claustro y tomé bienes, y contraje nupcias, porque era el último de mi raza, y sin eso se perdía.

—Perdiérase tu raza cien veces con tal que se evitara un solo pecado.

—Hubo también prelados que me lo aconsejaron, y aun en nombre de Dios me lo ordenasen.

—Malos prelados fueron ellos, monje; en verdad os digo que no hay poder en la tierra que pueda desatar los lazos que con Dios tenéis vos contraídos. Mas abreviemos aún, que el tiempo pasa en vano y no deja de ser ofensa de Dios el desperdiciarlo. Dígoos que no volváis más á mi presencia sin haber dejado mujer y bienes, y vuelto á la obediencia de vuestros votos.

—Así lo haré, padre, así lo haré—replicó el monje sollozando; y dió algunos pasos como para marcharse; pero antes de llegar á la puerta volviöse de pronto y dijo:

—¿Sabéis, padre, que temo que mientras me absolvéis ó no, venga sobre mí el castigo del cielo?

—Dios es justo, y sabe lo que merecen sus hijos inobedientes.

—Es, padre—continuó el monje temblando,—que yo he visto claras señales de mi muerte y de mi castigo; y temo que muriendo ahora sea condenado al infierno.

—Rogad á Dios que se apiade de vuestras culpas.

—¡Oh! ¡piedad! ¡piedad! ¡Yo estoy arrepentido de mis culpas; yo quiero hacer penitencia! Mas decidme, ¿qué podría yo desde ahora mismo hacer para librarme de la cólera del Eterno?

—Dejar á esa mujer con quien tan malamente os unisteis, y renunciar á esos bienes que adquiristeis con tan gran pecado. Cada instante que aquí pasáis, lo perdéis en vuestra salvación: si el rayo del cielo os hiriese en este instante, no la habría para vos.

Y diciendo esto el abad, señaló imperiosa-

mente ya al monje con el dedo la puerta de la estancia.

—Los dejaré, los dejaré—respondió el monje, y en seguida salió precipitadamente, bajó las escaleras de un salto, como quien se juzgaba perseguido por la celeste cólera, y entró en el claustro, donde á la venida le habían dejado solo los hombres de armas.

Allí oyó de lejos el precipitado andar de dos personas, alguna de las cuales debía de ser un guerrero, según el son de armas que se sentía.

Y, al revolver de una de las esquinas del estrecho y abovedado pasadizo que conducía á la puerta, se halló frente por frente con el bueno del portero, á quien ya conocen nuestros lectores, que venía acompañando á cierto caballero vestido de todas armas, la vise-ra calada y con pomposo penacho en la cimara.

El monje hizo un movimiento para taparse más el rostro, como recelando de ser conocido; pero el desalmado del portero no le dió tiempo, antes lanzándose á él, le quitó la capucha de un tirón y le plantó un despiadado pescozón en la coronilla, que resonó en largo especie.

Al ver al monje con la cabaza descubierta, notóse en el caballero una exclamación mal reprimida. El monje, por su parte, no pudo contener un grito de dolor y rabia.

—Villano—le dijo al portero,—¿quién te manda tratar de tal suerte á los huéspedes de la casa de Dios? ¿Es así, mal portero y follón impío, como respetas mi sagrados hábitos?

El portero prorrumpió en recias carcajadas al oír estos improperios.

—Dé gracias, don monjecillo—le dijo,—que de aquí se va sin los azotes que suelen darse á los malos huéspedes; y mire la palma que para hombres como él, y aun mejores, tenemos colgada en esa pared, que, bien conocerá al mirarla, cuánta haya sido su fortuna en no trabar conocimiento con ella.

El monje ahogó dificultosamente en su pecho algunas palabras, pero no replicó más; y precipitando el paso, volvió á salir del muro del monasterio con no menores dificultades que había entrado.

Subían entretanto las escaleras del palacio abacial el caballero de que hemos hablado y el portero, y aquél dijo á éste con mal disimulado acento de sorpresa:

—Sin duda no has conocido á ese monje.

—No, buen señor, que, puesto que para eso le haya descubierto la cabeza, no lo he logrado, y bien sé que no le he visto en mi vida sino es ahora.

—¿Pues cómo te atreviste á tanto?

—Es, señor, qué viene del monasterio de Tomeras, del cual ha recibido tantos daños todo el reino y más esta santa casa. Y así Dios me ayude, que no juzgué que nuestro abad le soltara sin una mano de azotes, dados por estas mías que se pintan solas para mullir carne de pícaros.

—¿Le conocerías si otra vez le vieses?

—Precisamente para eso le descubrí también la cabeza; porque si otra vez le encuentro fuera del convento, no ha de írseme sin mayor ración de cordelazos y puñadas.

El caballero se sonrió.

—Mira Gaufrido —le dijo al portero,—no pienses tal; antes olvida, si puedes, que lo has visto en tu vida.

—¿Y por qué eso, señor?

El caballero no le contestó, sino que alzándose la visera, entró derechamente en el aposento donde dejamos al abad.

—¡Roldán!—exclamó el abad al verle:—

¿Qué os trae por acá á estas horas? ¿Por ventura viene con vos la escritura de cesión de las haciendas que debe el Rey á esta santa casa? ¿Ha tocado al fin el cielo el corazón el señor Rey para que nos haga justicia? ¿Qué nuevas traéis de la corte?

—Esas iba yo á pedirós ahora—respondió Roldán.—¿Quién más enterado que vos de lo que piense el Rey?

—¡Yo!—exclamó el abad;—¡pues si no he asistido á la coronación siquiera, por causa de mis achaques, ni he visto al Rey, sino de paso cuando desde Monzón, donde le aclamasteis por tal, vino á Huesca en vuestra compañía!

—¿Que eso digáis, abad? ¿No fuisteis vos por vuestras letras de los que opinaron que se eligiese á D. Ramiro, en lugar de elegir á D. Pedro de Atares, á D. Alonso ó D. García? ¿Y no obrasteis de tal suerte con el propio intento que nosotros, á saber: que hubiese Rey que no nos oprimiera ni cercenara nuestros privilegios, antes bien nos devolviera los castillos y lugares que ganamos por nuestras personas ó por nuestras gentes, malamente guardados para sí por los otros Reyes?

—Sí opiné y sí obré, Roldán; mas ¿qué tiene que ver nada de lo que decís con lo que yo pregunto?

—¿Que nada tiene que ver? ¿Pues cómo me venís ahora con fingimientos, negándome que en este propio aposento habéis estado platicando con D. Ramiro no há un instante?

—¿Qué decís, Roldán? ¿Yo hablar con don Ramiro?

—¿Pensáis que no le haya yo conocido debajo de sus viejos hábitos de fraile benito?

—¿Conque era ese el Rey?—prorrumpió el abad espantado.—¿Conque ha sido al Rey á quien he tenido á mis pies en penitencia?

—Comienzo á creer que no le habéis conocido, abad.

—Podéis creerlo, Roldán, y ¡oh! ¿si supierais lo que ha pasado entre nosotros?

—¿Qué?

—Básteos saber que le he mandado, en nombre de Dios, que deje el reino, que olvide á su mujer y vuelva al claustro.

—¿Y creéis que lo haga?

—Lo hará de seguro. No podéis figuraros lo contrito que está; daba consuelo de oír sus últimas palabras.

—¡Consuelo! ¡Consuelo! ¿Estáis loco?

¿Cuándo ha de poner en práctica vuestros disparatados consejos?

—Al momento; no le he concedido dilación alguna.

Roldán no pudo contener su ira; dió una patada en el suelo y exclamó:

—Habéis perdido el fruto de nuestros afa-nes y peligros; nos habéis hecho un daño inmenso, abad.

—Lo he hecho, sí; pero al fin he salvado su alma, y no me arrepiento de lo que he hecho—dijo entonces el abad gravemente.

—¿Eso más?—prorrumpió ciego de cólera Roldán.—¡Oh, y con cuánta razón desconfiaba de vos el viejo Lizanal! Toma tus armas, me dijo, toma tus armas y corre la hoya en busca del Rey, mientras yo hago dentro de la ciudad mis averiguaciones; y no te olvides de llegar á Mont-Aragón, porque desconfío de que el abad esté ya con nosotros. ¡Oh, y cuánta razón tenía el viejo Lizanal!

—Roldán—dijo el abad,—¿osaríais acusarme de traición?

—No lo permita Dios, padre; pero cuando yo venía á consultar con vos los medios de conservar nuestra obra y me encuentro con que de vos ha sido destruída toda ella, ¿haréis

gala aún de tal hecho? Si ese hombre amara la corona como nosotros pensamos que la amara, y como debiera de amarla, podrían con él nuestras amenazas, valdría con él la intimidación para que nos entregara cuantas tierras y castillos le pidiéramos, y aun para que nos concediera cuantos privilegios nos estuvieran bien. Pero si vos habéis hecho nacer en su alma el remordimiento; si desprecia el poder, la corona; si renuncia á uno y á otra, ¿con qué le haremos fuerza en adelante? Más cuenta nos traería que hubiera pretendido poner en ejecución el consejo del abad de Tomeras, que no el vuestro. Aquello no habría podido llevarlo á término y esto sí; porque como no dé con él el sabio Lizana, no sé yo que haya modo de evitarlo. Ni tengo más esperanzas sino es que se le olviden vuestras amonestaciones. ¡Es tan seductora al cabo la corona! Si eso pudiéramos esperar...

—Inútil esperanza, Roldán: está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa, y haré cuanto sea lícito en vuestro bien; mas no he de faltar por eso á las obligaciones de mi espiritual ministerio. Si otra vez acude á mí, le diré hasta qué punto las circunstancias

pueden excusar el hecho; pero no le negaré que hay pecados y grandes en su conducta. Recordad que no aprobé yo lo del matrimonio.

—Malhayan vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que, á conocer quien era, no le hablarais con el santo celo con que sin duda le habéis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salíos de la liga, y abandonad vuestras pretensiones. De mí sé decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis nobles amigos, y á remediar en algo el mal que habéis hecho: que si éste se obstina en ser monje, será preciso elegir otro Rey que bien nos cumpla, en lugar suyo.

Y de como esto dijo Roldán, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No hagáis de modo que se pierda su alma; mirad que es gran pecador; mirad que, bien mirado, es justa y forzosa su penitencia—le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oía.

Bajó rápidamente, cruzó el claustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y, en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el

camino de Huesca, salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados de la Isuela, que con sus aguas cerraba el camino.





CAPÍTULO VIII

Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan en sí los precedentes

Por fuerza cuasi le sacaron del monasterio, que salir él no quería, ni desabrigarse de su hábito.—(FRAY GAUBERTO FABRICIO DE VAGAD.—*Crónica de Reyes aragoneses.*)



PASÓ la noche de aquel día en que hubo lugar la coronación del Rey don Ramiro, con notable sosiego y silencio, lo mismo en el Rabalgerit ó barrio de los judíos, que en el de San Martín ó morería, y en toda la grande y populosa ciudad de Huesca.

Los honrados burgueses descansaron del

placer del día, que más que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas había acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del Alcázar, y otros se prepararon, con el reposo de la noche, á hacer larga jornada al día siguiente.

Amaneció Huesca, en él, como una belleza de treinta ó más años, que deja sus galas y se entrega al sueño después de largas horas de celos, y de amor, y de danza, y de estruendo.

No hay cosa más triste que el lugar en donde se disfruta un placer, cuando pasado éste se le mira de nuevo.

Tales y tan melancólicas parecían las calles y plazas de Huesca, que al asomar la cabeza los vecinos por sus estrechas ventanas, exclamaban de consuno: ha caído sombra sobre la ciudad. Y nunca en verdad había lucido el sol con más ricos reflejos y con esplendor más grande.

Este día era completamente contrario al anterior.

Mal día para el común de los ciudadanos. Gran día para aquellos tristes en quienes el

otro hubiese engendrado penas, que de todo se ve en los grandes regocijos, y es ley eterna del mundo que no haya risa á la cual no responda algún llanto.

Así es como en el Alcázar de los poderosos Reyes de Aragón saludan al nuevo día, por lo mismo que es triste, por lo mismo que trae sombra, las dos personas de quien menos pudiera imaginarse. El Rey recién coronado y la Reina recién casada; D. Ramiro y doña Inés.

Pintar los tormentos que padeció durante aquella noche la noble hija de los Poitiers, fuera imposible; que los tormentos supremos del alma no se pintan, como no puede pintarse el espíritu impalpable, y á la par invisible, donde nacen y se sustentan.

D.^a Inés amaba á D. Ramiro con ternura; amaba al hijo que sentía en sus entrañas, porque es privilegio de las madres amar sin ver ni oír, y sin saber si llegará ó no á existir el sér que aman. Amaba también la grandeza que la rodeaba; y ¿por qué no había de amarla? ¿Por ventura no son dignos de tentar á cualquier alma humana la dorada silla donde se sientan los Reyes sobre todos los hombres y sobre todas las mujeres, y la obediencia de

tantos, y el amor de tantos, y el poder de tanto hacer y conseguir como acierte á desear el ánimo? No; no andaba errado Roldán cuando en otro lugar llamaba á la corona seductora.

Y amando D.^a Inés á su esposo y al hijo por nacer, y amando la grandeza y el trono mismo, ¿qué no sentiría viendo perdidos esposo y trono para sí, trono y padre para su hijo?

Pero de todo, lo que más debía llegarle al alma, era ignorar la causa de mal tamaño; y no hallar ni de cerca ni de lejos algún remedio.

La causa muy bien la sabía D. Ramiro; pero lo que es con el remedio no acertaba él más que su doliente esposa.

Los lectores deben saber, no por el relato del cronista, que anda en ello harto oscuro, sino porque así lo rezan todas las historias de España, que el Rey D. Ramiro II era monje en el monasterio de Tomeras, cuando los grandes de Aragón, congregados y reunidos en las cortes de Monzón, determinaron alzarle por Rey.

Su padre, Sancho Ramírez, estando sobre Huesca, imaginó hacer un don, el mayor que

pudiera al cielo, para que se le mostrase propicio en aquella empresa; y el don no fué otro que este hijo, á quien metió de monje de San Benito en el monasterio de San Pons de Tomeras. De allí quisieron promoverle repetidas veces sus hermanos los gloriosos Reyes D. Pedro y D. Alonso *El Batallador*, á alguna mitra ó prelacía de importancia, donde diese creces á lo ilustre de su nacimiento; y, en diversas ocasiones, le nombraron para la abadía de Sahagún y los obispados de Burgos, Pamplona y Roda.

Y por cierto que con motivo de su ida al famosísimo monasterio de San Faguz, Fagún ó Facundo, que luego se llamó de Sahagún en Castilla, corrió por el mundo una triste historia, que no debía de tener por verdadera nuestro cronista, cuando amargamente se queja en algunos lugares del monje anónimo de aquella lejana y santa casa que, por escrito la puso. Decíase nada menos sino que el mozo abad D. Ramiro había mandado traer á su presencia cuanto había en Sahagún de precioso, así en telas como en alhajas, y aun en reliquias, separando lo que le pareció de más valer, y entre otras cosas unas riquísimas cruces de oro, para llevárselo á San

Pons de Tomeras. Bien que el monje anónimo esto afirme con formales palabras diciendo: «traio en testimonio al cielo que no miento,» parecele al copista de esta crónica que no hay por qué cargar con otro tan gran pecado al doliente monje, que ya los tenía sobre sí tamaños, supuesto que no le dió crédito alguno hombre de tal verdad como el muzárabe.

Pero lo que no puede dudarse es que don Ramiro, bien hallado con la vida ascética que hasta allí traía, no quiso conservar la posesión de tales beneficios, y permaneció al fin en el convento de Tomeras, hasta que, como arriba decimos, le alzaron por Rey los señores aragoneses, buscándole también esposa joven y bella, y de calidad correspondiente á la suya, que fué D.^a Inés de Poitiers. Sobraron Obispos que diesen por bueno y legítimo el tal matrimonio, y el Pontífice mismo lo autorizó, cuando menos, con su silencio.

Gran mella debieron de hacer los encantos del poder; gran mella también las caricias de aquella mujer joven, hermosa y cortesana en el corazón del monje, que desde sus primeros años no había pensado en otra cosa

que en el claustro, ni imaginado otra vida que la del cenobita.

¿Qué tiene de extraño que prestase fácil oído á los que le predicaban que la salud pública demandaba su apostasía, y que, antes serviría á Dios en el tálamo y el trono, que en los altares? ¿Qué tiene de extraño que el amor por una parte, por otra el poderío, las caricias de aquí, de allá las lisonjas, apartasen de su memoria por algunos meses los cilicios y el convento? ¡Era D.^a Inés tan bella! ¡Es tan encantadora la lisonja! ¡Es, como queda dicho, tan deslumbrador el brillo del trono!

Mas si hubo un tiempo en que estuviesen tibios sus recuerdos, nunca, á la verdad, se vieron muertos.

Tal vez D.^a Inés recogió en momentos de embriaguez y de encanto una mirada de pavor en los ojos de su esposo; tal vez sorprendió en él á deshora movimientos instintivos de retraimiento y así como de repugnancia. Y es cierto, que al ver la osadía de los ricos-hombres, y al notar las pretensiones de don Alonso de Castilla, y la rebeldía del de Navarra, y al oír hablar de alardes y arreos de guerra, ó de los peligros y empresas que para

defender su trono eran indispensables, solfa echar de menos D. Ramiro en voz alta la tranquilidad que, durante cuarenta años, le había proporcionado la vida monástica.

Fió su secreto al abad de Tomeras, á quien miraba aún como superior y padre; comunicóle sus primeros temores y remordimientos; pidióle consejos con que atender á los males que preveía, y remediar el desasosiego de su espíritu. Pero el de Tomeras creyó que el desasosiego provenía del temor que le infundían los ricos-hombres; y así se contentó con enviarle aquel sagaz aviso que sorprendió Lizana, y que puso á éste en cuidado tanto. Con reprimir á los ricos-hombres pensaba el abad que el Rey se entregaría tranquilo á las dulzuras del poder y del matrimonio.

Y no hay que extrañar en aquel abad que no se acordara para nada del remordimiento religioso del Rey, ni de los graves motivos en que se fundaba. Si antes de aceptar el trono y de contraer matrimonio le hubiesen consultado, acaso se habría opuesto á uno y otro, porque diz que era sincero y firme en su piedad, y no era seguro entonces que los votos monásticos pudiera desatarlos nadie, ni el Papa mismo; pero después de hecho el

mal, quizás comprendía que la *salus populi* podía excusarlo en cierto modo, y que no era ya cuerdo desear que con el arrepentimiento y abdicación del Rey, se renovaran los peligros del reino, acrecentándose más aún los pasados, con las pasiones que los últimos sucesos habían encendido.

Cabalmente el moro acechaba más que nunca entonces la ocasión de arrojar de nuevo á los cristianos á las cumbres fragosísimas del Pirineo. Y los Reyes de Castilla y de Navarra no esperaban más sino que faltase D. Ramiro, para recordar sus pretensiones á la corona aragonesa, y llenar de armas el reino; con lo cual hallarían aún mayor facilidad los infieles para traer á ejecución sus malos propósitos.

Nada de esto pudo ocurrírsele al abad de Mont-Aragón, cuando le habló á D. Ramiro, como hubiera podido hablarle á un monje cualquiera: nada de esto podía tampoco justificar del todo su apostasía á los ojos acalorados y escrupulosos del Rey. Lo que para otros parecía ser dudoso, para él no lo era: tenía el presentimiento ó la sospecha siempre de que ni el Papa, ni los Obispos, ni nadie podía dispensarle de cumplir sus votos.

Con todo, mientras vivió el abad de Tomeras, D. Ramiro, tranquilo con sus consejos, supo refrenar los remordimientos; de suerte que apenas se traslucían en sus obras y palabras. Y, á vivir aquél en la época á que se refiere la crónica, no hubiera éste ido á consultar con el de Mont-Aragón sus cuitas.

Pero muerto su prelado, se halló el Rey á solas con su corazón y su fantasía. Y á medida que avanzaba el tiempo y se disipaba el encanto del primer instante, mayores inquietudes sentía en el alma: inquietudes vagas, sin forma ni color. ¿Quién había de decir que el día de la coronación y jura hubiese de dar tan horrenda forma y color tan siniestro á aquellas vacilaciones de su espíritu?

No tenemos ya que narrar cómo concluyó la fiesta: el Rey estuvo á punto de perecer, y sólo se salvó por un género de milagro. Y en el punto de inquietud en que se hallaba su alma, aquello fué una tea que, tocando en hacinados combustibles, produjo un horrible incendio.

Los remordimientos, mal escondidos, asomaron de repente en el alma del monje: parecióle ver el semblante de Dios, irritado de su apostasía, tremendo como cuando maldijo

á Sodoma, negado á toda misericordia para con él. La tarde de aquel día la pasó en hondo afán y recelo: ni miró, siquiera una vez, á sus caballeros, que por celebrar su coronación rompían lanzas y exponían sus cuerpos al hierro: ni hubo medio de que, en una sola ocasión, viniera la risa á sus labios.

Acabáronse las justas, y el Rey se retiró á su Alcázar, y se encerró solo en un aposento. ¡Loca idea buscar la soledad en tal punto! Son pocos los hombres que pueden consultar sus penas con el silencio de la noche y la soledad: pocos, como pocas son en ellos las conciencias perfectas y los ánimos justos.

Ni una ni otro tenía, á la verdad, D. Ramiro.

Estaba aquel aposento en una torre altísima, obra misteriosa de los moros, y desde las ventanas se descubrían muy bien la corriente del río y la campiña. Pues cada vez que algún lucero se reflejaba en las paredes de la torre, miraba el monje sin querer los letreros árabes, allí esculpidos, y parecíale ver en ellos el *mane thezel phares* de la Escritura: no recordaba entonces que aquellas extrañas letras las hubiese visto nunca. Movía el viento levemente los álamos de la Isuela,

y parecía al monje que eran fantasmas que salían del lecho del río, y caminaban hacia las ventanas de su aposento para prenderle y conducirlo á la mansión de los réprobos. Dos ó tres veces puso el oído junto al muro, por ver si era la voz de Dios lo que sentía, y no era sino el agua del río que allí enfrente de la torre se quebraba en unas piedras.

Rendido de tanto luchar consigo mismo, levántase al fin, y casi instintivamente, saca los hábitos de su orden que conservaba en su cámara: vísteselos y sale del aposento, y luego del Alcázar.

El aire de la noche no alcanzó á templar en lo más mínimo el ardor de su frente.

Hubo instante en que pensó ponerse en camino para Tomeras, y arrodillarse en la tumba de aquel abad, que había sido su maestro, pensando que ella le inspirase algún alivio; pero al ver brillar á lo lejos, sobre la cima de un monte, las luces de Mont-Aragón, recordó que el de esta casa era tenido por de los más santos del mundo, y allá caminó sin demora.

No tenemos ya que narrar lo que le ocurrió en el monasterio; ni cómo, vuelto al Alcázar, entró en el aposento de su mujer, y

participóla cómo tenía resuelto separarse de ella.

Y he aquí cómo por tan largo rodeo hemos venido á dar en que D. Ramiro bien sabía la causa de su extraña determinación, ya que el remedio no se le alcanzase más que á su infortunada esposa.

Porque á la verdad, las palabras de doña Inés habían acabado de poner en desorden las ideas de D. Ramiro.

Ser padre y huir del hijo: tener una corona y dársela á otro que no á él, y sellar su frente al nacer con una marca de baldón: depararle una vida oscura y pobre en lugar de otra gloriosa y feliz, son cosas que espantan al corazón más animoso, y capaces de contrarrestar los más decididos propósitos en el hombre que siente y que piensa.

D. Ramiro, cuando vino de Mont-Aragón, quería renunciar aquel mismo día la corona en cualquiera de sus competidores, y abandonando á la Reina, volver á los pies del abad para obtener la absolución y pasar el resto de su vida en el claustro con mayores cilicios y penitencias que nunca. Pero al oír de D.^a Inés que estaba embarazada, sintió caer su espíritu, dudó, tembló, y el alba del

día en que debía ejecutar sus intentos pareció sin que nada hubiera resuelto todavía.

El primer rayo de luz que penetró en su estancia lució para él no menos siniestro que luce para el reo que está en capilla, aquel que le anuncia el día postrero.

Tanto luchar le fatigaba, le rendía, y sin embargo, más amaba la lucha que la resolución, cualquiera que fuese, porque de dos que miraba como posibles, tanto temía á la una como á la otra.

Lucha del espíritu con el espíritu, del sentimiento divino con el sentimiento humano, del precepto sobrenatural con los naturales; lucha que Dios envió á Abraham para probar su fidelidad, y que apenas cabe dentro de un alma por grande que sea: lucha que sólo comprenderán los padres y las madres, que por azar recorran estas páginas, y que apenas acertarán á concebir quienes no lo sean.

El primer impulso, el impulso espontáneo, enérgico de la voluntad, le dice siempre al padre que se sacrifique por su hijo. Pero ¿ha de sacrificarle tanto como la vida eterna? ¿Ha de preferir esta su flaqueza mundana al soberano mandato de Dios?



CAPÍTULO IX

De una plática sentimental que pasó entre el
Rey D. Ramiro, de buena memoria, y la hermosa
D.^a Inés de Poitiers

No lloréis, casada
de mi corazón,
que, pues yo soy vuestro,
lloraré por vos.

(Romancero general.)



EN tales angustias estaba D. Ramiro cuando, de repente, se le puso ante los ojos su esposa D.^a Inés, pálida, descompuesta, sin otras galas que el dolor, sin más compañía que el llanto.

No podía haber llegado más á propósito.

D. Ramiro comenzaba á sentir que no bastaba su ánimo para soportar, ni bastaba su

pensamiento para resolver tan grandes contrariedades como albergaba en el espíritu.

Al ver á D.^a Inés, que era tan infeliz ó más que él, y sin culpa alguna; al contemplar doloridos sus ojos, donde tantas veces había encontrado ventura, y pálidas sus mejillas, y contristadas todas sus facciones, notó que la piedad embargaba su voluntad, y sintió arder por un momento en su alma el afecto antiguo.

Dió algunos pasos hacia ella, y, ya iba á hablarla, cuando D.^a Inés se antepuso diciendo:

—¿Queréis oírme, D. Ramiro?

—Hablad, hablad—respondió el Rey.

—No vengo—continuó diciendo D.^a Inés—á reclamar el amor que ya habéis quitado de mí.

—¡Ojalá, señora, que pudiera devolvéroslo!

—No vengo á preguntaros siquiera la causa de mi desdicha, que bien sé que en nada os he faltado; y hartos se me alcanza que, para dejarme, os han de sobrar pretextos que exponer y razones con que escudaros.

—Así es la verdad, D.^a Inés, que no me habéis faltado en nada; y es cierto también

que me sobrán razones para apartarme de vos.

D.^a Inés parecía indignada de la fría seguridad con que el Rey iba asintiendo á su discurso.

—Sé, pues, que debo resignarme á vuestra injusticia—prosiguió con algún más calor que en los principios,—y que, en adelante, nada puedo esperar de vos para mí.

—¿Injusticia decís, D.^a Inés?—replicó ya D. Ramiro, sin más estar en su mano guardar reparo.—¡Injusticia! Si la hubo fué en tomaros por esposa; fué en unir mi suerte con la vuestra, en compartir con vos el regio tálamo.

—Soy noble, Rey D. Ramiro—repuso altivamente D.^a Inés, que con aquellas palabras de su esposo creyó afrentada su alcurnia;—soy noble, y los de mi casa no es esta la primera vez que se sientan en tronos. Y de todas suertes, mirad si os conviene, D. Ramiro, afrentar á la mujer que es todavía vuestra esposa, porque ya no la améis.

—No me habéis entendido, D.^a Inés—dijo el Rey,—y es que ignoráis todavía la causa de nuestra desdicha. Jamás ha habido mujer más digna que vos de ocupar un trono, ni más capaz de hacer feliz á un esposo que no

tuviese, cual yo tengo sobre mí, el anatema del cielo. El mal estuvo precisamente en que yo os amase tanto como os he amado; en que vos me correspondierais tan fielmente como me habéis correspondido; en que hayamos sido tan dichosos como hemos sido.

—Ahora sí que no os entiendo—exclamó D.^a Inés asombrada.

—Bien me entenderéis á poco más que diga. Yo era monje profeso, monje benito: no había poder en el mundo bastante á romper mis votos, y los he roto, sin embargo. Nuestro matrimonio es nulo, ya os lo indiqué; nulo ante Dios y los hombres. Ni penséis que de ahora sólo lo sepa, porque há ya mucho tiempo que lo sospechaba, sino que no quería decíroslo, por temor de que os aquejase el llanto. Ya, ya no puedo negároslo. ¿No habéis visto cuánto peligro ha corrido mi vida esta tarde? Pues ese fué aviso del cielo que manda que nos separemos: estamos en pecado, D.^a Inés, estamos en pecado, y no hay poder humano que sin él pueda reunirnos en este mundo.

D.^a Inés, que era crédula por demás, como todas las mujeres de su tiempo, y que había oído hablar continuamente en su infancia de

avisos del cielo, tuvo pronto por verdadero lo que su esposo decía: calló y lloró en silencio algunos instantes.

—¿Sabéis—exclamó luego—que se me ha quitado un gran peso del alma?

—¿Por qué, D.^a Inés?

—Porque ya sé que vos no me aborrecéis; ya sé que no soy indigna de vos; ya sé que ninguna otra mujer me ha usurpado vuestro corazón. Ahora, si el cielo os ha avisado de que no debéis hacer vida de esposo conmigo, separémonos y amémonos como hermanos.

—Sois una santa, D.^a Inés—dijo el Rey con dulzura.—A mí sí que, con oíros, se me ha quitado muy gran peso del alma. No hay más que separarnos ya en paz.

—Resignémonos con la voluntad de Dios.

—Resignémonos, D.^a Inés, que él es quien sabe encaminar todas las cosas; y así como nos juntó, nos separa ahora para probar nuestra fidelidad.

D. Ramiro no estaba ya desesperado, sino enternecido: D.^a Inés parecía más tranquila, pero, de sus ojos, corrían aún abundantes lágrimas.

—¿Sabéis qué pienso, D. Ramiro?—dijo al cabo de breves momentos D.^a Inés.—Eso

sólo me traía, y con la conversación se me iba olvidando. Venía á deciros que, ya que me dejarais á mí, cuidaseis al menos de nuestro hijo. ¿Qué hemos de hacer con él ahora? ¿Cuál de los dos habrá de guardarle y enseñarle el nombre del otro?

Aquellas palabras hirieron á D. Ramiro, como hiere los ojos la luz inesperada de un relámpago.

—Es verdad, D.^a Inés. ¿Y nuestro hijo? ¿Qué hemos de hacer con él?

—Sus abuelos y su padre fueron Reyes, y él no lo será.

—Triste suerte la suya, D.^a Inés.

—Acaso sea vuestra propia imagen, y sin embargo, reducido á la condición particular, mirárase menospreciado de los otros Reyes y tratado como igual por nuestros vasallos.

—Es verdad; ¡será menospreciado de los Reyes! ¡Será de otros Reyes vasallo!

—¿Y quién sabe si D. Alonso de Castilla ó D. García de Navarra, ó el mismo D. Pedro de Atares, ó cualquiera, en fin, á quien pongan ahora por Rey los aragoneses, se deshará de nuestro hijo por cualquier modo? Nuestro hijo les daría harta sombra en el

reino, y de esas cosas se ven, según dicen, muchas por el mundo.

—¡Oh! tenéis razón, D.^a Inés — prorrumpió el Rey;— parece duro que nosotros abandonemos y desheredemos á nuestro pobre hijo.

—Y ¿cómo no, si le declaráis mal nacido ó bastardo, declarando nulo nuestro matrimonio?...

—Es que no lo declararé tal; antes sostendré á la faz del mundo entero, que fué habido en legítimo consorcio, y que mi hijo debe llevar esta corona que á mí tanto me pesa.

—¿Y el mandato de Dios, D. Ramiro? Mas en verdad que el inocente infante no puede estar comprendido en su ira: si él no ha podido ofenderle, ¿cómo ha de llevar tan gran castigo? ¿Qué parte tiene él en las culpas de sus padres?

—No, no lo desheredaremos, D.^a Inés— repitió el Rey:—suceda lo que suceda, la corona de Aragón será con efecto para nuestro hijo.

—No diréis, pues, que es nulo nuestro matrimonio.

—No, no lo diré jamás.

—Pero si ahora dejáis el trono, ¿cómo he

de saber yo sola conservárselo? ¿Cómo podré resistir á los ricos-hombres y á los príncipes extranjeros? ¿Por ventura querrán ellos jurarle ó reconocerle por Rey?

—Es cierto: tengo que dejarle jurado y reconocido por Rey. Veo ya claramente que tampoco puedo ahora dejar el trono—respondió D. Ramiro suspirando.

—¿Conque es decir que seguiremos juntos hasta que nazca nuestro hijo; y aun uno ¡qué digo uno! dos años más, que es la edad que al menos necesita para ser coronado?

—¡Uno, dos años! Dios se apiade de mí, D.^a Inés. Es demasiado sacrificio.

—Pero vos lo haréis así, porque de no, todo lo demás sería inútil. ¿Lo haréis, lo haréis, no es verdad?

—¿Decís que dos años?

—Dos.

—Repito que Dios se apiade de mí.

—Él cuidará, sin duda, de vuestra alma.

—El caso es que cuide ahora de mi cuerpo. Porque si alguna calentura lo mata en estos dos años, ó más de dos años todavía, que he de llevar sobre él mi pecado, se irán juntos al otro mundo mi pecado y mi alma; y sin penitencia y sin absolución, no sé si

Dios querrá dejarme entrar al fin en la gloria.

—Dios favorece siempre á los buenos padres y á los que amparan á los inocentes, y vos seréis buen padre, y no puede darse en todo mayor inocencia que la de nuestro hijo.

—Cueste lo que cueste, estoy resuelto á aguardar los dos años, y ojalá que sea como vos decís, D.^a Inés; ojalá que Dios me deje vivir ese tiempo. Ojalá que no me mate sin penitencia.

—¡Oh! gracias, gracias, señor—exclamó D.^a Inés arrodillándose delante del Rey.—Mirad, no me atrevo ya á abrazaros, pero nunca me habéis parecido tan grande como ahora, nunca os he amado tanto como en este momento. Perezcamos nosotros, si es preciso; padezcamos tormentos eternos, pero salvemos á nuestro hijo de la afrenta y aun de la muerte que de otro modo le espera.

—Me hacéis temblar, D.^a Inés. ¿Preferiríais vos la condenación eterna, á privar del trono á nuestro hijo?

—Yo no sé lo que me digo, señor. Mas Dios que á vos os hizo padre, y á mí madre, perdonará este natural amor, y él nos dará tiempo de hacer penitencia por todo, después que hayamos logrado nuestro intento.

—Amén, D.^a Inés, amén. No habrá cilicio que yo no me imponga desde este momento, y el tiempo que medie desde ahora hasta el día en que veamos Rey á nuestro hijo lo pasaré orando por él y por nosotros la mayor parte.

—Yo os imitaré en la penitencia y oraciones.

—Pero ¿sabéis, D.^a Inés, que ya no debemos hablarnos juntos si no es en público? ¿Sabéis que en adelante no hemos de ser otra cosa que hermanos, como vos misma habéis dicho?

—¿Y qué importa, si lo principal está conseguido? ¿Veis estas lágrimas, D. Ramiro? Son de amor que os tengo, de amor que me abraza las entrañas y que acabará por quitarme la vida. Pero aún soy capaz de este sacrificio, y del otro no lo era; aún soy capaz de separarme de vos, y no lo era de abandonar á nuestro hijo.

—Y yo también, D.^a Inés, os amo con toda mi alma. Como que no he conocido otra mujer que vos, ni en otra he puesto jamás el pensamiento. Pero ¡ay! advertid que tales palabras no nos son ya lícitas; habladme no más que como á un hermano.

—Está bien, señor; no sé si podré acostumbrarme, mas yo he de ensayarme en ello.

—Id con Dios—dijo D. Ramiro tristemente.

D.^a Inés dió algunos pasos y volvió luego la cabeza; sus ojos eran un mar de llanto y los ojos de D. Ramiro denotaban el dolor más intenso.

—¿Conque me amáis?—dijo aquélla.

—¡Que si os amo!—respondió éste.—¿No os he dicho que con toda mi alma?

—Es que yo no me canso de oírlo, porque es ya mi único consuelo.

—No sé, sin embargo, si puedo repetirlo muchas veces sin pecado.

—¿Aun eso me negaríais?

—Aun eso creo yo que quiere Dios que os niegue.

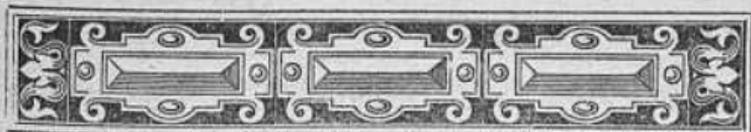
—Sois cruel. Mas no os quejaréis de mis importunaciones.

Dió otros pasos más, y, cerca ya de la puerta, volvió aún el rostro diciendo:

—¿Me negaréis el ósculo postrero?

—¡Ah!—exclamó D. Ramiro, y se cubrió el rostro con entrambas manos.

D.^a Inés no insistió entonces, y haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, salió de la estancia.



CAPÍTULO X

Que sirve para dar tiempo al tiempo y ocasión
á que vengan otros inauditos sucesos

Quien espera desespera.

(Dicho vulgar.)



ASARON seis meses tranquilamente,
ó al menos sin alteración alguna
en las cosas del reino.

El rumor de la renuncia del Rey,
que, como suele suceder en estas cosas, ha-
bía ya comenzado á correr entre la muche-
dumbre, fuese lentamente apagando.

Los ricos-hombres y prelados, alarmados
en los principios con los recelos de Lizana
y la revelación de Roldán, llegaron á creer
que no se realizaría ya ninguno de los inten-

tos del Rey, y que todo seguiría como hasta entonces. Daba mayor motivo á esta creencia el ver que D. Ramiro no replicaba á ninguna de sus pretensiones, antes bien dejaba en sus manos cuantos castillos y haciendas querían, y no disponía nada sin su consejo. Aun parecía que se afanase más que al principio por hacerse amar de ellos y tenerlos contentos y satisfechos.

Únicamente la Reina D.^a Inés, en soledad de continuo, y de continuo llorosa, era sabidora del secreto y vivía con zozobra; y sentía que el pesar se le aumentaba á medida que más cerca llegaban los sucesos.

La bella hija de los Condes de Poitiers había salvado los derechos de su hijo; pero no había sido sino á costa de los suyos propios.

En adelante sólo la ternura filial podía ocupar sus horas, porque de esposa, no esperaba más que el nombre, y, de Reina, sólo le quedaba escaso tiempo y azarosa vida.

Y en tanto pesar, la desventurada D.^a Inés no contaba siquiera con el consuelo de depositar sus confianzas en un pecho amigo. Porque ni á su esposo le veía sino en público, ni en su corte había otra persona que le inspi-

rasede cariño sino aquella Castana, su doncella, en la cual era mayor el buen deseo que no la cordura; de suerte que no parecía prudente poner en sus manos secreto de tanta monta.

Sin embargo, con esta Castana era sólo con quien hallaba algún alivio la Reina, recordando á su lado cosas pasadas, como las fiestas del día de su boda, y las aclamaciones con que fué recibida por la corte de Aragón al llegar á la frontera, y el llanto de sus padres, al dejar tal hija en tierra extraña. Hablaron también en diversas ocasiones del azar del día de la coronación, del peligro del Rey, de la destreza del almogábar; y, tan pequeño como debía ser á los ojos de una Reina cuanto se refiriese al hijo de las montañas, ello era que nunca dejaba de detener en él la plática, poniendo más de una vez colorada á Castana.

La sencillez de ésta en el responder, y el poco arte con que ocultaba sus sentimientos, hubieran hecho que adivinase la Reina antes de mucho, que ella adoraba en el almogábar. Pero con el diálogo que acertó á oír la noche infeliz del baile, no tenía ya que adivinarlo, sabiendo que no era otro que

éste el amante con quien la había sorprendido.

Pero imaginó que parte del cariño que Castana le profesaba sería debido al favor que había hecho al Rey; y amando más que nunca á Castana, y estimando tanto como ya estimaba al almogábar, propúsose hacerlos felices, siendo ella misma su protectora y madrina en el matrimonio.

Es ley de las almas generosas gozar con las ajenas venturas; y no ha de extrañarse por lo mismo que la poderosa Reina de Aragón olvidase por algunos instantes sus cuitas, pensando en que sería buena casada, y muy feliz con su marido la pobre Castana.

Con todo, no consentía su dignidad que se diese por entendida del todo; y aun llegó á fingirse á las veces más ignorante de la buena fortuna del almogábar que al amor de Castana viniese á cuento. El día que más explícitamente hablaron, no pasaron sus confianzas de las que denota el siguiente diálogo:

—¿No has vuelto á saber del almogábar?—
decía D.^a Inés.

—No, señora; no se ha vuelto á saber de él—respondió Castana, en lo cual claramente mentía.

—Habrá perecido en alguna de esas guerras que los de su gente mueven en la frontera.

Dijo esto la Reina para probar el amor de Castana.

—No lo permita Dios, señora—respondió ésta;—no creo yo que haya fenecido, porque no pienso que nadie sea capaz de matarle en lid, y en la montaña no se hallan traidores que fuera de ella maten al contrario.

—¿Sabes que quisiera volverle á ver para hacerle alguna merced?

—Y mucho que lo creo, señora mía, y no lo deseo yo menos que vos.

—¿Castana, estás prendada del almogábar?

—No, señora, no: esto que siento desde que le ví debe ser agradecimiento de mi lealtad por el servicio que prestó al Rey.

Sonreíase la Reina al escuchar tales palabras, que estaban tan de acuerdo con sus benévolas sospechas, y pasaba á otra cosa. Y en estos y en otros entretenimientos pasaron los días, hasta cumplir los seis meses que hemos señalado al comenzar este capítulo.

D. Ramiro, por su parte, invirtió este tiempo de un modo que á muchos pareció extraño, puesto que no llegaron á comprender,

hasta más tarde, su verdadero significado.

Ya hemos hablado de la predilección que suele demostrar el cronista muzárabe, de quien tomamos este relato, por cierta iglesia de San Pedro, donde él y sus padres y abuelos, desde el tiempo de los godos, asistían diariamente á los oficios divinos, sin empercerles que estuviera la ciudad en poder de los musulmanes.

Pues esta iglesia, á la cual llamaban ya en tiempo de la conquista, que es decir muy cerca de ochocientos años antes de ahora, San Pedro el Viejo, á causa de su antigüedad remota, comenzó de pronto á aumentar y engrandecer D. Ramiro.

Había en ella convento de benitos, los cuales hacían muy penitente vida, y oraban de continuo, ora al pie de aquellos altares levantados quizá de orden de los ministros cristianos de Constantino, ora junto á las cruces del estrecho cementerio, cuyas piedras, aquí y allí plantadas sobre las sepulturas, conservaban esculpidos todavía nombres romanos y godos.

Desde el día en que supo el Rey que era padre, comenzó á ordenar trazas y á acopiar materiales; y luego, de allí á poco, emprendió

dió la construcción de un claustro anejo á aquella antiquísima iglesia. Diariamente se le veía asistir á los trabajos y dirigirlos, y aun enmendar con sus propias manos los toscos dibujos de los escultores de la época, y ayudar con ellas á levantar las columnas y chapiteles que habían de cerrar el claustro.

Nunca obra más sombría reflejó quizás más sombríos pensamientos:

Nadie entrará, de seguro, en aquel claustro, intacto todavía, que no sienta en su corazón algo de pavor, de recogimiento ó de tristeza.

Aún pregonan aquellos muros, que son obra de un monje sin otros deseos que el silencio de la soledad y el reposo de la muerte; de un penitente que, puesto en Dios el espíritu, no quería dejar para los sentidos, ni luz, ni aire, ni agua, sino solamente tierra; de un hombre á quien la vida mortificaba, y á quien el pensamiento de morir se le aparecía con placer de continuo.

El claustro de San Pedro el Viejo es una tumba.

Allí fué donde, al cabo de los seis meses, recibió nuevas el Rey de que la Reina estaba de parto. Y por primera vez, desde el día de

la coronación, animóse su rostro un tanto, y una idea humana, terrenal, cruzó por su mente.

Poco después vinieron á decirle que la Reina había dado á luz una criatura. Alzó los ojos al cielo, murmuró algunos rezos y ordenó que se apresurasen los trabajos en el monasterio.

A la tarde de aquel día, cuando la luz faltaba ya completamente del claustro, y no era posible seguir en ellos, volvió, como de ordinario, al Alcázar y entró á ver á su esposa.

—Mirad, señor, á vuestra hija—le dijo doña Inés con ternura.

—Será hermosa como vos—respondió don Ramiro.

—¡Hermosa como yo!—Y la pobre mujer, no osando siquiera darle el nombre de esposo—gracias, señor—dijo;—gracias.

D. Ramiro se inclinó hacia la frente de la tierna Princesa, y puso en ella los labios.

Luego, recobrando al parecer su ordinaria frialdad, dijo:

—Aragón os saludará, desde este día feliz, por madre de su Reina.

—¡Día feliz!—repuso D.^a Inés.—Sin duda que lo es, señor: sin duda que debe serlo.

D. Ramiro comprendió que había cometido una indiscreción, pero no estaba para remediarla. Apesar de la frialdad que mostraba tener, lo cierto es que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. La naturaleza, siempre poderosa, vencía por algunos momentos la preocupación extraordinaria de su espíritu.

—Ponedla, D.^a Inés, vuestro nombre—dijo por fin con mal encubierta ternura.

Las mujeres saben apreciar muy exquisitamente todos los sentimientos tiernos, todas las ideas delicadas.

Y al oír aquellas palabras que la mostraban tan claramente el cariño de su esposo, no pudo la Reina resistir más y prorrumpió en copioso llanto.

—No, mi nombre no quiero que lo tenga: no quiero que sea, cual yo, de desdichada.

—Sosegaos, señora—dijo D. Ramiro.—Contad que esa agitación y sentimiento pueden seros funestos á vos y á vuestra hija.

Y como esto dijo, se salió de la estancia.

La Princesa fué bautizada con gran pompa al día siguiente, y con efecto no se la puso el nombre de D.^a Inés. San Pedro el Viejo era la tumba elegida por el Rey, y, en triste memoria de aquel lugar, la pusieron Petronila. En

cuanto á D. Ramiro, reservado como siempre en sus pensamientos, y, como siempre misterioso, continuó yendo todos los días á San Pedro el Viejo, para estar á la mira de las obras del claustro.

Sólo se notó que, desde el nacimiento de su hija, cada vez aceleraba más los trabajos, y se mostraba más deseoso de que se concluyesen cada día.

Todavía se ven en el claustro las parduzcas columnas, ora aisladas, ora agrupadas de dos en dos y de cuatro en cuatro, que hizo levantar en aquellos días D. Ramiro.

Todavía duran los chapiteles donde labraron á su vista, los mejores artífices de su tiempo, flores desconocidas y hojas de familia indescifrable; guerreros que parecen monjes y monjes que tienen trazas de soldados; Reyes, Obispos, escuderos, monaguillos en concursos y procesiones que, por tal ó cual atributo se conocen, no ciertamente por la expresión de los rostros, ó la propiedad de los vestidos.

Allí se ven aún brazos que parecen cuerpos, y cuerpos que parecen brazos; allí caras mayores que los cuerpos que las sustentan, ó cuerpos jigantes con rostros de niños.

¡Absurdos respetables! ¡Errores que el entendimiento saluda hasta con entusiasmo, porque en ellos se ve comenzar á vivir al arte cristiano!

¿Quién dirá hoy cuáles fueron las indicaciones, cuáles las mejoras que el monje Rey introdujo en aquellas obras? ¿Quién puede saber los nombres de los artífices que se emplearon, debajo de su dirección, en trazar aquellos cuerpos y flores, y en asentar aquellas tosquísimas columnas? Pequeños detalles, á los cuales daría valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años, cayeron, como tantos otros, de harta mayor importancia para los hombres, en la sima inmensa que siempre tiene abierta el olvido en la historia.

Dos muy cumplidos gastó D. Ramiro en la fábrica, y cuando la vió terminada, no pudo contener una exclamación de alegría.

—¡Ya nada me queda por hacer!—dijo.

Y de vuelta al Alcázar, saludó á su esposa más afectuosamente que solía, y besó con más amor que nunca la frente de la Infantita D.^a Petronila, que ya había aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se engañaba el buen Rey,

porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros; que de otra suerte, pronto habría de dar punto, por fuerza, la crónica curiosísima del muzárabe.





CAPÍTULO XI

Donde se ve que los ricos-hombres de aquella
edad no eran tan sufridos como otros que andan
ahora

Que no quieren tomar Rey
sino al que lo merecía.

(Romance viejo.)

Ye el frutu de sos amores
coidu recién casada,
retratu del que bien quier,
prenda d'una namorada.
Míralu tierra y sospira
porque el so penar la mata;

.....
¿Qué fará la probe Tuxa
cuando el so ñeñin s'abresa,
y ye perdido el so lloru
y á mexoralu non basta?

(Poesía asturiana.)



EN un gran salón del Alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera, mirábanse reunidos cierto día como hasta quince ricos-hombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el Arzobispo, era uno, y otro aquel Roldán tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Férriz de Lizana, y un cierto García de Peña, y otro nombrado Ramón de Foces, y otro aún, á quien apellidaban Pedro Coruel, y García de Vidaura, y Pedro de Vergues, y cinco más cuyos nombres calla la crónica.

Caballeros todos ellos, no hay que decirlo; valerosos en armas, ricos en hacienda, osados y ambiciosos á porfía, basta saber lo que eran para que se suponga.

Largo rato pasaron en sabroso entretenimiento, ora repartidos en grupos, ora en general conversación: al cabo se abrió la puerta principal del salón, y dos heraldos anunciaron en alta voz al Rey.

Los ricos-hombres nombrados dejaron entonces su plática, y se adelantaron á recibirle.

D. Ramiro parecía más contento que de ordinario, y saludó más afectuosamente que nunca á los magnates del reino.

Sentóse luego en la silla que le estaba preparada, y habló de esta manera:

—Bien sabéis, mis buenos caballeros y ricos-hombres, cuán á disgusto mío fué el

salir del convento y tomar mujer y entender en el gobierno del reino. La salud del Estado fué lo único que pudo moverme á dejar la vida tranquila que traía, y faltar á los votos de monje que tenía hechos. Pues mientras ha sido necesaria mi persona, he atendido á gobernaros como mejor he sabido, si no siempre con acierto, con buena voluntad en todas ocasiones. Mas ahora siento que ya no hago falta por acá, y es hora de que vuelva á la vida penitente, para la cual me juzgo harto más á propósito que para esta que traigo hace tres años. Déjoos una hija que debe sucederme en el trono, según es razón, y con ella, los años adelante seréis más felices que lo habéis sido conmigo. Sólo falta que vosotros la juréis como leales, reconociéndola por legítima señora del reino. Así os lo premie Dios, amén.

Calló el Rey, y los ricos-hombres se miraron unos á otros, sin poder ocultar la sorpresa que este singular discurso les causaba, y comenzaron á hablar entre sí, con poco respeto.

—¿No os decía yo que no os fiárais de su aparente calma?—dijo Lizana el primero.

—¡Ah! Mal abad de Mont-Aragón—aña-

dió Roldán,—tú tienes la culpa de todo esto.

—Sosegaos, Roldán—repuso García de Vidaura.—¿No oísteis decir que del dicho al hecho há gran trecho? Todavía ha de verse esto muy despacio.

—Lo que yo pienso es—dijo el Arzobispo, menos impetuoso que sus compañeros,—que, lejos de ofendernos con eso, nos hace un bien muy grande. ¿Qué más podemos desear sino tener por Reina á una niña de dos años? Así haremos mejor lo que convenga.

—Verdad es, padre—dijo Atrosillo;—por cogulla que sea éste, no deja de mostrar sus rarezas, y más indigno es de nosotros tener por Monarca á un monje, que tener á una niña de pecho.

—Lo del monje no le estorba—repuso acaloradamente el Arzobispo.—Monjes hay...

Pero sin darle tiempo para continuar, dijo gravemente Lizana:

—¿Así os ocupáis en miserables propósitos y disputas cuando tenéis el ciervo á tiro de jabalina? Por San Jorge y Santiago, patronos de los caballeros, que no he visto mayor desatinar en mis días. Primero que nuestro interés propio, primero que nuestro gusto están la conservación y defensa de los fueros y le-

yes que nos legaron nuestros padres. Aunque supiese que el moro había de quemar todos mis castillos, y llevarse prisioneros á todos mis vasallos, no dejaría de oponerme á un contrafuero; y primero consentiría en que me cortasen el puño derecho, con que suelo esgrimir la espada, que no en ceder un ápice de nuestros privilegios y leyes y derechos.

—Bien dice—exclamaron á un tiempo cuatro ó seis de los concurrentes.

El Arzobispo se encogió de hombros, pero calló; y algunos caballeros, ó más dóciles ó más rudos que los primeros, se contentaron con herir el suelo con las puntas de los aceros envainados, como en señal de asentimiento.

El Rey, con quien tan poca cuenta tenían los preopinantes, no oyó unas cosas, de otras no entendió lo que querían decir, y, advirtiendo sólo que nadie le respondía, dijo después de algunos minutos de silencio:

—¿Nada se os ocurre, los buenos caballeros? ¿No es verdad que os causa contento mi resolución? Yo no sirvo para gobernaros.

Férriz de Lizana, como más autorizado que los otros por sus canas y largos servicios y

conocimiento de Reyes, tomó al fin la palabra y habló de esta manera:

—Grande espanto es, señor, lo que nos causa vuestra resolución, no sólo porque en sí ha de ser dañosa para el Estado, sino más todavía porque tal hayáis determinado sin contar con nuestro consejo. Los Reyes en Aragón no tienen, señor, autoridad para tanto: que, así como así, no tienen más sino aquella que nuestros antepasados delegaron en ellos en el monte Pano: y vos mismo la debéis á nuestra elección, que no á otra cosa. Dejar vos el trono, será gran daño para Aragón en las presentes circunstancias; pero ¿cuánto más no ha de serlo que lo dejéis sin el arrimo y defensa de aquellas leyes que tan glorioso le hicieron ya por el mundo? De mí sé decir que no he de consentirlo.

—¡Ni yo! ¡Ni yo!—gritaron todos al propio tiempo.

D. Ramiro se estremeció al oír aquella reprobación unánime y no esperada.

—Nobles caballeros—dijo con voz menos firme que la majestad pedía en tal ocasión:—¿Queréis obligarme á llevar la corona en la cabeza contra mi voluntad? ¿Queréis forzarme á que me falte á mí propio y falte

á lo que debo á Dios y á mis votos? ¿No os basta con haberme privado por tanto tiempo de la paz de mi monasterio? ¿No os dejo ya lo que necesitabais, que era sucesión á la Corona?

—¡Pobre monje! No le afijáis—dijo uno de los caballeros á los que más cerca tenía.

—¡Triste Cogullal—exclamaron otros.

Férriz de Lizana volvió á tomar la palabra.

—Nosotros — dijo — no queremos forzaros á vivir en el mundo, dado que tanto os molesta; lo que deseamos es que no se deroguen las costumbres antiguas del reino, y que las Cortes aragonesas sean llamadas á juzgar en los casos graves, conforme al fuero. Y en verdad os digo, señor, que tengo por la cosa más grave y nueva y desaforada, el que mujer suceda en estos reinos. Las Cortes son, señor, y no vos, las llamadas á decidir si hemos de jurar ó no á D.^a Petronila, que no será nunca por mi voto.

—Ni por el mío, ni por el mío—dijeron los más jóvenes de la concurrencia, para los cuales era voz de oráculo la del viejo Lizana.

Los demás, subyugados también por la autoridad que daban sus experiencias y ser-

vicios á Lizana, ora opinasen como él, ora de otro modo, el hecho es que apoyaron con su silencio la negativa propuesta.

—Pero ¿quién, si no es mi hija, ha de gobernaros, cuando yo me entre en mi monasterio?—preguntó cándidamente el Rey.

—Eso es cabalmente lo que ha de decidir el reino junto en Cortes—dijo Lizana,—y Reyes no faltarán, señor; que los que ya hallaron uno en un claustro, traza se darán para hallar otro en cualquiera parte. Si es que no mudáis de resolución, que sí pienso que mudaréis, y aun tengo para mí que el cielo ha de recompensar vuestro sacrificio dándoos un varón, á quien legítimamente podamos admitir por Rey.

—¡Un varón! ¡otro hijo!—exclamó horrorizado D. Ramiro.—Te perdono, Lizana, porque tú ignoras lo que á mí me pasa, porque no comprendes mis votos; mis culpas... Dios haya piedad de ti, Lizana, que debes de ser gran pecador, cuando tan poca cuenta tienes con que yo lo sea.

—Dígoos que no aflijáis al pobre Cogulla, que hartó trabajo tiene con ser quien es—repitió uno de los caballeros, más compasivo que los demás, á media voz.

Lizana le hizo con un imperioso gesto que callara, y dirigiéndose al Rey con afectado respeto, le dijo:

— Señor: ni á vos ni al reino conviene que os retiréis de nuevo al claustro. Tal vez sugerencias de malvados os hayan traído á este punto: volved en vos, y pensad en los males que va á ocasionar vuestra conducta, que, con eso, comprenderéis, cuánto más ajustado sea á la doctrina de Cristo el quedaros que no el iros, y el gobernar en paz y justicia estos reinos, que no el orar al pie de los altares; pues hombres para orar hay muchos, y para ser Reyes, y Reyes buenos, siempre son pocos en el mundo. Vuestra hija será Reina casándose con uno de los poderosos Reyes vecinos; y para Aragón os dará Dios luego un varón como conviene.

Todos los circunstantes aprobaron con señas ó sonrisas el discurso del artificioso viejo. Mas el Rey frunció el ceño y gritó desesperado:

— ¡Un hijo! ¡Un hijo! Jamás. No eres tú quien hablas, Lizana: es el demonio mismo, el demonio que ve que se le escapa ya mi alma... *Vade retro*, espíritu de las tinieblas: *vade retro*, que ya te conozo y no te aprove-

charán tus artificios: así, ni más ni menos, me decías hace tres años, los tres años ¡ay! de continuo suplicio en que me has tenido sujeto al trono.

Los caballeros opinaron unánimemente que el Rey estaba loco. La contradicción le encendía el alma, dándole una expresión mucho más exaltada y extraña que cuando comunicó su resolución á D.^a Inés; y ésta tenía para él harto más benevolencia que los ricos-hombres presentes. Y, sin embargo, D.^a Inés le juzgó ya por loco; ¿qué tenía, pues, de particular que por tal le tuviesen los ricos-hombres?

—Pero, señor—fué á replicar Lizana.

—No, no escucho nada: jurad por Reina á mi hija, juradla al momento—dijo el Rey brotando llamas por los ojos.

—Démosle gusto, Lizana—dijo tímidamente el Arzobispo como temeroso de nueva repulsa:—su hija de dos años será un Rey á pedir de boca, y, poco importan las costumbres del reino, si con tan general provecho las alteramos.

—Habláis, reverendo Arzobispo—dijo Lizana,—como quien no tiene hijos que hereden su grandeza y sus derechos. Para vos todo

está encerrado en vuestra persona; mas nosotros tenemos que mirar por nuestros descendientes. Y si hoy, porque nos aprovecha, alteramos el derecho de suceder, que sabiamente adoptaron nuestros padres, para estorbar que por manera de rebaño fuésemos dados en dote de una Princesa heredera, á cualquier Rey extranjero, perdiendo patria, poder y gloria en un punto, ¿cómo podremos restablecerlo en lo sucesivo? ¿Ni cómo habremos de exigir que se guarden los fueros del reino en otras cosas, si en ésta conspiramos á que se quebranten?

Dijo esto último Lizana en voz alta de modo que bien lo oyera el Rey.

—¿Conque es decir—dijo éste,—que desobedeceréis claramente mis mandatos?

—Es decir—contestó Lizana,—que en obediencia de los fueros y costumbres antiguas, no podemos admitir como Reina á doña Petronila; y que haréis muy bien en conformaros con permanecer en el trono hasta que Dios os conceda un hijo.

La sangre de su abuelo Ramiro I, el que libró á su madrastra de la hoguera, y murió como tan bueno en Graus; la de su padre Sancho Ramírez, que pereció también atrave-

sado por saeta mora; la de su hermano don Pedro, que conquistó á Huesca, y la de aquel otro valentísimo hermano que acababa de morir en Fraga, bullía al cabo en sus venas. Y poderosamente excitado por sus ideas religiosas que los ricos-hombres contrariaban, y por el cariño de padre que desconocían, la cólera y el esfuerzo que habían dormido en él por tanto tiempo, se despertaron en un punto.

—Necios sois y traidores—les dijo,—que no prudentes y caballeros. Me habéis traído á la perdición, ¿y ahora os burláis de mis penas? No será por mucho tiempo: idos, que voy á disponer las cosas de modo, que os arrepintáis de vuestra insolencia. No, no tendréis en mí, en adelante, al príncipe complaciente que habéis tenido hasta ahora: lobo hambriento he de ser para vosotros, supuesto que queréis que lo sea. Idos al punto de mi presencia.

Al decir estas palabras, sus ojos, por lo común apagados, brotaban fuego; su fisonomía decaída, cobró una expresión y una fuerza espantables.

Los grandes, más bien maravillados que no acobardados por aquel arranque de ira,

se dirigieron hacia la puerta sin responder palabra.

Dos hombres de armas la guardaban.

—Oíd los de la mesnada—dijo Ferriz de Lizana;—¿de qué casa es vuestro pendón?

—Somos, señor—respondieron los hombres de armas—de la casa de Azlor.

—Ea, pues, Miguel de Azlor—repuso Lizana dirigiéndose al rico-hombre de tal apellido, que venía detrás de todos,—mandad á los vuestros que no dejen entrar ni salir á nadie por esta puerta sin nueva orden. A nadie, ¿entendéis? No haya excepción en ello. Y vosotros, Roldán, Gil de Atrosillo, Vidaura, corred á vuestras mesnadas, aquí y allá puestas de guardia en el Alcázar, y que no dejen salir ni entrar á nadie tampoco, so pena de la vida.

—Vasallos, ¿os atreveréis á prender á vuestro Rey?—gritó D. Ramiro al oír aquellos extraños mandatos.

—No nos atrevemos—replicó Lizana—sino á defender nuestros fueros.

—Temed, caballeros malos, mi cólera cuando logre desasirme de vuestros lazos.

—Es que acaso no lo logréis—respondió bruscamente Roldán.

Y volviendo las espaldas, se alejaron los ricos-hombres hablando ó riendo siniestramente sin curarse de sus gritos y amenazas.

Oyóse, aunque á distancia, claramente la voz de Lizana, que decía:

—No os burléis de sus amenazas, que ya las cumplirá él si le dejamos cumplirlas. A fe que consejo no le falta, pues ya sabéis el que le dió el mal abad de Tomeras; y bien pudiera juntar éste con el que le ha dado el de Mont-Aragón de dejar el trono. Y que dejara el trono, pase; pero dejarnos á nosotros sin cabezas, eso no, pues la mía al menos se halla muy á gusto sobre mis hombros.

Una carcajada general de los ricos-hombres respondió á estas palabras.

El Rey quiso salir detrás de ellos, pero por más que hizo no pudo ya; los hombres de armas, caladas las viseras y bien empuñadas las partesanas, le cerraron el paso como si no le conociesen.

D. Ramiro se desesperó y con razón que le sobraba.

No contar con esta resistencia de los ricos-hombres había sido imprevisión notable; mas el monje no lo atribuyó á eso, sino más bien á enemistad del cielo, que quería quitarle los

medios de hacer penitencia y de morir en gracia.

Su cerebro, enflaquecido con la continua meditación religiosa, y lleno de preocupaciones y de misteriosas historias, parecía no conllevar ya el menor peso que echase sobre él la mala fortuna.

Dos ó tres veces rogó á sus guardias que enviasen por el abad de Mont-Aragón, á fin de que al punto le absolviese, aunque hubiera de dejar abandonada la empresa de coronar á su hija; pero los fieles soldados no hicieron caso de sus ruegos.

Su imaginación comenzó entonces á representarle como posible que los ricos-hombres quisieran asesinarle; y, antes que no la muerte, espantábale el perder la vida sin haber hecho penitencia. Y al propio tiempo el gran impulso de ira que excitaron en él las palabras descomedidas de los grandes, se iba convirtiendo en abatimiento: la reacción fué horrible.

Así pasó el resto del día, encerrado y preso en su propio Alcázar el Rey de Aragón, y en el entretanto todo Huesca era rumor, todo armas, todo aprestos de guerra.

De una parte, los ricos-hombres atendían á

llevar adelante sus empeños; y, aunque vacilando aún sobre lo que les conviniese hacer, disponfábase ya para resistir á los amigos del Rey, si los tenía, y á los Reyes extranjeros que por piedad ó por ambición pudieran tomar parte en la contienda.

De otra, el pueblo, á quien rápidamente habían llegado, como suele acontecer, las nuevas del suceso, y no poco alteradas como siempre, más asombrado que resuelto, vagaba por acá y por allá llenando en copiosa muchedumbre calles y plazas; pero sin expresar ningún sentimiento de aprobación ni de cólera.

Y los servidores de la casa del Rey, amedrentados, huían ó se escondían, que suele ser costumbre de tales gentes en ocasiones como ella.

En tanto la Reina D.^a Inés, harto acostumbrada ya á no ver á su esposo, ignoró por muchas horas lo que ocurría.

Hallábase asomada en un ajimez del Alcázar, desde donde miraba correr las aguas de la Isuela, formando cien revueltas por entre los sotos frondosos de sus orillas.

Allí procuraba divertir sus ojos con las hermosas vistas que se descubrían; mas, ¿cómo

apartar de su mente tan negros pensamientos como la acosaban?

A su lado estaba Castana, con la tierna Princesa en los brazos. De cuando en cuando volvía el rostro la madre y aplicaba sus labios con indecible deleite en el rostro de la hija; y aun á veces la bañaba en llanto, que luego cuidadosamente secaba con una finísima *fazolella* ó pañuelo de aquellos que, ya por entonces, venían de Flandes.

Sonaron dos golpes ligeros á la puerta de la estancia y Castana fué á abrirla, llevando en brazos á la Princesa.

Nunca lo hubiera hecho, porque en el propio tiempo que abría, saltaron sobre ella dos guerreros, y arrancándole el uno á la Princesa de los brazos, se la dió al otro, diciendo:

—Ponedla en seguro.—Y éste desapareció como un relámpago.

Castana prorrumpió en un grito lastimero y cayó contra el muro desvanecida.

D.^a Inés volvió el rostro al oír aquel grito. Mirar y ver que no estaba allí su hija, fué obra de un instante, y dirigiéndose á aquel de los guerreros que había permanecido en la estancia, le asió del brazo con fuerza y le dijo con voz temblorosa:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Quién sois? ¿Dónde va mi hija?

El guerrero se alzó la visera y la Reina reconoció en él á Roldán.

—¿A dónde se han llevado á mi hija, Roldán? ¿Esto os ha mandado el Rey?

—Confiad, señora, en quien la tiene en sus manos—respondió el caballero.

—No, no confío en nadie. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija?—exclamó la Reina.

Y seguida de Castana, que había ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causara aquel acontecimiento inesperado, se precipitó por la puerta, sin saber á dónde iba.

—¡Pobre mujer!—dijo para sí Roldán, que aunque ambicioso y fiero, no carecía de la sensibilidad caballeresca de su tiempo.—Ya se lo decía yo á Lizana; pero él discurre á fuer de prudente. ¿Cómo hemos de dejar escapar tan importante presa y rehenes? Acaso la prisión del Rey no sería nada sin ésta. Tristes tiempos y ocasiones vamos alcanzando; no puede uno siquiera ser galante con las mujeres, que es lo primero que le enseñaron sus padres.

En estos pensamientos embebecido, se alejó por opuesto camino del que había traído la Reina.



CAPÍTULO XII

De cómo Aznar Garcés era hombre que solía
hallar todas las puertas abiertas

¡Ay, Dios, qué buen caballero
el maestro de Calatrava!

(Romance de viejo.)



LA Reina y Castana recorrieron
diversas salas y aposentos, ba-
jaron y subieron escaleras, cru-
zaron anchos corredores, sin sen-
tir otro ruido que el que producían sus pi-
sadas.

—¡Mi hija, mi hija!—gritaba la Reina de
vez en cuando, pero en vano.

Y el caso era que no sabía si por manda-
do de su esposo se la habían quitado ó no:
si estaba ó no segura su vida misma.

Al cabo de mucho andar y revolver llegaron á una puerta donde se hallaban de guardadores dos hombres de armas. La Reina, sin verlos siquiera, se lanzó á la puerta; pero los hombres de armas cruzaron delante de ella los hierros de sus partesanas, y la impidieron que entrase.

—¿Qué hacéis?—dijo D.^a Inés,—¿sabéis que os oponéis al paso de la Reina?

Los hombres de armas no respondieron, y tranquilamente se apoyaron sobre sus partesanas, como antes estaban.

D.^a Inés comprendió que aquello podía muy bien tener relación con el rapto de su hija.

—¿Sois vosotros—tornó á decirles,—los que guardáis á la Princesa? Dejadme que entre y la dé siquiera un beso: mirad, guerreros, que soy su madre.

No respondieron ellos tampoco; pero en aquel momento salió como de lo interior de la sala, un hondo gemido.

D.^a Inés se estremeció: la voz era muy conocida de ella, y penetró en sus entrañas.

—¿Quién está ahí?—exclamó llena de horror.

Otro gemido más doloroso que el anterior volvió á escucharse.

D.^a Inés, sin más poderse contener, se arrojó á la puerta; mas los soldados volvieron á cruzar las armas, y uno de los hierros hirió levemente su mano derecha.

Al ver correr la sangre de su señora, Castana se abrazó con ella, gritando:

—Estáis herida, señora, herida. ¡Favor, favor, que han herido á la Reina!

Oyéronse entonces unos pasos un tanto presurosos en lo interior de la estancia, y uno de los hombres de armas dijo al otro:

—Oye, Corberán: paréceme que nuestro prisionero se levanta y que viene hacia acá: bueno será que entres adentro, mientras yo guardo la puerta.

Y en esto, las sombras de la noche habían inundado completamente el espacio; los aposentos del Alcázar se miraban todos en la mayor oscuridad; no se oían por ninguna parte escuderos ni servidumbre; las únicas personas que ocupaban el lugar de la escena eran aquel hombre de armas que había quedado plantado en mitad de la puerta, inmóvil y silencioso, y á poco trecho dos mujeres llorosas y aterrorizadas, que eran la Reina D.^a Inés y Castana.

Una sola antorcha sujeta á una escarpia del muro alumbraba el sitio.

De pronto se reflejó en el suelo una figura negra y corpulenta, que venía de la parte de las sombras, y al revolver un ángulo del corredor acababa de ser descubierta por la luz de la antorcha.

D.^a Inés no pudo reprimir un ¡ay! de espanto; Castana, por el contrario, lanzó un grito de alegría.

—¿No ves, Castana? ¿No tiembles?—dijo la Reina.

—Lejos de temblar, señora mía, no quepo en mí de gozo; es el almogábar, aquel almogábar que salvó la vida á mi señor el Rey el día de las fiestas.

—¿De veras?—exclamó llena de júbilo la Reina.—¡Oh! Pues que corra al punto, porque dentro de ese aposento he oído gemir á mi esposo; era él, era él, y Dios sabe si lo habrán muerto los asesinos que me han robado á mi hija.

—Confiad, señora, en su valor, que él es capaz, según yo creo, de acabar solo con todos los asesinos del mundo.

A la sazón, el almogábar caminaba por el corredor adelante, como hombre que bien

conocía los pasos y que solía transitar por allí. Pero como se encontraban casi en la oscuridad, no le era dado distinguir las dos mujeres al que venía, bien que á él clarísimamente le distinguieran ellas.

Castana se le acercó silenciosamente, y tocándole en el brazo con dulzura, le dijo:

—Aznar, Aznar, ¿quieres servir de nuevo al Rey en cosa en que acaso le vaya la vida?

—¿Quién eres?—respondió el almogábar.
—¿Eres, por ventura, alguna dama encantada, de esas que dicen que suelen habitar en estos palacios y castillos? ¿De qué Rey me hablas? Si fuera del de Aragón, mi señor, no tienes más que disponer de toda mi sangre en su servicio; mas si es de algún Rey moro, de aquellos que levantaron este Alcázar, no digas más, que soy cristiano, aunque pecador, y mis abuelos fueron godos por todos cuatro costados, y, antes que no á servir, aprendí á matar Reyes de esa laya. Y aun si quieres que te desencante y está en poder humano, yo lo haré de muy buena voluntad, que, puesto que seas mora, todavía ha de valerte la dulzura de tu voz y la hermosura que en ti estoy ya imaginando.

—Menos imaginaciones, seor almogábar, y vamos á las obras. Yo no soy mora, ni estoy encantada, ni soy otra cosa que la honrada Castana, doncella de la Reina doña Inés, á quien sirvo, la cual está aquí á nuestro lado, toda llorosa, porque, en aquel aposento frontero, ha oído gemir muy tristemente á su esposo el Rey D. Ramiro, y recela que le haya acontecido alguna desdicha.

—¿Conque eres tú, Castana? ¿Tú á quien vengo buscando?—replicó el almogábar.— ¡Pecador de mí que no te haya conocido! Y es que tu voz está alterada: ¿será posible que le haya acontecido al Rey alguna desdicha? ¿Quién osará ofenderle que no muera al punto á mis manos?

—Sálvate, almogábar, sálvate—dijo entonces la Reina D.^a Inés, señalándole la puerta.

—Ten, ten—repuso Castana.—Hay dos hombres de armas en el aposento: cuenta con que te negarán la entrada.

—¿Qué es negar?—repuso con terrible acento el almogábar y echó mano á sus dardos.

Lo distante del lugar donde esta conversación pasaba, y la casi oscuridad del corredor, impidieron que el atalaya se apercibiese

al pronto de cuántas eran las personas que hablaban; que puesto que divisase al lejos los bultos, creyó por algún tiempo que eran los que hacian las mujeres que había despedido, sin reparar en la figura del almogábar. Las últimas palabras dichas por éste con fuerte acento, le dieron á conocer que había allí un hombre; y á tiempo que Aznar Garcés, pues tal era, como sabemos, el nombre entero del almogábar, ponía mano á sus dardos, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién va?

—Un escudero del Rey—respondió Aznar, —que os manda que dejéis libre esa entrada para él y estas damas que con él vienen.

—Pues volveos por otro camino, escudero—repuso el otro,—que no hay por aquí paso esta noche.

—Sí lo habrá—dijo Aznar,—aunque haya de servir de escalón tu maldito cuerpo.—Y asestando contra él uno de sus dardos, le partió el corazón, de suerte, que no acertó á dar un gemido.

—¡Que no le matel!—exclamó la Reina.

—Rogad á Dios por su alma—respondió Aznar. Y apartando el cadáver de la puerta, sin otra ceremonia que un puntapié, entró

adelante, seguido á alguna distancia por la Reina y Castana.

Halláronse primero con una antesala estrecha, y de allí pasaron á un aposento vacío, en el fondo del cual se descubría una puerta, por cuyas rendijas salían los reflejos de una luz opaca y casi perdida en aquel espacio tan ancho.

Al llegar como á la mitad de este aposento, la puerta se abrió, y apareció ante ellos el otro hombre de armas, que sin duda volvía á reunirse con su compañero, el que quedó de atalaya. Y no hay más sino que lo logró, aunque no como él imaginaba. Porque á éste ni aun le dejó preguntar quién va el almogábar, sino que desnudando la corta y ancha espada que llevaba al cinto, se fué para él, gritándole al propio tiempo con salvaje alarido:

—¡Vas á morir!

Sorprendido el contrario, apenas tuvo tiempo bastante para esperarle con la partesana.

Aznar, de un solo golpe cortó el robusto mango de roble de aquel arma, y echó á tierra la cuchilla. Dando en seguida un salto y otro alarido horrible, le asió con la siniestra mano por el cuello, y con la diestra le

sepultó en el pecho la hoja de su espada.

Aquel hombre de armas cayó, como el otro, sin darle tiempo la muerte para que articulase una queja.

Al sentirse el ruido de la caída apareció al dintel de la puerta el Rey D. Ramiro, trayendo en la mano una pequeña lámpara, de donde salía la escasa luz que, desde antes, se percibía.

No bien apareció, D.^a Inés se adelantó precipitadamente á encontrarle, y el almogábar, envainando la espada, se paró ante él con respetuosa postura.

—¿Erais vos, D. Ramiro?—dijo la Reina.

—¿Erais vos, D.^a Inés?—dijo el Rey.

—¿No os han hecho nada, esposo mío?—añadió aquélla.

—Nada, sino es tenerme preso—contestó éste.—¿Paréceos poco para vasallos? Mas ¿por qué gritabais hace poco? No sé cómo habéis podido llegar hasta aquí.

—¿Cómo?—exclamó Castana.—¿No veis quien viene con la Reina? Es Aznar, Aznar, aquel valiente almogábar que os salvó en otro tiempo la vida; él ha derribado á sus pies cuantos estorbaban el paso; no le hay más valiente en el mundo.

—¿Has muerto tú solo á los dos guardas de esta puerta?—dijo el Rey, reparando entonces en los dos cadáveres sangrientos tendidos á no muy larga distancia en el suelo.

—Perdonad, señor—contestó Aznar,—perdonadme, que en Dios y en mi ánima creí servirlos con ello.

—Al contrario, Aznar amigo; ¡cómo podré pagarte lo que te debo! ¡Te has perdido por hacerme favor! Las puertas están tomadas, te cogerán aquí dentro y te matarán.

—Ya abrí yo, señor, entrada, apesar de los mesnaderos, que Dios confunda. Venid conmigo, si queréis, al postigo que da á la puerta *Desircata*, y le hallaréis de par en par, porque los dos hombres de armas que lo guardaban cayeron muertos como éstos.

—¿También, Aznar?

—También, señor; quisieron vedarme la entrada y...—Paróse aquí un tanto confuso el almogábar, apesar de su impavidez natural.

—¿Podremos huir por allí?—continuó el Rey sin reparar en ello.

—Sí podréis—respondió Castana al punto, —que yendo con Aznar no ha de aconteceros desdicha alguna.

—Podréislo bien, según pienso—dijo Aznar modestamente.

—Apresurémonos, pues—repuso el Rey.

—Tened, señor—dijo Aznar.—Será bueno que os arméis; yo le quitaré el casco, y cota, y espada, á este malsín que es muerto, y servirán para vos, si bien os place.

—¡Armas!—exclamó el Rey.—¿Hallaremos, por ventura, quien nos cierre el paso?

—¡Quién sabe!—respondió el almogábar meneando la cabeza.

—¡Oh! pues entonces no os expongáis—dijo D.^a Inés.—Quedaos aquí; ¿qué mal han de haceros vuestros vasallos?

—No se prende á un Rey por lealtad ni por cortesía, D.^a Inés: dígoos que no sé la suerte que podrían depararme. ¿Y aún creéis que esto vaya encaminado contra mí sólo? ¿No adivináis que la causa de mi prisión es el que quieren esos ricos-hombres arrebatarse el trono á nuestra hija?

—¡Ay de mí!—prorrumpió entonces doña Inés dejando correr un mar de llanto.—Yo inquieta, temerosa, horrorizada, por no daros mayor pena, os he estado ocultando lo que pasa. ¡Me han quitado á nuestra hija! ¡Me la han robado! ¡La he buscado por todo el Al-

cázar y no he podido dar con ella! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Dónde la habrán llevado? ¿Qué es lo que van á hacer con mi hija?

—¡Eso me ocultabais, D.^a Inés!—dijo don Ramiro al punto.—¿Y cómo dejasteis que os la arrancaran de los brazos?

—¡Ah! de la propia suerte, señor, que vos dejasteis que os prendiesen—dijo D.^a Inés sollozando.

El Rey notó que el rubor le quemaba las mejillas, y volvió á sentir en sus venas la excitación poderosa de dignidad y de ira que tanto maravilló á los ricos-hombres, en la mañana de aquel propio día.

—Está bien, D.^a Inés—respondió.—Yo vengaré la afrenta mía, y á la par rescataré á nuestra hija. Por su vida no temáis, que har-to les importa á los grandes conservarla en rehenes. Quedaos en este Alcázar hasta que yo venga, que á vos tampoco han de faltaros en cosa alguna: antes les convendrá que mostréis conformidad con vuestra suerte. Aznar, trae acá esas armas.

El almogábar le ayudó á que se las vistiese, no sin gran dificultad, porque al Rey, á pesar de su buen ánimo, éranle harto molestos aquellos desusados atavíos.

No bien le vió armado, dijo el almogábar, si con gran respeto, no con menor firmeza:

—¿Vamos, señor?

—Vamos—respondió el Rey.—D.^a Inés, ¿no daréis á vuestro caballero alguna presea ó divisa? Voy á hacer mis primeras y últimas armas: favorecedme con la protección de vuestro nombre.

D.^a Inés no respondió por de pronto. Mas arrancando de su cintura una cinta blanca muy ancha y bordada de oro, la ató en el brazo de su esposo, diciéndole al propio tiempo:

—Ahí van mi color y mi mote, D. Ramiro.

El Rey miró las letras, primorosamente bordadas en la cinta, y leyó de esta suerte:
Sin esperanza.

—¿No la tenéis de ver más á nuestra hija?

—Cruel sois, señor—repuso la Reina, y se cubrió el rostro con las manos.

D. Ramiro la saludó tiernamente, y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta corta conversación, el almogábar había dado señaladas muestras de impaciencia; y al verla terminada, echó á andar de prisa como para estimular el paso del Rey.

Castana, que había recogido la lámpara de manos de D. Ramiro, fué á alumbrarles algún trecho, hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol, que bajaba á uno de los patios del Alcázar.

Al despedirse allí, se inclinó Castana al oído del almogábar, y le dijo:

—Si no llevas divisa ni mote, contigo sí que va mi esperanza, Aznar: cuida, que mucho conffo en ella: cuida que no me la pierdas, y que te vea yo volver sano y salvo. Pero no vuelvas por Dios á querer desencantar ninguna mora, aunque por ahí vuelvas á encontrarte otra noche en un pasadizo casi á oscuras.

El almogábar fijó en ella los ojos con harta mayor dulzura que solía. Y notando el subido color con que la vergüenza bañaba sus mejillas, y la apasionada expresión de queja y cariño de sus ojos, le contestó:

—Yo cuidaré de tu esperanza, muchacha; que puesto que hasta ahora no haya estimado la vida en valor de un ardite, al verte á ti interesada por ella, se me antoja que es cosa de algún precio.

No hubo tiempo para más.

D. Ramiro y el almogábar desaparecieron

en la primera revuelta de la escalera, y Castana volvió al aposento donde había dejado á la Reina, á la cual halló ya puesta de hinojos y orando.

La pobre muchacha, por más que amase á los Reyes y se interesase por su buen servicio, no pudo menos de echar de menos la compañía de Aznar, de que, según dejó entender entre dientes, solía disfrutar todas las noches á aquella hora misma. ¿Y quién sabe lo que para su colete diría Aznar, si como parece, venía buscando á Castana sola, cuando tropezó con los hombres de armas y D.^a Inés y D. Ramiro; puesto que buscando amor, se encontró por azar con aquellos peligros, y tuvo que derramar sangre, en vez de pronunciar palabras tiernas? Razón tenía el almogábar para quejarse de su fortuna; pero tal era él, y tan dado á las armas, que no parece probable que lo hiciese no obstante.





CAPÍTULO XIII

Comienzan las pláticas y aventuras del valeroso
caballero D. Ramiro de Aragón y su escudero
Aznar Garcés

Muerta la lumbre solar
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
á caballo un olivar...
Llevan, porque se presume
quién de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de delante con pluma.

EL CAPITÁN MONTOYA.

(Cuento nuevo.)



Al pisar el patio del Alcázar el fu-
gitivo Rey y su compañero, tro-
pezaron con una mesnada que
venía haciendo la ronda.

—¿Vamos á ellos, Aznar?— dijo D. Ramiro.

—No por cierto— respondió el almogá-

bar,—si podemos engañarlos. Reservémonos las fuerzas para más adelante, que, si Dios no lo remedia, no han de estarnos de sobra las que tengamos.

—¿Quién va?—preguntaron los de la ronda.

—Mesnada es de Ferriz de Lizana—respondió Aznar.

Y sin más, pasaron unos y otros adelante.

—Mucho sabes, Aznar—dijo el Rey.—¿Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarían libres?

—¿Quiénes habían de ser—replicó el almogábar—los desleales que os pusieron prisionero, sino vuestros ricos-hombres? ¿Ni qué otro había de ser cabeza de tal rebelión, si no era Ferriz de Lizana?

En esto llegaron al postigo que buscaban, y le hallaron abierto, sin otra guarda que los cadáveres de los dos hombres de armas que allí mató Aznar.

—¿Sabes, Aznar—dijo el Rey, santiguándose,—que tienes cosas muy extrañas? ¿Por qué se te ocurrió forzar este puesto y entrar en el Alcázar?

Aquí el almogábar se halló por segunda vez embarazado, sin acertar á dar respuesta. Al cabo, como si no hubiese atendido á lo prin-

cial de la pregunta, respondió de esta manera:—Llegué al postigo, sin saber que esos pobres diablos lo guardaban, y díjeles cómo tenía licencia y autoridad de vos para entrar en el Alcázar cuando se me antojase. Oír esto y soltar la carcajada los muy perros, fué todo uno;—váyase el mendigo—exclamaba éste;—no hay moneda que darle—decía el otro;—¿quieres una mala capa con qué arroparte?—preguntó el primero; y el segundo me ofreció burlescamente un jubón hecho girones, que halló entre las inmundicias de la calle.—Sois nuevos en armas—les dije;—sin duda no habéis visto almogábares, ni hasta aquí supisteis de ellos; mas yo os daré lección tal, que otra no necesitéis en la vida.—Y diciendo y haciendo, puse mano á mis armas, y San Jorge me ayudó y dí con entrambos en tierra. Pero ya estamos fuera de la puerta, señor; apretemos el paso, porque temo que nos persigan. Aquella ronda que encontramos en el patio del Alcázar se encaminaba, por lo que ví, á los aposentos que acabábamos de dejar; y no bien noten nuestra falta, enviarán caballos ligeros á que sigan nuestras huellas.

No dejó de ocurrírsele alguna observación

á D. Ramiro sobre el tal relato; però las últimas palabras del almogábar le hicieron olvidarla, fijándose sólo en lo que más á la sazón le importaba. Y por largo rato ni D. Ramiro ni el almogábar hablaron palabra.

El Rey fué quien primero rompió el silencio, diciendo:

—¿A dónde me guías, Aznar?

—A la montaña, señor, á donde hallemos seguro por lo pronto; que luego será tiempo de pensar en otra cosa.

—Es que yo quisiera reunir vasallos y armas con que contrarrestar á esos empedernidos ricos-hombres.

—Ni unos ni otros han de faltarnos, que así aquellos montes como los vecinos de Cataluña andan poblados de almogábares, que es gente entre la cual no distinguiríais un hombre de otro, más que uno de otro negro africano, de los que alguna vez traen los moros. Por allí hay hartas fragosidades donde escondernos, y amigos que nos ayuden; pero lo primero es salir de este llano maldecido donde los caballos pueden atropellarnos á mansalva, y llegar á tierra de espinos y gujarros. Luego de monte en monte iremos hasta donde convenga.

—¿De qué gente hablas?—dijo el Rey.—
Mira, Aznar, que yo no me ffo ya de nadie.

—Fiaros debéis de estos que digo, que no son de los ricos-hombres y caballeros que os desacatan, sino de los leales montañeses que guardan la frontera.

—Paréceme, Aznar, que tú andas descontento de mis ricos-hombres, y que no es de ahora el rencor que les muestras.

—Confiésoos, señor, que no gusto de verlos hartos de oro y poseedores de ricos castillos, y soberbios y lujosos, mientras yo duermo sobre las piedras, y me alimento con la carne de las fieras que mato, y la hierba que cojo con mis propias manos.

—Eso es murmurar de Dios, Aznar: no todos han de ser grandes en la tierra.

—Ni todos Reyes, señor: nosotros los hijos de la montaña no queremos sino que uno solo nos mande, ni más que á uno solo respetamos como vasallos. Sea éste rico, sea éste honrado, sea éste poseedor de joyas y castillos, y todos los demás obedezcan y repartan entre sí los bienes de este mundo, que es lo que quiso nuestro Redentor.

—No pensaba yo que tan buen discurso tuvieses, Aznar. Sabes demasiado para tus

años y para la vida que traes. Paréceme al oírte que estoy oyendo á mi difunto padre, al abad, digo, de San Pons de Tomeras, que es á quien yo tenía por tal hasta que Dios se lo llevó para sí. Y en verdad—añadió suspirando—que si yo hubiera seguido sus consejos, no me vería en el trance que me veo.

—No sé qué consejos serían los del santo abad; pero de mí sé decir, que me habría parecido más espléndida la *Misleida* el día de vuestra coronación y jura, á hallar debajo de sus bóvedas algunas cabezas menos y algunas sepulturas más, con sus mármoles y letreros de oro.

—Siempre sangre, sangre; yo no sé, yo no quiero derramarla jamás.

—Pues ya sabéis que dice el adagio que *la letra con sangre entra*, y...

—¿También sabes de adagios, Aznar?

—Los de esta especie, señor, se aprenden muy pronto en la montaña; y eso que no hay por allá más letras que la de los misales de las ermitas y monasterios.

—¿Y aprendéis también por allá los nombres de los ricos-hombres rebeldes? Porque antes te oí señalar como tal á Férriz de Lizana.

—Los nombres no, pero aprendemos á conocerlos; así es, que no bien miré el rostro á ese viejo Lizana, se me vino en mientes que lo era.

En tales pláticas iban pasando el tiempo y andando leguas; el almogábar, con la facilidad de quien eso hacía por costumbre; D. Ramiro, con la dificultad de quien jamás había caminado á pie por largo espacio, ni había llevado á costas peso tan grave como el de una armadura de hierro.

Al cabo de tres horas de camino, el Rey se sintió completamente rendido y se sentó sobre una piedra.

—La noche está oscura—dijo—y aún faltan muchas horas para el alba; bien podemos descansar un poco, Aznar.

—No lo permita Dios, señor; antes haced un esfuerzo y salvémonos en la cercana montaña.

—No, no puedo dar un paso; primero consentiré que me cojan los rebeldes.

—Ea, pues, cargaros he sobre mis espaldas. Subid, y os llevaré como pueda hasta allá.

—Eso no, mi fiel Aznar; sería inútil huir de tal suerte. Nos alcanzarían al punto, y, tan

rendidos, que ni siquiera podríamos defendernos.

—Es verdad, señor; ¿pero qué hemos de hacer? Pararnos aquí es imposible sin correr gravísimo riesgo.

En aquel momento se oyó, no lejos de allí, el ladrido de un perro y el canto de un gallo.

Aznar se dió una palmada en la frente, como si alguna idea feliz se le ocurriera, y dijo al Rey:

—Esperadme aquí un instante, yo os traeré caballo donde podáis ir á vuestro placer.

—¡Oh, no, Aznar!—respondió el Rey.—Mira que yo no me atrevo ya á montar á caballo; no he montado desde el día en que nos conocimos. No pienso montar más en mi vida.

—Voto va Dios.

—¡Aznar!...

—Perdonad que jure, señor; perdonadme que así me criaron en la montaña, y mi lengua no acierta á contenerse como mi brazo no sabrá jamás abandonaros.

—Te perdono, te perdono; mas no debes que hablar de lo del caballo, Aznar. Tú no sabes tampoco lo que me sucede: tú tampoco lo que pesa sobre mí.

Tú no sabes

Y al decir esto, el semblante del Rey parecía inmutado; miraba al cielo y á Aznar, y temblaba.

El almogábar anduvo suspenso por algunos instantes, sin saber qué partido tomar ni qué hacer en tan extraño caso.

—Señor—dijo luego al Rey,—¿queréis que á vos os prendan de nuevo los ricos-hombres y á mí me maten sin remedio en castigo de la fidelidad que os he guardado? Y no hablemos de mi vida, porque vos no debéis tenerla en más que yo la tengo, que en harto poco es; pero de vos, señor, de vuestra prisión, ¿cómo hemos de hablar con paciencia? ¡Ah! Yo recuerdo bien que prometisteis á la Reina, mi señora, vengar vuestras afrentas y aun rescatar á la Princesa vuestra hija.

No obstante su fiereza, el almogábar se mostraba entonces un tanto vencido al dolor; este sentimiento que se traslucía en sus palabras, hacía mayor y más elocuente al contemplar la poderosa expresión de su semblante y la enérgica resolución que asomaba á sus ojos.

—¡Aznar!—exclamó el Rey,—tus palabras me penetran en el corazón, porque yo deseo rescatar á mi hija y deseo salvar tu vida.

Mas no puede ser de esta suerte que me dices. Oye—añadió bajando la voz y acercándose al almogábar, como si otro que él pudiera oírlo, en medio del campo anchuroso donde se hallaban,—oye, Aznar, sábeta que fué permisión del cielo que el caballo mío se desbocase aquel día. Yo tengo pecados, muy grandes pecados que purgar en el otro mundo, y si ahora mismo vivo no es sino por misericordia sobrada de Dios. No me hagas tentar de nuevo esa misericordia: vete, vete tú de mi lado y sálvate y abandóname.

—Jamás, señor—respondió Aznar;—¡qué poco conocéis á los almogábares! Ni á sol ni á sombra, ni de noche ni de día, ni en poblado ni en despoblado, habré de separarme de vos mientras estéis en desdicha. Yo moriré á vuestro lado, y vos volveréis á Huesca á ser en vuestro Alcázar prisionero de los ricos-hombres, y vuestra hija quedará en sus manos; no hay ya otro remedio, según veo.

Por largo rato hubo en ambos silencio; y era que ambos padecían á un tiempo. D. Ramiro, porque luchaba con tan contrarios intentos: Aznar, porque miraba perdidos en un punto todos los afanes empleados en salvar á su señor.

—¡Cómo avanza la noche!—dijo al cabo el almogábar mirando á las estrellas.—Antes de mucho vendrán los rayos del sol á señalarmos á nuestros perseguidores: pocas horas le quedan al Rey de ser libre.

Al oír esto, levantóse repentinamente don Ramiro, y dijo con voz resuelta:

—¡Marchemos!

—¡Marchemos! —contestó el almogábar con júbilo.

Y así caminaron otra vez por algún tiempo.

Aznar había aliviado al Rey de todo el peso de armas que podía: sólo llevaba éste aún sobre sí la cota y las grevas que no eran para vestidas de prisa en cualquier ocasión que se ofreciese. Mas con todo eso no pudo continuar andando mucho tiempo.

Al llegar á unos matorrales muy espesos que ya se extendían por la izquierda del camino hasta la montaña, D. Ramiro se arrojó al suelo gritando:

—He hecho cuanto en mí estaba; no daré un paso más; no puedo darlo; me falta la respiración en el pecho, y los pies se me han destrozado en las peñas.

—Todavía estamos en peligro—murmuró Aznar.

—Quiere decir que el cielo tiene determinado que no salgamos adelante con nuestros intentos—contestó el Rey con evangélica resignación.

—Pero, señor—replicó Aznar desesperado, —¿cómo habéis de conocer la voluntad de Dios si vos no ponéis toda la vuestra en conocerla? Dejad que yo os busque un caballo; montad en él y corramos, que yo sé que Dios ampara siempre las buenas causas, y es buena la nuestra.

—¿Y si se me desboca de nuevo, Aznar? ¿Y si perezco ahora? Considera que estoy aún en pecado; que puedo morir impenitente.

—Si el caballo se desboca, para eso está aquí el mismo dardo que otra vez lo paró en su carrera, y lo parará cien veces que sea necesario—respondió el almogábar con seguro acento;—y en cuanto á lo de morir ahora, ¿de qué otra suerte lo habéis de temer más, que cayendo en manos de los ricos-hombres? Ya que han visto que sabéis escaparos, os guardarán con más cuidado que nunca; y no es de pensar que ignoren que la más segura prisión es el hoyo que abre el sepulturero en la tierra.

—¿Y crees tú, Aznar, que á tanto se atre-

verían mis vasallos?—exclamó el Rey, cruzando entrambas manos sobre el pecho y alzando al cielo los ojos.

—Tengo buena memoria, señor, y recuerdo que no há mucho le decíais á la Reina: *no se prende á los Reyes ni por lealtad ni por costia*. Y tenfais razón, por mi vida; que quien tal hace, dispuesto está á todo, y no habrá cosa que, por impía ó por extrema, le espante.

—¡Infames!—dijo el Rey con rabia.

—Infames son, señor; mas si venís á sus manos, aún no han de faltarles medios para ocultar que lo sean tanto. Ya veis; cualquiera se mata de una caída, ó perece en las garras de una fiera, ó espira á manos de malhechores desconocidos. Y nada tendríais de extraño que á vos los ricos-hombres no os encontrasen sino muerto; y que, muerto, os llevasen á Huesca, donde llorarían mucho vuestra desdicha, y os harían pomposas exequias, al propio tiempo que se proclamaban señores del reino.

—Oh, Aznar, razón tienes sobrada en lo que dices. Es fuerza huir, huir á toda costa de esos maldecidos ricos-hombres. ¡Que no fuera yo tan ligero y tan fuerte como tú!

—Por eso para vos traeré yo un caballo

donde bien caminéis; en todos estos contornos hay lugares muy poblados y muy ricos, donde habrá sobra de ellos que traer á vuestro servicio. ¿Oís?... hacia allá se sienten otros ladridos y cantar de gallos; voy al punto á poner por obra mi intento.

—Pero, Aznar—dijo el Rey,—¿cómo has de poder traer contigo un caballo? Los que haya, bien guardados estarán de sus dueños.

—Mal ha de estar con su vida quien estorbe mi intento—respondió el almogábar;—quedaos ahí escondido en ese matorral, que no tardaréis en verme llegar sano y salvo trayendo la presa conmigo.

Y sin decir más, echó á andar á largos pasos.

—¡Aznar! ¡Aznar!—gritó aún el Rey.—Mira que es pecado tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño...

Pero el almogábar no le oía ya. Todo se le iba en caminar y decir para sí:

—¡Loado sea Dios que me ha dejado vencerle! ¡Qué tímido que es este Rey! Pero así nos le dió Dios, y así es preciso tomarlo. Cuanto y más que lo que á él le falte de resolución tiénelo de sobra algunos de sus vasallos; y de todas suertes siempre es más digno

de favor y ayuda un Rey, que no esos orgullosos ricos-hombres que tanto mal nos hacen á todos y tanto les han hecho en particular á los míos.

Así, por lo que se ve, pensaba ya alguna gente común en el siglo remoto en que aconteció esta historia.





CAPÍTULO XIV

Que es, si no de los más largos, de los más
singulares de esta historia

No temían la braveza del mar
ni las dificultades de la tierra.

Mss. DE CORBERA.



SZNAR, separándose del sendero
que llevaban, echó por unas ha-
zas recién sembradas que hacia
la parte de la derecha se veían,
y anduvo por ellas largo trecho.

De cuando en cuando sonaban voces inde-
finibles, unas veces más lejos, otras más cer-
ca, según soplabá el viento en el campo. Pa-
saron algunos momentos de incertidumbre,
durante los cuales, el almogábar apuró cuan-

tos recursos podía ofrecerle su ejercitado instinto, y la sagacidad admirable de los de su laya, para conocer de qué parte venían tales voces y ruidos, que anunciaban población cercana.

No bien lo hubo averiguado, echó á andar precipitadamente, y, al cabo de medio cuarto de hora, ó poco más, llegó delante de una pequeña aldea asentada sobre una colina, orillas de un arroyo de poco caudal, que, con el silencio de la noche, claramente se oía zumbar entre las peñas.

Las boca-calles estaban cerradas con toscas empalizadas y zanjas, y, detrás de tales defensas, oíanse pasos como de gente que las guardase; que en los tiempos que corrían, ni el más miserable lugar estaba libre de algaradas ó rebatos, dado que si no los fraguaban moros, poco lejanos todavía, siempre había rico-hombre codicioso ó pueblo rival que en ellos pusiese mano.

Aznar andaba tan calladamente, que no fué sentido de las atalayas del lugar.

Y notando que entrar por las calles no era posible, dió dos vueltas en derredor, á ver si parecía más hacedero asaltar alguna casa principal.

Eran las tapias de enormes piedras del vecino arroyo, unidas con argamasa de tierra, y de la cresta colgaban espinosas bardas. Aznar no se arredró, sin embargo.

Llegóse á una de gran apariencia para aquel tiempo y lugar, y de las que más lejos cafan de las boca-calles donde estaban los guardas; y se encaramó en las tapias sin gran dificultad, á lo que pudo observarse.

Al llegar á la cresta desató de su cintura la ancha piel de toro, que traía por abrigo: plantóla sobre las bardas, y, apoyando en ellas las manos, saltó al otro lado. La caída hubiera sido mortal para otro que el almogábar. Mas éste se levantó, sin el menor daño, y atentamente se puso á mirar por el patio plantado de maíz y árboles frutales.

Al fijar los ojos en un punto, se exhaló de su pecho una exclamación de alegría: era que, á la parte frontera de aquella por donde había entrado, descubría una puerta lóbrega sobre todo encarecimiento; pero sin postigo ni otra cosa que la cerrase.

Entró entonces por ella y se halló en medio de un espacioso establo: los bueyes continuaron comiendo su paja de centeno, con su ordinaria gravedad, y saboreándola tran-

quilamente. El almogábar no deseó más sino que en todos los habitantes de la casa hubiera igual reposo y mansedumbre.

Pero, antes de mucho, los descompuestos ladridos de un perro vinieron á mostrarle que no era para cumplido su deseo. El perro se acercaba, y Aznar temía lo largo de la lucha por el ruido, y porque daría lugar á que despertase la gente de la casa.

Recordando entonces una treta muy usada en sus montañas contra los lobos hambrientos, salió al patio, cortó una rama de fresno, y en un instante la afiló muy bien por los extremos.

Apenas había acabado de hacerlo todavía, cuando el perro, que era un mastín enorme y defendido con collar y puntas de hierro, se abalanzó á él. Aznar le aguardó puesto de rodillas, cogido por la mitad el palo de fresno con la mano izquierda, y con la derecha levantada la cuchilla. Luego, al verle ya encima, introdújole entre las quijadas el puño siniestro: quiso morderle el animal, y las dos puntas de fresno se le clavaron por arriba y por abajo á un tiempo, no dejándole más cerrar la boca.

Al punto que así lo tuvo sujeto, el almogá-

bar le descargó una cuchillada en la cabeza, tan sobre seguro, que el fiel can cayó muerto á sus plantas sin exhalar un aullido.

No había tiempo que perder, porque de un momento á otro la gente de la casa podía despertarse.

Aznar no había encontrado aún lo que buscaba; pero estaba seguro de que, en casa como aquella, no podían faltar caballos de guerra, puesto que ningún rico de la época dejaba de tenerlos.

Salió del establo y vagó algunos momentos por grandes cuadras de ganado y habitaciones desamparadas, hasta que al fin topó con dos soberbios caballos, puestos á un pesebre muy bien abastecido, según lo que sonaba el crugir de dientes, con que se regalaban en él aquellos animales dichosos.

Aznar, lleno de regocijo, desató el uno; mas entonces recordó que no tenía por donde salir con él.

A aquel hombre singular le bastaba saber dónde estaba su objeto: el modo de lograrlo dejábalo siempre á la fortuna y á su propio esfuerzo y destreza.

Otro que él no habría pensado en buscar caballo, solo y á tales horas, para D. Rami-

ro. Pero á pensarlo, hallándose en una población tan grande y con las entradas fortalecidas, habría al fin abandonado su intento sin osar asaltar las tapias. Y si por acaso hubiese llegado á este punto, lo que es con el medio de rematar su obra, no habría acertado jamás.

Pero los almogábares no se parecían á los demás hombres, y Aznar era el más determinado de todos.

Pocos momentos le bastaron para imaginar cómo había de salir de tal aprieto.

La cuadra se comunicaba con el interior de la casa por una gran puerta, cuyas maderas estaban harto quebrantadas del tiempo, y mal clavadas y unidas.

Aznar levantó con la espada uno de los tablones sin gran esfuerzo. Metió en seguida la mano por la gran abertura que quedó, y pudo así descorrer la barra de hierro que aseguraba por dentro la puerta.

Con esto no halló más obstáculo para entrar en el ancho zaguán de la casa. No se sentía aún allí el menor ruido: solamente los canes de la vecindad multiplicaban de una manera sus ladridos, que bien daban á entender que algo inusitado pasaba por allí junto.

Aznar, seguro ya del logro de su empresa, se encaminó á la puerta que daba á la calle, y la abrió de par en par: volvió á la cuadra, ensilló el caballo en un santiamén, y montándose en él de un salto, salió á escape.

No había perdido de vista todavía la casa, cuando sintió por todos los contornos abrirse y cerrarse postigos, y preguntarse unos á otros los vecinos qué novedad era aquella, de que en tales horas corriera tan desesperadamente un caballo por el lugar.

Poco después oyó ya detrás de sí los gritos de ¡alarma, al ladrón, al ladrón! los cuales partían sin duda de la casa de donde había sacado el caballo.

Aznar preparó sus dardos, y apretó más los hijares al animal, que en tan corta carrera echaba blancos espumarajos por la boca.

De pronto, al revolver un esquinazo, hallóse en cierta plazoleta que caía ya fuera del lugar: sólo que estaba cerrada con empalizadas y zanjas como todas las otras salidas.

Tendió entonces la vista, y divisó á un hombre que allí hacía la atalaya, el cual se adelantaba hacia él como para reconocerle.

No había otro medio de escapar que combatir, y el almogábar no quiso dilatarlo. Lue-

go que se halló á proporcionada distancia, disparó contra él uno de sus dardos, mas no acertó el golpe.

—Voto va, mal dardo —exclamó Aznar;— que es la primera vez que me faltáis, y que en peor ocasión no pudísteis hacerlo.

Sacó el otro dardo, lo disparó, y aquella vez tuvo más fortuna: el atalaya cayó muerto á sus pies.

Entonces salvó zanjás y empalizadas de un salto, y, así como se contó por libre, partió á toda rienda hacia el punto donde le esperaba D. Ramiro.

Mas tuvo que pasar por delante de algunas de las tapias del pueblo; y los vecinos ya dispuestos, y aquí y allá apostados, dispararon contra él un diluvio de flechas y piedras.

Aznar temió que le matasen el caballo y que fuesen perdidos sus esfuerzos; pero no podía por menos de pasar al lado de las tapias, porque al frente de ellas estaba casi tajada la colina, y más allá muy quebrado el terreno, de suerte que el salto podía estropear al bruto, que parecía generoso y fuerte.

Alguna vez, al oír zumbar la piedra, poderosamente disparada, de honda enemiga, miró al caballo y exhaló un grito de ira; y al

sentir por junto á su cabeza los silbidos de las flechas y ballestas, agradeció más á Dios, que su propia salvación, la salvación de aquel bruto, que era la única esperanza del Rey.

Mas ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el jinete lo aguijaba más y más, y antes de mucho pudieron, lejos de las tapias del lugar, y fuera del alcance de los irritados burgueses, correr sin obstáculo por el llano.

Y ahora advertimos que, por seguir al almogábar en su audaz intento y aventura, nos hemos olvidado del Rey, que como primero en autoridad, merece, sin alguna duda, prioridad y preferencia sobre todos los personajes de esta crónica.

Pero aunque se tache de importuno esto de citar y citar al autor primitivo de la historia, fuerza es decir que á él, antes que á otro, corresponde la falta, puesto que así dejó colocadas las cosas en su manuscrito. Y es que al buen muzárabe, aunque leal, le divertían más el ánimo los hechos de Aznar, que los hechos de D. Ramiro, con ser éste Rey y aquél vasallo: achaque, en verdad, de algunos otros que han tenido ocasión de saber los varios y casi increíbles sucesos de esta historia.



CAPÍTULO XV

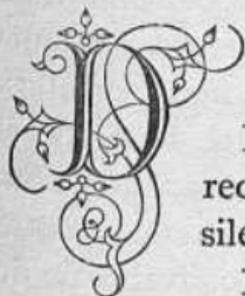
De un miedo muy grande con que probó Dios á
cierto caballero, y cómo éste se dispuso á
recobrar su honra con grandes hazañas

*...Et Deus recessit à me
et exaudire me noluit.*

SAUL.

Las riendas tomad, señor,
con aquesta mano misma
con que asides el escudo,
y ferid en la morisma.
El Rey, como sabe poco,
luego allí les respondía:
—Con esa tengo el escudo
tenellas yo no podría,
ponédmelas en la boca
que sin embarazo iba.

(Romance viejo.)



Ramiro quedó solo al desapare-
cer Aznar: solo en el ancho y
silencioso campo.

La noche no era oscura; pero
los matorrales, que vestían uno de los lados

del camino, hacían que lo pareciese, dando de sí una sombra densa y fatídica.

Por algunos momentos se mantuvo aún D. Ramiro en medio del camino. Luego se dirigió pausadamente hacia el matorral, y se sentó en lo más espeso de él, al pie de unos enebros de agrias y verdes hojas, en sitio desde donde bien podía distinguir la vuelta del almogábar.

Las sombras lo envolvían allí de suerte que no veía nada en derredor suyo. Sólo al lejos alcanzaba su vista, allí donde el matorral no extendía ya sus apretados troncos y enmarañado ramaje, donde la luna, que andaba embozada y esquiva, y las lejanas estrellas podían derramar libremente su luz pálida.

Cualquier hombre tranquilo, despreocupado, se habría conmovido en aquel lugar: cualquiera habría dado entrada en su ánimo á pensamientos melancólicos. D. Ramiro no tuvo que darles entrada, porque ya los tenía dentro de sí: no hizo más que fijarse en ellos.

¡Oh! ¡La muerte, la muerte! Este fué el primer pensamiento que ocupó su atención: aquel hombre no se ocupaba tanto en otra cosa ninguna. Quien quiera convencerle de algo, ha de conminarle con la muerte de no

hacerlo: quien quiera mantenerle en un propósito, sólo con la idea de no morir, lo mantendrá: quien quiera enternecerle, háblele de la muerte: quien quiera darle contento, haga, si es posible, porque no recuerde la muerte jamás.

Y sin embargo, aquel hombre corría acaso á levantar la guerra y á provocar mortíferos combates. Aquel hombre había alzado el claustro de San Pedro el Viejo, donde existe, como en su propio lugar y aposento, la idea de morir: donde se desvanece, sin querer, la idea de la vida: había edificado tranquilamente su sepulcro.

No ha de decirse por eso que D. Ramiro fuese un hombre extraordinario en el bien ó en el mal, en esta ó en aquella calidad de espíritu. Lejos de eso, lo que principalmente lo distinguió en la vida, fué su vulgaridad misma, fué el parecerse al común de los hombres.

Tales contradicciones y luchas viven siempre en el alma humana, refrenadas por la voluntad poderosa, ó libres y sueltas á su albedrío.

La duda en la voluntad trae al punto la contradicción en las obras. Y que D. Ramiro

dudaba, ¿quién ha de ignorarlo que haya seguido los pasos de la presente historia? Quería salvar su alma y salvar á su hija: atormentábalo el haber pecado tanto contra sus votos y también el no haber hecho ya penitencia; y en el punto mismo en que habría dado la vida por rescatar á su hija y vengarse de los ricos-hombres, consideraba que no podía darla, por nadie, ni por nada, puesto que se cifraba en vivir la salvación de su alma.

En este estado del espíritu, son los sentidos absolutos señores del hombre. Porque como á la voluntad la falta norte y enmudece y se para, queda á ellos abandonado el pensamiento; y según las impresiones externas que le comunican, se inclina él de acá ó de allá, ora al recelo, ora á la esperanza, ya á la desesperación, ya á la alegría.

Así es que, al verse en aquel matorral don Ramiro, ¿quién había de señorear sus pensamientos, sino la sombra espesa que cegaba sus ojos, y los vagos murmullos que quebrantaban sus oídos? ¿Quién sino las inocentes matas que, viciosas, crecieron en aquel paraje, sin sospechar que Rey fugitivo, ni monje en pecado, ni padre amoroso, ni esposo

ausente viniera á buscar albergue debajo de ellas? ¿Quién sino la turba de reptiles desconocidos que nacen para vivir un día arrastrándose por los troncos de los árboles, ó removiendo, al correr por el suelo, las hojas secas?

En la duda que pesaba sobre D. Ramiro, tocante á sus deberes; en aquella contradicción perpetua que le hacía amar y despreciar la vida, temer y buscar la muerte, su pensamiento quedó entregado á las tinieblas y á los ruidos de la noche, á las matas y á los reptiles, los cuales dieron la victoria al horror; y, fuerza es decirlo, el buen campeón se sintió aquejado del miedo.

Que cuesta pena creerlo cuando todos sabemos quiénes fueron sus padres: hombres de hierro que así morían como vivían, mordiéndose polvo y apellidando guerra. Pero á bien que de ninguno de ellos se cuenta que llevara sobre sí la duda y el remordimiento que D. Ramiro; y á bien que ninguno de ellos fué criado, como éste, entre salmodias y cilicios, en un monasterio humilde de benitos.

¡Cuántos latidos le costó al corazón de don Ramiro cada mecida de las ramas que aquí

y allá empujaba el viento; cada silbo, cada paso, cada voz de los insectos que bullían en la espesura!

Dos ó tres veces se levantó para huir; pero ¿á dónde iba? Tuvo que desistir de su propósito. Temió que lo hubiese abandonado Aznar y que ya no volviera; temió que todo lo pasado fuese trama de los ricos-hombres para traerle allí y matarle más á su placer; temió hasta que el rayo del cielo viniera á herirle entre la maleza, ó que pudieran devorarle los insectos, ministros viles de la cólera de Dios.

Hubo vez en que sintió claramente el galopar de muchos caballos; luego los vió cruzar por el camino con sus propios ojos, y rezó y tembló, y en su ánimo experimentó ya todo el arrepentimiento de la última hora y todos los tormentos del suplicio.

Pero los caballos siguieron adelante, y don Ramiro volvió á quedarse á solas con su miedo.

Y así pasó muy cerca de una hora; hora, durante la cual, vió D. Ramiro la imagen de la muerte debajo de todas las formas posibles, y agotó todas las oraciones y toda la contrición de su espíritu.

Al cabo oyó el ruido de un solo caballo

que á la carrera se acercaba, y, un momento después, apareció Aznar en el camino; echó pie á tierra y miró por todas partes, por ver si hallaba á D. Ramiro.

Mas éste apenas acertaba á dar crédito á sus ojos, y permanecía en el suelo tendido, debajo del tronco añejo que, mudo, había presenciado sus penas.

—Señor, señor—gritó Aznar.

D. Ramiro no contestó.

—Señor, señor—volvió á gritar el almogábar, no poco inquieto ya.

Hubo el mismo silencio.

Pero el almogábar tenía vista de lince é instinto de perro sabueso, y no tardó en hallarlo aun en medio de tanta oscuridad.

—¿Qué es eso, señor? — le dijo.—¿Qué? ¿No queréis responder á vuestro fiel Aznar? Si he tardado algo, ved que no fué mía la culpa, sino de esos perros lugareños que tienen harto guardada su hacienda.

D. Ramiro rompió al fin el silencio.

—¿Eres tú, Aznar? —preguntó con voz tímida.

—El mismo soy, señor; levantaos y dejad el enojo, que en Dios y en mi ánima que no pude remediarlo.

Alzóse penosamente el Rey, y al verse junto al almogábar, se halló otro hombre; desaparecieron de repente los fantasmas que lo acosaban, y se sintió fuerte, audaz.

—¡Ah!—dijo al ver el caballo.—¿Cómo has podido traerlo contigo?

—Montad en él, señor—contestó Aznar;—y no perdamos más instantes.

—Vamos, Aznar, porque has de saber que he sentido pasar cerca de mí un escuadrón de jinetes, y ahora sospecho que sean de los despachados en Huesca á perseguirme.

—Sí serán, señor—repuso el almogábar, —que, á la verdad, hemos perdido mucho tiempo. Subid os digo, y partamos.

—Ayúdame, Aznar; ya sabes que no soy muy gran jinete; como que no había montado nunca en otras caballerías que las sesudas mulas del convento, cuando á estas tales desdichas y pecados me trajeron.

Y diciendo esto, puso las manos D. Ramiro en las espaldas del almogábar, y con tal apoyo y el de las clines del bruto, logró encaramarse en la silla. Pero al retirar los dedos de las espaldas del almogábar hallóselos bañados en sangre.

—¿Qué es esto, Aznar?—prorrumpió el

Rey.—¿Estás herido? No pasemos de aquí sin que yo te cure; porque has de saber que, allá en Tomeras donde yo me hallaba, aprendí un tanto el arte de curar heridos y enfermos.

—No pensemos en ello, señor; coged las bridas y vamos.

—Pero, ¿no te molesta la herida?

—Es una flecha harto aguda que ha logrado penetrar un poco por el tejido de la malla; mas no hayáis temor, que eso así se lo curan los almogábares—y diciendo y haciendo, se arrancó de un tirón la flecha y la arrojó de sí largo trecho.

—Pero tienes sangre también en la cabeza y en los brazos, Aznar; no, no partiremos de aquí sin que te cure.—Y el buen Rey fué á arrojarle del caballo.

—Por Dios, que no hagáis tal—exclamó el almogábar;—lo de la cabeza no pasa de una descalabradura; piedra de mal villano que, si yo no trajera tanta prisa, hubiéramela pagado aunque, por pacto con el demonio, se escondiera en el infierno. Y esto de los brazos debe ser de las garras de un can, que ya estará en el otro mundo, si para los canes lo hay.

—No digas esas cosas, Aznar—replicó el escrupuloso monje.

—Y vos no os detengáis, señor. Guiad acá á la izquierda, que, si nos persiguen, ya sólo por ahí podremos escaparnos.

Picó D. Ramiro y partió el caballo á la carrera; el almogábar, liada en la mano derecha la cola del bruto, corría á la par del Rey.

—¿Sabes—decía D. Ramiro,—que cada vez temo más que se me desboque también este caballo?

—No hayáis miedo alguno mientras vaya yo aquí asido—respondió el almogábar.

Y caballero y escudero corrieron de esta manera más de dos horas.

Poco antes de romper el día, dijo Aznar al Rey:

—Regocijaos, señor, porque ya estamos libres de los ricos-hombres.

—¿Qué, no temes que nos alcancen aún con caballos más ligeros que éste? Mira que yo pienso que unos que pasaron por cerca de mí durante tu ausencia, eran caballeros de Huesca que iban en nuestra demanda. Bien que lo recuerdo ahora. Salvóme el matorral que allí había de que me vieses.

—¡Ojalá que ya los encontrásemos y que

fuese en estos sitios!—respondió el almogábar.

—¿Qué dices, Aznar? ¿Por qué has de querer ya aquí que los encontremos?

—Porque estoy seguro de acabar con ellos. ¿Veis esas rocas y precipicios? ¿Veis aquellas cuevas que parecen de fieras? Pues no son sino moradas de vasallos vuestros, y harto más fieles que los que atrás dejáis.

—No es la primera vez que paso por estos sitios, Aznar. Ahora que la luz del día alguna cosa ya nos alumbra, veo claramente que aquí mismo fuí testigo, tiempo há, de un suceso, que también me ha traído sus remordimientos, con no estar yo en él culpado. Y es que imagino que pude, aunque no pude, á la verdad, evitarlo. Entonces apenas conocía yo ese nombre enrevesado de almogábares que lleváis, ni sabía que fuese tanta vuestra fidelidad.

Aznar se inmutó por un momento y dijo con mal reprimido despecho:

—Yo también recuerdo un suceso, señor: un suceso de aquí mismo, y tal, que no puede haberle más doloroso en el mundo. Pero no es con lamentos, como yo me acuerdo de eso: es con propósitos de venganza que, juro

á Dios, he de cumplir, aunque tuviera que escalar el cielo. La ofensa pide ofensa, y sangre la sangre: así dicen los buenos en la montaña.

—Mira, Aznar, que Dios manda perdonar las injurias; mira que es gran pecado el ser vengativo—replicó el Rey.—Si yo venzo al fin á mis enemigos, no he de vengarme de ellos, sino obligándoles á disfrutar de mi perdón según ordena la ley de Cristo. Haz tú lo mismo, Aznar; hazlo por amor de Dios y de mí.

—¿Qué es perdón?—repuso Aznar.—No lo tendrían ellos para vos á ser los más fuertes, como no lo tuvieron para el hijo de mi padre.

—¿Era hermano tuyo el de la desdicha que dices?

—Mi hermano era.

—¿Sería robusto y valeroso como tú?

—Era mozo, muy mozo; pero á bien que hermano mayor queda, que sabrá salir por él cuando bien sea.

—También era mozo, y mucho, el que hizo destrozar aquí mismo á los pies de su caballo Ferriz de Lizana. ¿No te he dicho que es horrible el suceso que recuerdo en estos lugares? Dígote que, sin ser yo culpado, no

pude alejar de mí el remordimiento en muchos días, y aún ahora me parece que le siento: ¡pobre mozo! bien he rezado por su alma, pero todavía le debo algunas oraciones.

—Férriz... Férriz de Lizana... el viejo Férriz—decía entretanto el almogábar.—No... no hay duda, es él. Mi cólera me lo decía: le aborrezco desde que oí su nombre. ¿Qué apostamos, señor—añadió ya en voz alta,—á que nos referimos á un mismo suceso entrambos?

El Rey estaba ya rezando un *pater noster*, y le hizo seña de que no le interrumpiera. Al cabo de algunos momentos, dijo:

—Ten cuenta, Aznar, ten cuenta con no hablarme mientras rezo, que es pecado apartar á uno de sus devociones, y aún temo que estas de ahora no le hayan aprovechado por culpa tuya al difunto.

—Decía—repitió Aznar, sin hacer caso de la exortación,—decía que quizás sea uno mismo el suceso de que hablamos ambos, y que el hombre que visteis matar quizás no fuera otro que mi propio hermano.

—Y es verdad—respondió el Rey como quien despierta de un sueño:—su traje era igual al tuyo, y ahora recuerdo que tenía tus mismas facciones, ásperas y tostadas del sol

y tu propio atrevimiento. ¡Pobre mozo! Tu hermano sería sin duda, y yo te ofrezco rezar ahora doble por él de lo que antes rezaba: débese creer que estará en el cielo, según fué horrible la muerte que le dieron, y más no mereciéndola, porque á Dios nada se le queda por pagar en el universo. Y siendo así, casi puedes agradecersele á sus matadores; y harta venganza será para él, que habiendo querido hacerle daño, le hayan proporcionado la gloria eterna. Y si ellos se condenan, lo que Dios no permita... Pero Aznar, ¿qué gritas? ¿No me escuchas?

—Sí, sí escucho — contestó Aznar con amarga sonrisa. Y en tanto decía como para sí: —¿conque erais vos, D. Lizana, el hombre que yo buscaba con tanto anhelo por todas partes? Ah, mal caballero; habéismela de pagar aunque os escondáis en lo más hondo de la tierra, como las raíces de los robles viejos. Si yo, como vos, calzara espuela de oro, bien os mostrara en campo vuestra vileza; mas puesto que nos tomáis por alimañas del monte, eso seré yo para vos, y serán estos dardos mis uñas, que más os valiera haber topado con las de un oso hambriento de los de esta sierra, ó las de un rabioso lobo de los que la

hambre misma suele traer á aullar de noche á las huertas de Huesca.

D. Ramiro, juzgando que Aznar le oía atentamente, iba á la par diciendo:

—Recuerdo una por una todas las circunstancias. Ya iba para diez horas que corríamos estos montes sin hallar una mala cabra montés. Lizana y los caballeros que habían querido celebrar mi llegada á Huesca con una nunca vista partida, se mostraban afrentados y desesperados. Los perros ladraban alrededor de sus amos, no hallando huella de gamo ó cabra que seguir por los riscos; los caracoles de caza sonaban en vano, y los ojeadores, desmayados, daban por frustradas sus más diestras estratajemas. Y sólo yo me regocijaba, porque ni la sangre de las fieras quería que se derramase por mi causa. Ferriz de Lizana... Pero no te afres contra él, Aznar; á saber que era tu hermano, quizás no hubiera osado ofenderle. Ya siento haber pronunciado su nombre. Júrame que no tomarás de él venganza alguna.

—Imposible, imposible—respondió Aznar con tal voz que hacía buena aquella comparación de sí con un lobo rabioso, que él mismo había hecho antes.—Imposible, señor; y

por Dios os pido que sigáis el relato, que harto me importa ya el oírlo entero.

—Aznar, creí que eras temeroso de Dios y bueno, y que por eso consagrabas tu brazo á mí y á mi hija. Creí que preferías el servicio de Dios y del Rey á los impulsos de tu cólera.

—Esa idea no os aflija, señor, que yo sé que con emplear mis armas en Lizana hoy ó mañana, he de prestar muy gran servicio á Dios, y á vos y á vuestra hija.

—No, no; júrame que sólo alzarás contra él tus armas por fuerza y por servir á Dios y á tus Reyes, y no por ira ó venganza. Júralo, hijo mío, que ya te tengo amor y me interesa sobre manera la salvación de tu alma, la cual, si tal no hicieses, no conseguirías de modo alguno; pues Dios dijo que perdonásemos á nuestros enemigos como él perdonó á los suyos en este mundo. Bien sé todo este precepto y doctrina, porque aunque ahora voy en traza de guerrero, he sido, y aún soy, indigno sacerdote y padre de almas.

—¡Que me place!—respondió el almogábar con siniestra sonrisa.—Yo sé que cumpliré con mi deber siempre que mate á Lizana, y sé que habrán de ganar con ello Dios y el Rey. Dad por jurado cuanto queráis.

—No lo daré yo por tal sin que te vea hacer la señal de la cruz y jurarlo de veras.

—Pues júrolo por todas estas cruces—dijo Aznar cruzando las manos.—Mas ya que en esto os he complacido, ¿me negaréis, señor, el fin del relato? Era mi hermano, mi hermano: ya veis si me interesarán los pormenores de su muerte.

—Dígame—continuó entonces el Rey,—que iban todos desesperados de no encontrar caza, cuando tropezamos con un mozo, cual ya te he dicho, de tu mismo traje y estatura, bien que de edad algo menor que la tuya.

—Sí, era dos años más mozo. Proseguid, proseguid por vida vuestra.—El almogábar, con su natural franqueza y el interés que la conversación le inspiraba, se había olvidado de todo punto de que hablaba con el Rey. Éste, sin reparar en ello, continuó:

—Pues así como vió á tu hermano el de Lizana, exclamó irritado: «Estos perros son los que matan todas las reses del monte para regalar con ellas sus viles cuerpos, de modo que cuando el poderoso Rey de Aragón viene á caza con sus ricos-hombres y caballeros, no halla una miserable cabra silvestre. ¡Estamos en terreno acotado! ¿Qué haces tú ahora,

villano infiel, qué haces aquí con esas armas?» Decir esto y dirigirse á él con la espada desenvainada, fué todo uno; pero el mozo no se arredró, y echó mano á sus dardos. Entonces, Lizana, como si tuviera que habérselas con un jabalí, le azuzó los perros, que en un momento lo destrozaron, apesar de mis clamores; y pasó luego por encima de él con su caballo, de suerte que debió de quedar de todo punto desconocido.

—Así fué como le encontré al día siguiente de vuelta de una algarada; y antes de darle sepultura, propuse en mi ánimo tomar venganza. ¡Oh, D. Lizana, D. Lizana: trataremos vos y yo largamente de ese fuero que os atribuis los *seniores*, de bien ó mal tratar á los vasallos ó villanos! Lo cual no se me ha logrado hasta aquí; pero se me logrará, Dios mediante, sin faltar al juramento que he prestado.

Pronunció estas palabras Aznar, con más lastimoso acento que hubiera empleado hasta entonces, y hubo entre los dos silencio por algún tiempo. Rompiólo el Rey al cabo, diciendo:

—¿Sabes, Aznar, que es hora de atender á nosotros mismos? En gran peligro estamos, si no mienten las señas.

—Ojalá que en mayor no se hubiese visto mi hermano, señor. Aquel día no quedaban almogábares en la montaña; pero hoy, si yo diera un silbido, vierais acudir aquí gente capaz de dar cuenta en un abrir y cerrar los ojos de todos los infanzones de Huesca.

—Dalo, Aznar, que quiero yo conocer á esa gente: habíánmelos pintado como feroces y bárbaros; pero ya sabes que desde que te conozco á ti, me siento inclinado á estimarlos.

—No ha de llamárseles sino en la ocasión; mas hacéis bien en quererlos, que ellos son la flor de vuestros vasallos. Ellos son los que os darán la victoria cuantas veces se la pidáis, y extenderán el nombre de vuestra raza por todo el mundo. Diera un ojo de la cara porque los vieseis pelear.

—Pues mira, Aznar—dijo el Rey,—pienso que sin tanto han de cumplirse tus deseos. Tú no puedes distinguirlos desde ahí abajo, pero yo desde aquí veo muy bien un escuadrón de caballeros que sube hacia este alto por donde nosotros vamos.

—¿Eso hay?—respondió el almogábar.—Pues dejad que yo iré á reconocerlos y veré si son, con efecto, los que pensamos. Mas,

¡voto val que he perdido mis dardos; erré el uno y dejé el otro en el cuerpo de un mezuquino burgués que maté allá abajo, y ahora voy á desperdiciar la ocasión de derribar de sus caballos á dos gentiles jinetes.

—¿Otro mataste allá? Eres sanguinario, Aznar.

—Así me criaron en la montaña, señor, y así he de ser toda mi vida. Los almogábares somos ovejas con nuestros amigos y lobos con nuestros contrarios, quien quiera que sean.

—Malhadado oficio el de las armas, Aznar. Pero ¿querrás creer que ahora que te veo á ti animoso y que me acuerdo de las afrentas que esos ricos-hombres me han hecho pasar, y de la cautividad de mi hija, siento así como deseos de reñir, aunque tenga que derramar mucha sangre también? Dios me perdone, Aznar; que es la primera vez que esto se me ocurre en la vida.

—Eso es que recordáis de quien venís, señor. He oído contar muchas veces á la lumbré cómo vuestro abuelo murió en la jornada de Graus, y vuestro padre delante de Huesca, y vuestro hermano D. Alonso en Fraga. Por eso los almogábares amamos tanto á los de

vuestra casa, porque todos saben pelear como osos bravos y morir como santos. Y para mí tengo, señor, que no habéis de ser el menor de ellos, si bien nunca os ejercitasteis en armas como los otros.

En esto, distingúfase ya á la escasa claridad de la aurora, el escuadrón de caballeros que venía marchando hacia ellos; veíanse flotar al viento las banderolas de las lanzas, y casi podían leerse los motes de los escudos. Aznar se adelantó algunos pasos á reconocerlos, y notó que de los primeros, y como gobernando el escuadrón, venía el esforzado Roldán. Entonces, viendo que no había duda de que fuesen adversarios, dió un silbido prolongado, y que resonó por todos aquellos contornos, y luego otro y otro hasta tres veces, y vuelto al lado de D. Ramiro, le dijo:

—¡Oh, si viniera ese viejo desleal de Lizanal Vierais como con su sangre pagaba ahora mismo la mala muerte que ordenó dar á mi hermano. Mas ya que eso no sea, no faltará, á Dios gracias, con quien combatir. Tomad, señor, el escudo y las riendas con aquella mano, y con esta otra desnudad la espada.

—No ha de ser así—dijo el Rey,—que no sé yo cómo he de poder tener las riendas con

la mano izquierda, y valerme de ella al propio tiempo para manejar el escudo. Tomaré las riendas con la boca, y así iré bien desembarazado.

—Señor, seguid mi consejo; tomad las riendas y el escudo con una propia mano.

—Ahora te digo yo, Aznar, que no hay que hablar más en ello, porque la ocasión es de pelear como buenos, y no de aprender galanas aposturas. Júrote que me siento otro; no sé qué ardor singular siento por mis venas; paréceme que bastaría yo sólo para todos esos.

Y con efecto, sus ojos lanzaban rayos de fuego; su rostro estaba encendido; su corazón firme; no parecía el mismo hombre que horas antes había tenido miedo, y que tanto había pensado en la muerte. El almogábar había logrado imprimir en aquel espíritu incierto y vacilante su valor mismo. Aquella impresión externa imperaba tanto en D. Ramiro, como antes habían influido en él las sombras espesas y los desconocidos murmullos del matorral donde por largo rato estuvo á solas.





CAPÍTULO XVI

En el cual se narra una grande y descomunal
batalla que no fuera para creída si por tan
seguro conducto no nos viniera

¿E quina gent es aquesta qui
van nuus, é despullats, qui no
vesten mas sol un casot e no
porten darga, ne escut?..... E
los Almugavers que oyren aço
entrebunir dixeren: vuy sera
queus mostrarem qui som.

MUNTANER.—*Crònica.*—*Es llibre
molt antich.*



L cronista de esta verídica historia,
debía de ser grande enemigo de
los almogábares, porque al comen-
zar el presente capítulo, desata
contra ellos su mala lengua y los maldice sin
caridad ni medida.

«¡Oh gente cruel, exclama, que no perdonasteis nunca al de espuela de oro ni al de humilde cayado, que así herís en las carnes tiernísimas del infante como en el acerado peto del soldado, y lo propio os cebáis que en sangre de hombres, en sangre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Huesca con espanto el día en que traspasasteis sus puertas, porque todo lo disteis al saco y violencia. Ni sirvió á mis hermanos muzárabes su fidelidad á la santa fe de nuestro Dios, ni les aprovechó el recibiros como libertadores. Vosotros nos motejasteis de cobardes, porque permanecemos en la ciudad, en lugar de escapar á los montes altos y vivir en vuestra mala compañía, dentro de cavernas y peñascales; y á la par nos tratasteis que á los mismos moros. Y aun osabais decir al ultrajarnos, que menos criminales eran ellos en defender su ley con las armas, que no nosotros en practicarla entre infieles, fiando á la oración y no á las manos la redención de nuestra esclavitud.

»Mas ¿qué mucho que así obréis, almogábares, si sois en la persona horribles, en el vestir fieras, en el nacer de raza varia y diversa prosapia, de suerte que apenas hay en

vosotros quien sepa de su ascendencia ó pueda decir algo de sus hijos? ¿No se alistan todo género de malhechores en vuestras bandadas? ¿No vivís perpetuamente en la montaña sin bajar nunca al llano, sino para traer el robo y la matanza? ¿No habláis todos en ciertos géneros de algarabías ó jergas, una de las cuales llaman algunos romance; y es gran pena por cierto, el que por vuestra culpa, y la de los villanos de la villa, vaya extendiéndose en el reino, y comunicándose á los de mejor y más vieja alcurnia?

»¡Oh, bien fuera que nadie entendiése vuestros gritos y voces salvajes! ¡Bien es que os alimentéis con carne de fieras y hierbas del campo, y que más moréis en soledades y desiertos que en los pueblos! ¡Bien es que durmáis en el suelo y padezcáis tan grandes miserias; puesto que sois tan semejantes á los salvajes brutos en crueldad, y en dureza á los osos, ó más bien quizás á las rocas de la montaña! ¡Ay, mal haya de vosotros, almogábares, mal haya de vosotros, y así os depare el cielo, como tenéis negros y espantosos los rostros, espantoso y negro castigo en la otra vida!»

Y por este estilo prosigue el bueno del cronista en sus imprecaciones.

Mas si, prescindiendo de estas sentencias dictadas por boca enemiga, llegamos á examinar los hechos de aquella gente, parece que no faltaban en ella buenas partes que oscurecían las malas, con serlo tanto y ser tantas como asegura el cronista.

Sin ir más lejos, este Aznar Garcés, á quien de escudero hemos traído en pos del Rey don Ramiro hasta las sierras que corren entre Aragón y Cataluña, si era hombre cruel, no parecía horrible por su persona, á no mentir la honrada Castana. Y mostrábase, á la par que valiente y astuto y gallardo, fidelísimo, que es prenda, no de malvados, sino de las más escasas entre los honrados hombres.

Buena prueba de ello fué el encuentro con el escuadrón de Roldán que comenzamos á relatar en el capítulo antecedente.

Aparte ociosas palabras, sin otra voz que el grito de *San Jorge y á ellos*, Aznar desnudó la espada corta que llevaba al cinto, y se adelantó hacia el escuadrón de los caballos.

—Para, para, hijo mío—le gritó el Rey.—Pídele antes á Dios mentalmente que te perdone la sangre tuya y ajena que vas á derramar en defensa de tu Rey. No he de consentir sin eso que peleemos.

—Que me place—dijo el almogábar.

Y la oración no sabemos si la hizo; pero claramente se vió que no apartaba ojo de los contrarios, como si observase sus movimientos y estudiase el modo de contrarrestarlos.

El camino iba cortando por allí la falda de una montaña frontera de otra no menos alta que ella, y si de una parte apenas los ojos acertaban á descubrir las contrapuestas cimas, de otra podía causar vahidos de cabeza lo profundo del abismo que se abría entre ellas. Todo lo ancho del camino no parecía de tres varas, formando vueltas y revueltas en esa figura que ahora llamamos de *zig-zag*, y como ya por entonces faltaban buenos caminos y ni siquiera había escuelas especiales que enseñaran á construirlos, notábase en éste la singular circunstancia de que, en los puntos donde revolvía, se estrechase más y más, de manera que apenas podían pasar dos caballos de frente.

En una de estas revueltas, se apostó Aznar con la espada desnuda, y el Rey á caballo, y desnuda también la suya, cogidas las riendas con la boca y cubierto con el escudo, se colocó detrás, haciendo como una segunda línea de combate.

Roldán, no bien los vió, puesto que dudase que dos hombres solos osaran contraponerse á su escuadrón, donde bien se contarían cincuenta jinetes, envió á dos caballeros que los reconociesen y alejasen del puesto. Pero lejos de ceder D. Ramiro y su escudero, lanzaron á la par el grito de *¡Mueran los traidores!* y con denuestos é injurias provocaron al combate á los caballeros que venían de descubierta. Maravillóles á éstos la determinación, y más viendo la apostura burlesca del jinete, y las pocas armas y defensas que el peón traía consigo, y creyendo fácil castigar aquello que imaginaban locura, pasaron adelante á la carrera ambos, al decir del romance,

«La lanza como una antena,
el fuerte escudo embrazado.»

Pero Aznar no pareció intimidarse por eso; antes aguardó inmóvil, y al verlos á diez pasos, calculó el espacio que entre sí dejarían los dos caballos, y se plantó en él antes que los caballeros, apercibiéndose, pudiesen variar la dirección de sus lanzas, que ya habían puesto, para herirle, en ristre. Luego, al emparejar los caballeros con él, hundió la espa-

da en el pecho del caballo que venía de la parte del abismo: el caballo vaciló un instante y cayó rodando por las peñas con su desventurado jinete. El otro caballero erró el golpe de lanza en D. Ramiro, porque como el camino se ensanchaba de la parte en que éste se hallaba, no pudo venir contra él rectamente, y pasó por su lado sin herirle. Entonces D. Ramiro se lanzó espada en mano á él, como quien ignora en sí propio el efecto de las armas, y por acaso ha llegado á perderlas el miedo, que es decir, con furia ciega.

Recibióle su contrario también con la espada, y en un momento se cubrieron de sendos golpes y se abollaron bien las viseras, sin que á D. Ramiro empeciera el tener asidas las riendas con la boca, ni al otro contuviera un punto el pelear con el Rey, dado que no podía conocerlo en aquella traza, hasta que Aznar puso término á la contienda, derribando mal herido al caballo de una tremenda estocada en el vientre, y rematando al caballero de una cuchillada terrible, con que le partió en dos trozos el casco y la cabeza.

En esto acudía á rienda suelta al sitio del combate el buen caballero Roldán seguido ya de todos los de su escuadrón.

Aznar cogió de las bridas el caballo muerto y lo arrastró en un santiamén hasta el sitio en que se angostaba el camino. Allí acabó con él de un solo golpe en la cabeza, y colocándose detrás, para que su cuerpo le sirviese de muro, aguardó á los contrarios.

Caballero y escudero no se dirigieron en todo este tiempo sino una sola vez la palabra.

—Bravamente peleáis, señor—dijo Aznar.

—Tú sí, que no hay alimaña del monte que te iguale—le respondió el Rey, maravillado de la serenidad con que tales hazañas ejecutaba.

Al llegar los primeros caballos del escuadrón al sitio del combate, retrocedieron espantados: habían visto allí muerto al compañero, y por más que hacían los jinetes, no era posible hacerlos pasar adelante.

Roldán fué el único que de un salto logró ponerse de la otra parte, y fué con tanta rapidez, que no pudo el almogábar herirle.

Acometióle entonces D. Ramiro: Roldán, que vió sin lanza á su contrario, tiró la suya al precipicio, y desnudando la espada, le recibió con el mayor esfuerzo.

Largo rato estuvieron dándose golpes sin consecuencia: Roldán era más diestro, don

Ramiro tenía más coraje, más resolución entonces de morir ó vencer.

Aznar, en tanto, ardía en deseos de socorrer á su señor; pero no se atrevía á desamparar el puesto, por temor de que los del escuadrón quitasen de enmedio el cuerpo del caballo, que era el único estorbo que los detenía, y pasando adelante, hiciesen imposible la resistencia.

Sonaban redoblados los golpes entre Roldán y D. Ramiro; impacientábanse los caballeros de su escuadrón, viendo que pasar adonde él estaba no les era posible, y pensaban en poner pie á tierra para lograrlo; rugía de cólera el almogábar y miraba á la cima del monte como si algo esperase que no venía.

—¿Quién eres—le dijo Roldán á D. Ramiro,—que de tan extraño modo coges la rienda y tan rabiosamente peleas?

—Soy uno á quien debes largos agravios y que hoy piensa vengarlos por sí mismo, ya que pudiendo vengarlos por otros medios, ha dejado escapar las ocasiones.

—Pues esfuérzate—replicó Roldán,—porque no te las has con hombre que deje hacer en sí venganzas.

Las últimas palabras de Roldán apenas ya

pudo oír las el Rey, porque en aquel momento se oyó un son espantable en lo alto de la montaña: eran alaridos salvajes, choque rudo del hierro contra las peñas, y confusamente entre el gran ruido, se escuchaban estas voces muchas veces repetidas:

—*¡Desperta ferres! ¡Desperta ferres!*
¡Hierro! ¡Hierro, despiértate!

Aznar lanzó un grito de júbilo, y cogiendo la espada con entrambas manos, comenzó á golpear con toda su fuerza en las peñas del suelo, gritando también al propio tiempo:

—*¡Desperta ferres! ¡Desperta ferres!*
¡Hierro! ¡Hierro, despiértate!

D. Ramiro y Roldán hicieron retroceder á sus caballos, cada uno por su lado, y suspendieron á un tiempo el combate; y alzando la vista hacia la cima donde se oían aquellas voces, la vieron coronada por hasta dos docenas de hombres, cuya feroz apostura podía poner espanto en el más fuerte ánimo.

A D. Ramiro le pareció que, comparado con aquella gente, podía pasar Aznar por culto y gentil caballero; así venían de rotos y mal vestidos, negra la tez, sangrientos los ojos; si unos con capellinas de malla, otros sin ellas; si éste con pieles de lobo ó de toro,

aquél con pieles de oso ó de gato montés, atadas á la cintura, y todos ellos con calzas y antiparas de cuero viejo, y rudas albarcas de monte.

Traían chuzos en las manos y espada corta como la de Aznar, y los mismos dardos deafiladísimas puntas cuadrangulares que éste solía traer consigo, sin más diferencia, sino que las de los de algunos, á falta de hierro sin duda, eran de duros pedernales.

—Son los almogábares, señor—gritó Aznar;—ahora verán esos soberbios y traidores de ricos-hombres con quién han de habérselas.

Y bajaban los recién venidos por la pendiente escarpadísima de la montaña, tan fácilmente como pudieran por el llano.

Tres ó cuatro de ellos se plantaron de un salto al lado de Aznar, y los otros, repartidos por diversos puntos de la pendiente, comenzaron á arrojar dardos y piedras contra los caballeros del escuadrón.

Apenas hubo lugar á la defensa: ni uno sólo de los dardos de los almogábares se perdió en hombre ó caballo, y los peñascos enormes que hacían rodar desde lo alto, acabaron de maltratar á los pocos que quedaron sanos de la primera acometida.

Aznar viendo en tanta rota á los contrarios, corrió al punto á ayudar á su señor contra Roldán.

—¡Detente!—exclamó D. Ramiro.—Este hombre será mi prisionero: date, date, Roldán y conservarás la vida.

—¿Dónde oíste—prorrumpió Roldán—que se diesen los que llevan mi nombre y son de mi casa?

—Permitid, señor, que le baje esa altivez, y ponga en lo que es razón la reputación de su casa y nombre—dijo Aznar.

—Roldán—repuso el Rey.—Yo te mando que te des, y ya es hora que obedezcas con armas al que sin ellas escarneciste. ¿Te acuerdas de aquel juramento inusitado é injurioso que me tomaste en Huesca? ¿Te acuerdas de la vanagloria que mostraste el día en que prendiste á tu Rey, en compañía de otros traidores y aleves? Ahora venías sin duda persiguiéndome para prenderme de nuevo ó para quitarme la vida: mas he aquí que eres mi prisionero cuando menos lo pensabas.

Y al decir estas palabras se levantó la visera.

Roldán quedó asombrado.

—¡El Rey con armas!—dijo entre dientes;

—¿qué diablos es esto? Cosa es que veo y no creo: parece cosa de encantamento.

Miró en derredor suyo y halló tomados por almogábares el frente y las espaldas: tendió la vista hacia donde había dejado á sus compañeros, y se encontró ya sin los más de ellos.

—*¡Aragón, Aragón! ¡San Jorge, San Jorge!*—gritaban al combatir los caballeros que quedaban.

—*¡Vía sús, vía sús! ¡Despierta hierro!*—decían entre tanto los almogábares.

Y á la verdad, estábanse defendiendo muy bien, aunque desmontados, alguno que otro veterano de los más diestros y esforzados, y este ó el otro joven, que habiendo entonces salido á la primera campaña, querían sacar á todo trance airosas las divisas y empresas de sus damas.

Tremendos, sin duda, eran los botes de lanza, ó los mandobles que enderezaban á sus desnudos contrarios, y grande la defensa que les prestaban á ellos los bruñidos petos de reluciente acero, y los anchos escudos y ferradas grevas.

¿Pero qué servía todo ello?

Los almogábares alcanzaban en el com-

bate el empuje poderoso del toro, y la ligereza y cautela del tigre, y la bravura del león, y el rencor de la hiena.

Tan pronto avanzando como cejando, esquivando el golpe ajeno, y no dando el propio sino sobre seguro, rendían primero á los adalides y luego los mataban sin piedad.

Así fueron cayendo unos tras otros aquellos valientes, gloria los unos, grande esperanza los otros, de Aragón.

Y á tiempo fijó Roldán sus ojos en ellos, que vió caer á su ayo Per Villanova, anciano orgulloso y valiente, á quien debía mucha parte de sus altos intentos y condición dura, y morir á su deudo Galcerán de Foch, joven que hacía sus primeras armas y en quien él tenía puesto muy gran cariño.

Estremecido apartó de allí la vista, mas no halló donde fijar su esperanza, porque hacia todos lados se miraba igual espectáculo.

La pendiente que desde el camino bajaba al abismo que corría entre las dos montañas fronteras, mostrábase salpicada de hombres y caballos muertos ó moribundos aquí y allá, suspendidos en las matas ó recogidos por las salientes peñas.

En un momento había acontecido todo

aquel estrago, y la confusión y desbarate de los caballeros, al sentir el inesperado ataque de los almogábares y sus piedras y dardos, debió ser grande, porque no había dos cadáveres juntos y muy pocos hierros de lanza aparecían ensangrentados.

Aumentaba el espanto del suceso, el ver rodar de cuando en cuando los cadáveres, por algún instante detenidos en la mitad de la pendiente, hasta lo profundo del abismo.

Roldán no se acobardó; antes bramaba de rabia como una fiera acorralada en el ojeo, que ve llegar ya los perros de la trailla y siente el trote de los caballos de los cazadores.

Veíase sin medios de escapar por uno y por otro lado del camino, y ni esperaba que el Rey le perdonase la vida, ni quería debérselo tampoco, según era de soberbia su condición.

—Muramos, Roldán—dijo para sí;—muramos con la honra ilesa y sin caer en manos de estos perros.

Y luego, dirigiéndose al Rey con arrogante voz, le habló de esta manera:

—Rey D. Ramiro; no creas que has de vengarte en mi persona de la enemiga que me tienes, ni pienses que he de pedirte perdón

de mis hechos porque te vea poderoso y yo me sienta flaco y solo entre tu gente. Valor hay en mí para morir cien veces antes que soportar afrenta alguna que empañe la gloria de mi casa... El último soy de los Roldanes, y si ahora mismo aquí sucumbo, quiero hacer de suerte que no parezca menor en las historias el último que el primero.

—Prendedle—gritó Aznar á los almogábares que estaban puestos á espaldas del caballero, y al propio tiempo dió él algunos pasos adelante.

—No le hagáis daño—dijo el Rey, notando que algunos de los almogábares le apuntaban sus dardos.

Pero Roldán cortó la disputa como nadie imaginara, que fué apretando los hijares de su caballo, y dirigiéndolo de tal suerte, que lo obligó á saltar el abismo.

Todos los presentes creyeron por un momento que se había despeñado; pero al cabo le vieron con su generoso trotón trepar por los fronteros riscos, aunque dificultosamente, y luego correr á toda brida por la cima de la opuesta montaña, y trasponer al fin en breve por entre los matorrales que la vestían.

El Rey, Aznar y los almogábares lanza-

ron todos á un tiempo una exclamación de asombro.

De la cima de una montaña á la cima de la otra había muy buen espacio, y por en medio corría un arroyo profundo y copioso, de trecho en trecho interrumpido por estre-pitosas caídas de agua; que tal era el abismo donde habían ido á parar los hombres de armas de Roldán. De suerte que nunca jinete del mundo dió tan arriesgado salto, ni antes ni después, como éste.

Por eso, desde entonces es conocido aquel sitio con el nombre de *Salto de Roldán*; y, al través de tantos siglos, se ha perpetuado así hasta nosotros el hecho memorable.

Hoy, que el tiempo ha carcomido sin saberse cómo la una y la otra montaña, hasta poner entre ellas más de doscientos pasos de distancia, haciendo también desaparecer la antigua senda que fué teatro del combate, el suceso puede bien darse por increíble.

Vuelto de aquel primer asombro el Rey, dijo á su escudero:

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son

leales. Y ahora encaminémonos á donde bien os plazca.

—A las tierras de Poniente ó de Levante, donde halle en propios ó extraños soldados que me ayuden á rescatar mi trono.

—Bastáraos con los propios, si bien quiérais—repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de D. Ramiro, porque no tropezase más en aquel riscoso camino, echó á andar hacia adelante, seguido de los otros almogábares.





CAPÍTULO XVII

Prosiguen las pláticas y aventuras

Oigo el son bronco de tus cien campanas.

J. DE IZA.

...De esta suerte
yo tengo de acompañarte,
y si te has de condenar
contigo me has de llevar,
que nunca pienso dejarte.

*(El condenado por descon-
fiado.)*



EL día era de los últimos de primavera.

El combate fué tan breve, que con haber comenzado á la luz clara del alba, cuando acabó, no había bajado el sol todavía de los picachos de la sierra. Saltaba de los valles un viento húmedo y blando que recogía con ansia el pecho: le-

vantábanse de cuando en cuando algunas liebres tendidas en el césped de los barrancos, y corrían á ocultarse, por estrechos agujeros, debajo de las grandes peñas; y al sentar el pie los caminantes, doblábase para siempre la hierba cargada de rocío. Y todavía las tórtolas no habían vuelto á sus nidos, y sus huevos abandonados blanqueaban en los verdes chaparrales: todavía las palomas torcaces no habían apagado la sed de la noche en los arroyos, y á bandadas volaban hacia ellos.

Al amor de los arroyos solían hallarse alegres, aunque pobres lugarcillos: todos con su iglesia á medio hacer y su torre de piedra: los unos, desparramados por las agrias cuevas, y los otros asentados en los valles, con sus rústicas puertas de madera de encina, sus tapias y casillas de barro y piedra, y sus huertas cargadas de árboles frutales donde silbaba lúgubre la oropéndola.

Pasados estos lugares y alguno que otro chaparral, la sierra no ofrecía más que montes despojados por el hacha de los conquistadores, cuevas profundas, asilo ordinario de los vencidos, majestuosos precipicios por donde se despeñaban algunos de los arroyos, formando sonoras cascadas. Y por enmedio

de los precipicios y los montes se abría perezosamente la senda que cruzaban el buen caballero D. Ramiro y sus valerosos almogábares, poco atentos, por cierto, á los espectáculos bellos ó sublimes que la naturaleza ofrecía.

Aznar, que iba de guía, desde el sitio del combate torció á la derecha, encaminándose por las montañas que rodean, de la parte de Oriente, la hoya de Huesca. Caminaban de prisa y con recelo aún; porque no era difícil que los alcanzasen todavía con mayores fuerzas, dado que ellos tenían que recorrer una circunferencia muy ancha, á la cual se podía tocar desde Huesca, por cualquier punto, con un corto radio.

Durante muchas horas alcanzaron á ver á lo lejos los muros y blancas casas de la ciudad, y los minaretes morunos heridos del sol espléndido de la primavera. Por más tiempo todavía tuvieron delante de los ojos las oscuras y altísimas torres de Mont-Aragón, y los corpulentos álamos que señalaban la confluencia del Flumen y de la Isuela; no lejos del lugar adonde la Virgen de la Huerta, morena y de cabos negros, se vino luego á hacer compañía á la Virgen de Salas, que es blanca

y rubia, con el milagroso fin, sin duda, de que se honrase en un mismo santuario, bajo los dos tipos principales de la humana belleza, á la madre de Dios. Muchas veces el viento trajo á los oídos de los caminantes revuelto son de campanas, que tocaban al parecer á rebato, porque el viento soplaba de la parte de la ciudad. Una, oyeron claramente el tañido de la campana principal de Mont-Aragón; pero no era sino que llamaba á los fieles á la oración de mediodía.

Y era mediodía en verdad.

Y el sol hería ya los rostros, haciendo brotar copioso sudor en ellos; y habría sido penoso el caminar á tales horas para otros que los almogábares. Pero estos, sueltos y ágiles, echaban siempre por lo más áspero á modo de cabras montesas; disparaban sus dardos á los árboles que crecían en lo hondo de los precipicios, sin más objeto que bajar á recogerlos con manifiesto peligro: cruzaban cien veces, que no una, el camino, ora llevados de la curiosidad, ora de la sola impaciencia del ánimo.

No era D. Ramiro tan ágil y robusto, y, con ir á caballo y todo, hubiera dado alguna muestra de cansancio á no ser por la exalta-

ción en que el peligro y la ira habían puesto su pacífica naturaleza.

Las lejanas vistas de Huesca y de su Alcázar moruno, las más vecinas torres de Mont Aragón, el sonido de las campanas de la ciudad y del monasterio, mantenían viva su exaltación, agolpando á su frente las ideas y los sentimientos antiguos, al propio tiempo que los nuevos. Parecíanle ya sueños el combate, la victoria, la fuga misma, el andar por donde andaba y con quien andaba, todo lo que era realidad, en fin, y tomaba acaso por realidad los sueños y preocupaciones de su espíritu. Pero poco á poco fué la exaltación cediendo al tiempo y al cansancio, y cuando desaparecieron de su vista la ciudad y el llano de Huesca, y dejaron de oírse las campanas, se halló ya á punto D. Ramiro de poder comprender del todo la situación en que estaba.

Oyó detrás de sí precisamente una voz áspera y un si es ó no vinosa, que decía:

—Aznar, Aznarote; no niegues tus pecados, que con pecadores te las has y no de los menores. Cuando tú haces tantas ausencias de la sierra y te estás en la ciudad meses enteros, buen vino bebes allá y buenas mozas te

recrean. Ni pienses que he echado en saco roto el que hayas traído la cabeza vuelta al llano durante todo el camino. No parece sino que has dejado algún pellejo tuyo en compañía de cuatro buenos bebedores, y temes que mientras andas por estos cerros no te dejen gota de él con que echar luego un mal trago. No nos hemos criado así, Aznar, ni yo ni tu padre. Treinta años tenía yo y no sabía aún lo que era el buen vino, ni lo que era una buena moza: verdad es que ahora no estoy cierto de saberlo bien tampoco.

D. Ramiro, recordando entonces á aquel á quien tanto debía, volvió el rostro diciendo:

—Aznar, Aznar, adelántate, que quiero departir contigo algún rato.

Aznar se adelantó con efecto.

—No me has dicho, por fin—añadió el Rey,—hacia qué parte me llevas.

—Vamos hacia Barbastro, que de allí no está muy lejana la frontera de Cataluña, y será fácil reunir un golpe de almogábares de acá y de allá, que espante á los más osados rebeldes.

D. Ramiro calló, y tornó á preguntar después de un largo rato:

—¿Y está muy lejos esa ciudad de Barbastro donde me llevas?

—No os quiero llevar precisamente á Barbastro, sino á un buen lugar de los contornos, que tiempo tenemos de salargarnos á la ciudad. Y en cuanto á la distancia, no es ya mucha, y yo sé que llegaréis sano y salvo.

Hubo otro rato de silencio, y al cabo de él volvió á decir D. Ramiro:

—Aznar, Aznar, ¿sabes que advierto que esta tu gente y camaradas, si son valerosos en el pelear, no son muy escrupulosos en la fe? Enséñales, enséñales, hijo mío, cuánto les conviene ajustar sus obras á los mandatos de Dios. Muéstrales cuán tristes cosas sean el pecado y la condenación eterna. Aquí me tienes á mí que estoy condenado y...

—¿Condenado? — exclamó el almogábar, interrumpiéndole apesar suyo. — ¿Condenado?...—Y con ser quien era sintió cierto estremecimiento en el cuerpo.

—Sí, condenado, hijo mío. ¿No te lo había dicho todavía? Habránmelo impedido mis pesares y ocupaciones. Condenado estoy, hijo mío, tanto como hombre haya podido estarlo en esta vida.

—Más bajo, señor, más bajo. Mirad que si

os oyen, no habrá muchos de estos valientes que os sigan, porque da la casualidad de que todos son cristianos viejos, y almogábades tan temerosos de Dios como cualquiera. Y aun yo mismo me precio de buen cristiano, que, puesto que yerre mucho en esta vida, todavía espero que arrepintiéndome á la última hora, Dios me perdone, porque siempre he oído decir que es misericordioso.

—Hablas como un lego de convento bien endoctrinado—dijo el Rey.—Así es, como tú dices; y en arrepintiéndote á la última hora de todo corazón, no tengas miedo de que el diablo emplee en ti sus uñas.

—¿Pues, y cómo no os arrepentís vos para salvaros? Verdad es que no ha llegado vuestra última hora, y que, según decís, estáis ya condenado; pero á fe mía, que no he oído decir hasta ahora que nadie se condene en vida.

—Es que mis pecados son más grandes que ningunos, y hay quien no me deja hacer penitencia. ¿No te tengo declarado que fué aviso y permisión del cielo aquel peligro tan grande que corrí á la orilla de la Isuela? ¡Oh, si me dejaran hacer penitencia! ¡Oh, si no me impidieran que la hiciese!

—¿Quién os lo impide, señor? Por ventura,

¿se entrometen también en eso los ricos-hombres?—dijo sencillamente el almogábar.

—Sí se entrometen, Aznar.

—¿Conque no os dejan siquiera hacer penitencia? ¿Pues qué tienen que ver ellos con vuestros pecados?

—Es que yo pecco siendo Rey, cuando no debía serlo, y ellos quieren á la fuerza que lo sea.

—No os entiendo—dijo Aznar.—En Huesca corrían no sé qué murmullos ayer tarde; pero no pude comprender nada cierto, según eran de contradictorias las voces. Al veros preso y fugitivo y oír que querfais rescatar vuestro trono, pensé que los ricos-hombres trataban de quitároslo y quitaros, á la par, vuestra hija. Juzgad de mi sorpresa, ahora que me decís ser vos quien quiere dejarlo y ellos quienes lo impiden y estorban. Y aun no entiendo tampoco cómo pueda haber pecado en ser Rey, cuando he oído decir que hay en el cielo algún santo que fué Rey en este mundo, y de los más poderosos y esforzados.

—Bien veo que eres discreto, Aznar; pero no es posible que se te alcancen estas cosas tan hondas. Otra cosa sería si hubieses cursa-

do como yo letras sagradas, siquiera fuesen pocas, como son las más.

—Así es la verdad, que nó lo entiendo ni sé por qué os prendieron los ricos-hombres, ni por qué se apoderaron de vuestra hija, ni siquiera para qué ha de ser esto de reunir armas y gente y levantar pendón de guerra.

—¡Cómo ha de ser!—dijo D. Ramiro.—Tu oficio es pelear y no te está bien el mezclarte en tales intrigas y sucesos de cortes y de Reyes. Tu buen discurso no basta para ello.

Calló D. Ramiro y calló Aznar, entregándose uno y otro á largas meditaciones: las de aquél no hay que decir á qué se referían; las de éste es de notar que siendo tan rudo como era, se referían á los más graves asuntos de la política de su época, sin que le empeciesen para ello las últimas palabras de don Ramiro.

Y andando, andando, el Rey monje y el político escudero pasaron horas tras horas, y el sol comenzó á declinar, y antes de mucho no iluminó más que las cimas de los montes, y poco después se hundió de golpe detrás del pico más alto de la sierra. La luz del crepúsculo cayó misteriosa y lúgubre sobre las cuestas y los valles, al cabo.